

JUAN B. TERÁN

# ESTUDIOS Y NOTAS

———— Edición de la ————  
Revista de Letras y Ciencias Sociales



TUCUMÁN  
REPÚBLICA ARGENTINA  
1908

# ESTUDIOS Y NOTAS

Al Sr. Dr. Du Saurin R. von  
Galez, con la sola inten-  
ción de un homenaje de  
profunda consideración  
& simpatía, dedico ante  
esta edición de páginas  
juventudes.

Yuc. 2. 5. 909.

Franco W. L. L. L.

---

## Errores notables <sup>(1)</sup>

Página	Línea	Dice	Debe decir
13	9	fabulosa	fabuloso
16	10	idealidades	idealidades
28	18	época	épocas
33	28	ne	en
36	.1	recorrido	recurrido
41	27	lo	la
48	6	sobreviniente	sobreviviente
50	1	renunciamientos	renunciamento
52	5	disimulándoles	disimulándole
55	8	reserva	reserva ba
56	18	del	de la del
58	5	con	por
59	25	antes	antes de
82	14	on	en
82	26	generación	generalización
88	3	resumén	resúmen
96	23	incurcionando	incursionando
96	28	regurgija	regurjita
102	17	lei	leit
113	12	adverbio	adjetivo
114	19	las	la
233	23	reahacer	rehacer
134	3	Droist	Droit
134	26	rectricción	restricción
135	28	nuvas	nuevas
137	13	de	del
138	12	Montaine	Montaigne
138	13	Corve ; le	Corneille
142	19	bastantes	muchas
151	4	siglo	siglos
169	2	demótico	demótica
170	23	sen	son
175	5	exceptisimo	excepticismo
197	18	aleaje	oleage
198	26	setimentale	sentimentales
199	25	polilica	política
204	2	el	la
209	10	ds	de
226	5	coaligada	coalgadas
226	12	tar	tan
230	4	acacamos	acabamos
238	7	sistema	sistema de
249	37	elegado	llegado
267	11	obstener	abstener
274	18	de	del
279	8	plutónicas	neptónicas
283	13	últimos	últimos años
283	21	progreses	progresos
285	3	ese	eso

(1) Sin contar numerosos de acento y puntuación.

# La tradición colonial

---

( A propósito de «La Villa Imperial de Potosí»  
por Brocha Gorda. )

---

Llegaba á nuestras manos este libro en momentos propicio para nuestro espíritu, que peregrinaba anhelante á la sazón hácia el país fabuloso del alma colonial.

No hay espectáculo tan conmovedor como el de un pasado que se penetra en sus vulgares menesteres, en su realidad habitual, en la crónica reservada de sus sentires y pensares.

Produce una impresión alucinante como una resurrección, inquietante é imborrable como una posesión, á la vez, codiciada y temida.

Qué seducción insuperable, pensába-

mos, para un espíritu orgulloso de meditación y ambicioso de arte, poder asistir á la evocación de una vida social extinguida *ad eternum* en sus vibraciones más oscuras y profundas, en sus ritmos irreversibles, en sus horas irrevocables!

Lo que espera la evocación es un cosmo: el estado moral, las ideas y los estímulos de la vida, propios de una época salvaje, supersticiosa y desalmada á la vez, creada por el programa de la conquista que sus autores concibieron como un golpe de dados, en que se jugaba la vida contra un mundo virgen de tesoros inverosímiles.

Luego un sistema de pasiones, de intereses, ilusiones, creencias, una temperatura y ambiente espiritual tan dispares de los nuestros, tan sorprendentes á primera vista, pero tan expresivos de la misma alma humana esencial, origen de diátesis actuales que prestigiamos con exotismos que disimulan mal su viejo abolengo colonial.

Agregad el aspecto material de las cosas, de los hombres, de las habitaciones, del vestido,—comentarios pintorescos, incomparablemente insinuantes, de los

procesos interiores. La reja sólida, por ejemplo, de entre-claros mezquinos, la adarga y la espada mellada pegadas al cuerpo hablan de ataques nocturnos é imprevistos, de pendencias, de golpes, de sangre, de la vida como un feliz azar que se corre diariamente; el relicario y la cruz sobre el pecho, la fundación piadosa en el testamento (1), la capilla y orato-

---

(1) Un testamento, para hombres á quienes preocupaba la ultratumba. es el documento psicológico más sincero.

La lectura de estos documentos enseña las faces más vívidas de aquella época y es por sí sola, la que dá una impresión más nativa y pristina de su historia.

Leo, al azar, un testamento que conservo original, de después de 1700: «Item, dice el testador, declaro por mis bienes un par de pistolas con sus llaves española. Item una espada con su talabarte y evillas de plata.—Item una imagen de Nuestro Padre San Joseph con su cajón,—Item una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria con su cajón, Item un crucifijo de plata mediano. Item un capote de paño de castilla, unos azules y otros acanelados. Un sombrero blanco extrafino. Una chupa de sempiterna azul guarnecida con franjas de plata y botonadura de lo mismo».

El testamento con su carácter de resumen total de la vida, como una autobiografía, ha desaparecido de nuestras costumbres. Se puede vivir, recorriendo sus páginas interminables y triviales, intensamente, la vida genuina de ese pasado. Se las vé salir de ellas con su decoración y aparato, con sus ademanes familiares, y sus gustos más secundarios, con su mezquina enumeración de baratijas, con sus provisiones infinitas, con su distribución de bienes, minuciosa y concienzuda, todo bajo la invocación de sus creencias religiosas y de los misterios que cree y confiesa «nuestra Santa Madre Iglesia».

rio omnipresentes (1) comentan el latir de corazones que sienten la vecindad ubicua de la muerte.

Luego pasarían en la evocación el aire fiero, el gesto imperioso de los capitanes—que se adivina acompañado de una exclamación de provocación y desafío, — con sus duros trajes adheridos y habituales á sus cuerpos como una epidermis, que se lleva desde meses atrás, cuando se partió de Lima acompañando al nuevo gobernador, ó al frente de un grupo heroico y bárbaro que se encarnizó con los primeros indios encontrados en ciegas correrías, y completando la escena, en el fondo del cuadro, la naturaleza hostil, hurafía, temible, misteriosa y fabulizada, y como teatro doméstico del actor, la ciudad, provisoria y miserable en sus muros, en sus casas, en sus defensas, como campamento que era de la caravana siempre en marcha, hácia las llanuras fértiles,

---

(1) Los conventos ocuparon en Lima la sexta parte de la ciudad: eran 27 con beaterios; sus rentas enormes. El convento de la *Buena Muerte* era el preferido, con mayores rentas, casi la tercera parte del total (Scrivener, *Revista de Buenos Aires* p. 64 y 65 tº. 5º).

hácia las costas de los rios, hácia el mar que lleva á Europa.

Por ellas desfilarian las frecuentes procesiones que presiden el Provisor ó los misioneros, para recibir la visita del Obispo, clamidado con aquel prestigio sobrenatural, que culminaba en la terrible excomuni3n, 3 para acojer al gobernador que llega y encarcelará ese mismo día á su predecesor, porque el gobierno efectivo no lo dá el lejano monarca sino la fuerza de las armas. La procesi3n se prolongará á veces por las desmedradas callejuelas 3 por los campos vecinos, en lenta teoríá sobre el fondo verdinegro y apacible de la montañá, en acci3n de gracias por alg3n milagro de los santos tutelares, seguida por el desigual rumor maquinal de los indios descalzos de las encomiendas, que sienten, desenyugados, el peso de la carga.

La montañá ha estado presente en toda la regi3n de las primeras fundaciones.

En la era del dominio de la tierra sobre el hombre, como aquella, la montañá fiot3 como una amenaza, como un sueño,—refugio del indio y madre del oro, como un eterno horizonte, en los ojos

desmedidos y casi extáticos del guerrero.

La montaña, siempre cambiante como un ser quimérico: rojo refulgente en las albas, azul bruñido en los medio-días, turquí desleído en los lentos crepúsculos, pero indiferente como un dios, contribuyó con su imponente, como el terremoto frecuente, la tempestad tropical, la superstición y sus fatídicas pesadillas á crear el quietismo de los pueblos fatalistas.

La colonia carece de belleza, su atractivo es un poco violento y excesivo para nuestro gusto por lo elegante y lo noble.

Careció también de aspectos espirituales, de estremecimientos artísticos, de idealizaciones á la manera de los mitos helenos ó eslavos ó escandinavos.

Las supersticiones, las fantasías, las concepciones sobrenaturales de la historia intelectual de la colonia están penetradas de cierto oscuro fatalismo, del demonismo de las teogonías indias, que proyectan sobre el hombre una persecución de proscrito ó culpable irredimibles, agravados por el contagio de las vengadoras y sangrientas divinidades indígenas.

No joyaron, pues, en el alma de aquella época la iluminación cordial y las alegres sugerencias de los mitos helenos, propios á enhiestar el busto y despertar la sonrisa de las beatitudes de la vida plena y ágil, de la naturaleza amable y normalmente dionisiaca, sino que se difundió en ella siniestra, desconcertante y hermética, la concepción de trascendentales misterios complicados, de normas implacables de conducta, de penas infinitas cuya preocupación absorbía la vida, sellaba de rebeldes tristezas las almas, atormentaba en la delectación de los más sanos placeres y azuzaba, con la prohibición y las sanciones inconmensurables, la excitación patológica del amor y los sentidos. (1)

## II

En la procesión legendaria de visiones que suscita el drama descomunal y genésico de la conquista de América, en

---

(1) Cito como dato nuevo el de *La Gobernación del Tucumán* del doctor R. J. Cárcano, donde habla de procesos por bestialidades en el antiguo Tucumán.

el que no hay nada de las primitivas divinas claridades homéricas, porque es informe, selvático, trájico, asiático por sus pasiones y proporción--pasa distinta y singular la historia de la fastuosa Potosí, capital hormigueante de aventureros atraídos por la riqueza enloqueecedora de su mineral opulento, ruidosa y desordenada corte de blazones y de fiestas, de juergas y mercados, de violentos placeres y estupendas crónicas—bajo el ojo vijilante y poderoso de veinte y tantos conventos: extraordinario capítulo de esa historia de pasiones azuzadas por la sangre á que dieran su frenético ritmo la aventura y la guerra, exaltadas por la voracidad de largas abstinencias, y por locas y atormentadas esperanzas, expandidas en libre y salvaje juego, en estado de ébria satisfacción, desmedida y orgullosa, como en el siglo XV (1) italiano,

---

(1) Almagro el Mozo mató á Garcia Alvarado atrayéndolo á un banquete, exactamente como Olivereto de Fermo ó Castrucci Castracani. El tesorero Riquelme hizo igual traición á Antonio Picado, denunciando el asilo que había buscado en su propia casa. No olvidemos la conducta repugnante de Pizarro con Atahualpa, que subleva los sentimientos de humanidad aún después de casi cuatro siglos; la de los Pizarro con Almagro; la de Pedrarias con Balboa.

pero sin Cellinis; de asesinatos y muertes pero de una brutalidad más primitiva, sin sùtiles venenos ó dagas cinceladas, sin el relámpago siniestro del ademán felino y voluptuoso de César Borgia, (1) pero de iguales desbordes pasionales. de iguales violencias primitivas, de iguales desenfrenos heróicos. (2)

Aquel duelo de Alonso y Nuño de la Viezca con las doncellas de Pero Perez; el pujilato de Ordoñez y Villarroel

(1) Dos virreyes del Perú, es curioso observarlos, tenían la misma sangre que César Borgia—el príncipe de Esquilache y el Conde de Lemos eran descendientes de Rodrigo Borgia—Alejandro VI, padre de César.

(2) Bastaría para comprobarlo la historia de la conquista peruana—las batallas de Salinas, Chupas, en que se peleaba cuerpo á cuerpo, el asesinato de los Almagro, de Francisco Pizarro, de los conjurados de Almagro el Mozo, con Juan de Rada á la cabeza, los castigos de Vaca de Castro.

En la expedición de Diego de Rojas al Tucumán, sus segundos concluyeron matándose los unos á los otros; Felipe Gutierrez, Pedro de Heredia, Francisco de Mendoza.

Agustín de Zárate dice en la dedicatoria de su *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú*: no pude en el Perú escribir ordenadamente esta relación porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro que amenazaba matar á cualquiera que escribiese sus hechos. Rivadeneira 3º *Historiadores de las Indias* pag. 459.

El conde Castellar casi fué asesinado en un templo. En medio de una procesión en Lima se produjo una sangrienta reyerta.

y sus parciales en las calles de Potosí, en el curso de una procesión, que concluye con la muerte de los dos rivales y no menos de 57 víctimas; las guerras de vascongados con andaluces, extremeños y criollos, llamadas de los *vicuñas*, sangrientas y largas con armisticios y treguas como las guerras privadas de ese siglo XV de que hablábamos; la macabra crónica de Don Juan de Toledo acompañado veinte años con la calavera de un rival á quien victimara,—narraciones todas del libro de Brocha Gorda—pintan con enérgico relieve una época de fuerza, de emociones simples y fuertes, del triunfo del instinto, pero nimbadas todas ellas con una orla de misterio y fantasía, propia de las frentes pálidas y los ojos arrobados de la herencia morisca.

A veces el aire oriental de las crónicas sube de punto y creemos estar delante de las relaciones del tiempo de Harum al-Raschid.

Ved las *Aves nocturnas*, por ejemplo. Unas jóvenes mercadas por un sicofante, quieren vengarse: en el sitio misterioso, en la galería subterránea, destinados á cultos afrodisiacos, junto con sus seduc-

tores y guardian, cierran la única puerta «que se abre solo de afuera», asegurando la venganza con su muerte. Años después, dice Martínez y Vela, cavando unos cimientos aparecieron en aquel lugar, dos esqueletos de mujer con sus chapines bordados de oro y aljófara.

La tradición del tesoro de Rocha (1) es igualmente expresiva; fabulosa como el de los encantamientos, ha quedado ignorado por siglos su secreto.

El plan de apoderarse del tesoro suscita la aparición de la cruel codicia castellana y de la heroica fidelidad india.

Potosí con Lima son los monumentos característicos de aquel siglo, y es en ellos donde algunos restos materiales, con la lucidez evocativa de las cosas, hacen descender sobre la humildad presente la gran sombra invisible del pasado grandioso.

El relato de Brocha Gorda está hecho con gracia, con arte, en purísimo estilo, con desden de nuestra «pretenciosa galiparla», en genuino castellano, lo que dá

---

(1) Semejante al del *Peje chico*, que relata Don R. Palma

á la narración una nueva y mayor sensación de arcaísmo que completa la sugestión del tiempo evocado.

La anécdota amorosa difunde una impresión de fiestas, de pebeteros, de esencias humeantes y capitosas, de vehemencias mortales y místicas, de celos sangrientos y crueles.

Aflora casi siempre en sus páginas una jovial y fresca sonrisa contagiosa, que es más del autor que de la época, tan grave, casi ascética.

Aparecen, sin embargo, bien claramente en ellas,—las que hablan del siglo XVI, á las que solamente nos referimos, pues nos hemos formado con ellas un libro dentro del libro,—los grandes resortes del sentimiento y de la acción, las pasiones, los móviles de aquella etapa, que definen su psicología y explican, como armonías fundamentales y simples, su sentido histórico.

De un lado el instinto ardoroso de guerreros y hombres prometidos á todos los riesgos, avivado por el ensueño diabólico de todas las fortunas, —idealistas y famélicos.

De otro lado la prédica y la regla

de la religión que deformaron ese instinto, lo domesticaron, preparando el advenimiento del sentimiento social, tolerante y pacífico. La misión religiosa tuvo, á despecho de sus errores y desviaciones, esa función esencialmente civilizadora (1)

Pero el fanatismo, el milagrerismo y la devoción, como fin, y no como manifestación del espíritu—forma degenerativa frecuente—privaron al carácter de energía, sinceridad y salud moral, desviándole hácia la sutileza que cubre una hipocresía, hácia la rebeldía silenciosa que ha renunciado á los ideales, hácia las aberraciones por donde se irrumpe en la extrema contención.

Época de fuerza y de licencia; mística y guerrera; de milagros (2) y de muertes; de desprecio de la vida y de preocupación de la eternidad; de pestes y

---

(1) El jesuita predicó aquí en el Tucumán, animosamente, contra el abuso de los encomenderos. Fueron expulsados de Santiago; por ello, se impidió su entrada en Concepción de Bermejo. La vida de los jesuitas Alonso Bárcena, de Viana, Romero, son edificantes. El misionero y la iglesia fueron indudablemente un freno.

(2) Es difícil no encontrar el relato de un milagro en cada página de la historia de la conquista,

miserias y plata y oro abundantísimo y del oro líquido del sudor gratuito de los indios; de torneos, procesiones, fiestas y pasión por lo pintoresco y el gesto (1) y también de heroicas misiones evangélicas, sublimadas por una sed inaplacable de martirio; de apasionados amancebamientos y acendrado ascetismo, de ambiciones materiales y sensuales, á la vez que de extrahumanas idealidades.

Es así que entre las costumbres escandalosas y libérrimas de Lima y Potosí, hubo florecido la historia de la niña Isabel, más tarde Santa Rosa de Lima.

Han sido aquellas, fuerzas directoras de nuestra evolución histórica, contradictorias, hóstiles entre si, artífices primarios de nuestra genealogía moral.

---

(1) Corridas de toros, autos de fé, juegos de cañas.

Las ceremonias preocupaban como un negocio público.

El cabildo de Buenos Aires regla minuciosamente la ceremonia del acompañamiento del estandarte real en 1605: orden de colocación de funcionarios, quien ha de tenerlo cuando se lo bendiga ó cuando el alferes se apee, etc.

Sin embargo no era aquello un alegre pasatiempo: cualquier día levantarían sus sesiones por la nueva de que los indios charrúas habían tomado las balsas y la gente que iban á Santa Fé (*Acuerdos del cabildo*. Tomo 1 pág. 160, 203, 233).

De la acción de ellas, complicada, y cambiante, difícil de seguir en el encastramiento en que se confunden con otras sobrevinientes, ha surgido el presente.

Del quieto y medroso espíritu religioso y de la desilución en que remata el afán del oro, por ejemplo, nacieron la pereza y la añoranza, que se complacen en las sensualidades de la imaginación y de la palabra.

Del espectáculo de la fuerza triunfante, de la necesidad de la violencia para prevalecer, de la disputa armada por el poder y la tierra descubierta, nacieron como un instinto histórico, la tendencia á la anarquía y la necesidad del caudillo. (1)

### III

El pasado americano, sobre todo el del siglo XVI, en que se constituyen los

---

(1) En las actas capitulares de Buenos Aires se habla frecuentemente del *cabdillo*, como gefe indispensable para el caso de guerra. La sedición contra Alvar Nuñez es una de nuestras revoluciones criollas.

incipientes núcleos sociales y aparecen los fenómenos iniciales de vida colectiva, económicos, jurídicos, morales, está todavía por estudiarse sistemáticamente. (1) Es un material histórico inexplorado y valioso: es la experiencia más moderna de formación *ab ovo* de una civilización completa, en que puede seguirse los procesos sociales elementales, la aparición de la propiedad privada como un acto de fuerza (2); el nacimiento del derecho como un menester ordinario (3); el curso del valor de las cosas según el trabajo incorporado á ellas cuando son escasos los brazos; el origen de las ciudades, que es la necesidad de la defensa; la prioridad enérgica del interés social que justifica el apoderamiento de las cosas particulares, la obligación de armarse, la prohibición de abandonar la ciudad á habitantes

---

(1) Es conocido el muy digno esfuerzo de la *Ciudad Indiana* del Dr. J. A. García hijo. Es lástima que la *Gobernación de Tucumán* del Dr. Cárcano haya quedado en sus comienzos.

(2) La conquista no era otra cosa.

(3) La entrada de extranjeros, el comercio con el Brasil, a pesar de las prohibiciones, son hechos notorios de la historia de Buenos Aires en el siglo XVII.

que son necesarios, ó herreros ó atahone-  
ros ó cirujanos ó frailes; la previsión  
humana que se ingenia, en tanteos infi-  
nitos, para construirse el edificio social  
en que ha de vivir, lo más seguro y lo  
más feliz posible.

Este propósito exige la obra filosófica  
concienzuda y paciente de un Taine.

El material documentario es abun-  
dante; aunque yace, es cierto, gran can-  
tidad de él, sepultado en olvidados ar-  
chivos, en los armarios polvorientos que  
la estúpida codicia privada esconde sin  
cuidar.

El esfuerzo de nuestros estudiosos  
se pierde casi siempre en fatigosas com-  
probaciones de detalle, que son preciosos  
auxiliares, pero no serán nunca la histo-  
ria misma.

Nadie ha hecho el cuadro completo de  
las luchas de la Iglesia con el Estado,  
que se batían despiadadamente, con sus  
episodios dramáticos, sus hábiles manio-  
bras, su juego de pasiones.

Tampoco se ha hecho el bosquejo de  
la acción de la Iglesia, que fué la única  
fuerza moral durante la conquista, po-  
niendo escrúpulos en las conciencias,

levantando los templos y capillas, que fueron los menos provisorios edificios, desarrollando con la predicación y sus palabras aladas, con las ceremonias vistosas y las imágenes pintadas los solos estímulos materiales que suscitaran en el conquistador y sus soldados las únicas sensaciones sociales y simpáticas, que no fueran las primarias de la presa del alimento y de la mujer, como en una segunda aparición del hombre primitivo.

No hemos leído tampoco la psicología del conquistador, y después la del colono, ignorante, enfático, orgulloso de su origen, y que formó, al azar, con la india ó la mestiza, el hogar que no presidió con inteligente cariño,—amo más que padre.

Luego queda la descripción de las costumbres, de las ideas corrientes, la crónica pedestre del oscuro y humilde laborar de las colonias incomunicadas y pobres, que roen filosóficamente su vida, sin ambiciones de glorias, sin arte, sin libros, pero, que vivieron el pasado de una gran civilización en marcha, á la que han transmitido la herencia de su sangre, de sus pobres ideas morales, de

su espíritu comercial—de todo el patrimonio, indefinible pero cierto, que hace reconocibles los hijos de tales padres.

*Las tradiciones, las crónicas, las anécdotas* son bosquejos de costumbres, decisivos y pintorescos á veces como un rasgo saliente de la fisonomía ó una frase peculiar, pero solo alcanzará á transfundir el alma íntima de una época, un esfuerzo á lo Anatole France, artístico, consumado, que encubra la fatiga como la muñeca púgil de un guerrero la bocamanga de encaje; romance ó memorias, impregnados esencialmente de esa alma; que hablaran como un sobreviviente inverosímil que se doliera, sin afectación y con nobleza, de los tiempos idos; que suscitaran emociones con el ambiente de su relato como las cosas íntimas de un muerto amado, en bellas palabras penetrantes, imágenes nuevas y finos análisis espirituales,—real siempre pero descubriendo y animando lo más recóndito, lo más conmovido, lo más infinitesimal de la realidad.

---

## Guillermo Ferrero <sup>(1)</sup>

---

Un futuro historiador de estas tierras nuevas, encarnando en Buenos Aires á la República austral que civiliza el Atlántico, escribirá un día una síntesis al comenzar el capítulo que llamará de la Gran Ciudad Cosmopolita.

La síntesis será soberbia: el resplandor inicial de la conquista, su ciclo rutilante de sangre y de leyendas, la leyenda de los Nuñez de Balboa, de los Alvarado, de los Pizarro, que discurrían por un continente sobre los despojos de imperios de siglos, animados por la codicia fanatizada de oros inverosímiles,

---

(1) Discurso pronunciado para presentar á Ferrero, en la noche del 21 de Agosto de 1907: antes de leer éste su conferencia sobre Nerón.

apenas igualada por la petulancia juvenil y admirable con que se abordó la aventura; después el cuadro opaco y lamentable de la colonia, del aparecer miserable y débil de los núcleos enfermizos de un futuro organismo — en un largo crepúsculo grisáceo—en el que todos los centros de la vida moral y material tienen el aspecto difuso é inconsistente del estado larval; la definición creciente de esos centros, la clave de los intereses clarificando la organización de la sociedad, el nacimiento tímido de la burguesía criolla, que cuida del ganado, cultiva azarosamente la tierra, levanta los primeros establecimientos, preparando su triunfo sobre la burocracia española, corrompida é inepta, y después de la Revolución, sobre la aristocracia unitaria que pretendió reemplazar á aquella en la dirección social, en un sucesivo movimiento cuya visión esta obscurecida por los arcos de triunfo deslumbrantes que la historia convencional finge en homenaje á la imaginación y á la admiración religiosa de las muchedumbres. Envía luego lanas, cueros, trigo á Europa; le vienen en cambio las ideas y el espíri-

tu moderno y comienza, entonces, la era del cosmopolitismo. Sus campos extensísimos y desiertos se abrieron á los artesanos europeos, que llegaban á millares como á una fèria heteróclita de sangres y de ideales, y concluyeron por fundar una gran colonia latina, étnica y moralmente original sin embargo.

Los caracteres que habeis descripto como propios de la era mercantil aparecen y se acentúan. Se desfigura el tipo antiguo del «monarcado familiar», se amortigua la disciplina severa de las pasiones, se debilitan las virtudes domésticas, las costumbres simples y fuertes: la transformación se acusa en la concentración urbana, en el lujo, en la vanidad sobrevinientes, en la inquietud nerviosa, en las angustias de dinero, en la anarquía de los ideales, en el escepticismo, en la insaciedad enfermiza, en los trajes, en las moradas:— las habeis visto en Buenos Aires, decoradas y suntuosas, en la gran ciudad, cruzada de avenidas, pululante de gentes febriles, ornada de palacios públicos y señoriales apenas un siglo después de haber dejado de ser una aldea, conflagrada de ansias de gozar y de

enriquecerse. Vos lo habeis dicho: la arquitectura de las casas refleja la estructura de la sociedad y el fondo de las almas.

Contará que los banqueros del mundo buscaban colocar sus dineros en ella, que sus habitantes se habían familiarizado con el camino del mar, que imitaban las modas y los gustos europeos, que con la riqueza nació la cultura, que los hombres de ciencia, los políticos, los grandes actores, viajaban hasta ella, mientras se incubaba un triunfal renacimiento del espíritu y de la hegemonia latinos.

Recordará como, á la manera del helenismo en Roma, penetró en la gran colonia el francesismo y el romanismo, infiltrándose en su legislación, en su esfuerzo científico y artístico; recordará sus Ennios y Pacuvios, el proceso y los grados crecientes de su cultura—desde la oratoria revolucionaria y tribunicia y el diarismo—formas similares—á la poesía heróica y sentimental, á sus ensayos teatrales, hasta su amor á la filosofía y á la historia.

Y el futuro historiador que finjo se detendrá amorosamente á analizar el do-

cumento de vuestra presencia y de vuestro éxito, singulares por la efusión del entusiasmo y por la intensa resonancia con que la colonia os acogiera, singular también porque hablabais del pasado lejano de un pueblo guerrero y jurídico, práctico y egoista--como lo define Jhering—sin los atractivos delicados y penetrantes de Grecia, sin el misterio inagotable de los esplendores del Oriente, sin la gracia de las leyendas gálicas, sin el perfume romántico de la Edad Media, amadora y mística.

He ahí, maestro, como con vuestras conferencias sobre la Roma antigua, estais escribiendo páginas de nuestra futura historia.

Habrá encontrado quizá en vuestra propia *Grandezza e decadenza* la sugestión de su idea, y con la ardiente tristeza de la comprobación, pensará en los eternos *corsi o ricorsi* de la historia.

Y al hacerlo habrá seguido vuestro método—habrá mostrado la influencia de la relaciones económicas: la tierra pública, los metales, y los esclavos de las conquistas de Lúculo y Pompeyo, serán para él el trabajo gratuito del indio,--

motor de la conquista entre nosotros,—la necesidad de brazos que dá su valor á la inmigración; habrá mostrado el sentido íntimo de los personajes, su significación oculta á los contemporáneos, la acción decisiva de muchos ignorados, la falsa magnitud de otros que exaltaron, las causas sociales que los movieron, sin saberlo, la función que inconscientemente desempeñaron; sorprenderá las características de una época en cartas familiares, en los versos sabios ó populares, en una palabra, en un nombre, hará como vos la pintura dramática de una carrera afortunada—mezcla de dolores, de inconsecuencias y de azares—develará las contradicciones y las ansiedades que forman el plexo abigarrado, pero lógico de la trama histórica.

La narración y la filosofía serán, ante todo positivas, reales los actores y la escena, sin hipèrboles, con su mundo de pasiones, pequeñas casi siempre, que causan, sin embargo, las acciones que pasan por gloriosas, con sus intereses, con sus diátesis, con sus fallas, con su máscara humana, viviente, cambiante, colo-

reada de reflejo por las vicisitudes de sus planes y de su estrella.

Porque vuestra visión histórica tiene la luz escrutadora del psicólogo, la luz trágica del psiquiatra, que sabe encontrar en el fondo de los seres el hilo oculto de una vesania ó de un morbo—porque habeis seguido siendo el antropólogo y el biólogo que precedieron á vuestra *Grandezza e decadenza*.

Es el gusto del psicólogo, también del psiquiatra, el que os hizo encontrar este caso de disolución social de la grandeza y la decadencia de Roma.

En los orígenes, en el gènesis de un pueblo, las pasiones son más púgiles y más claras, los sentimientos más sanos y más simples,—época de predominio del músculo sobre el nervio: en las plenitudes y en las agonías los seres más sensibles, los espíritus más complicados, las emociones más sutiles, los destinos más tortuosos, épocas de riquezas y de esplendores materiales, de crisis económicas, de contradicciones y tormentos morales, de desequilibrios y quintaesencias.

Por eso sobresalis en la pintura de la psiquis:

La de Sila, solitario, escéptico, enérgico, sibarita, frío é insensible;

La de Craso, cultivado, paciente, minucioso, calculador;

La de Lúculo austero, enemigo del lujo, del extranjerismo, orgulloso en su pobreza, desdeñoso de la popularidad y de toda ambición vulgar, orientado en la vejez hácia la glotonería y el lujo, cuando levantó su *villa* del Pincio, centro de artistas y sabios griegos;

La de César, elegante, amable, magnífico, epiléptico, intensamente estudioso, divinamente vivaz en el pensamiento y en la acción, prodigiosamente lúcido, de quien Montesquieu y vos habeis dicho que naciendo en cualquier época habría sido el primer hombre de su tiempo;

La de Cicerón, artista, de sensibilidad delicada, de imaginación viva, cuya suprema ambición, no eran ni los placeres ni el poder sino ser admirado;

La de Pompeyo, gran señor, superficial y versátil, sin pasiones profundas, ambicioso y orgulloso, ni violento ni insaciable, que se dejaba engañar por los intrigantes activos, por los aconteci-

móviles insólitos, ni malo ni cruel, pero  
fiero y egoísta;

La de Tito Lucrecio Caro, extraño  
y grandioso esteta, atacado de locura  
alternante, autor del *Rerum Naturæ*, poe-  
ma epicúreo y panteísta, ardiente y vo-  
luptuoso;

La de Bruto, ilustrado, honesto, so-  
brio, tipo que se encuentra en la decli-  
nación de las aristocracias, de esos pri-  
vilegiados que llegan á ser admirados sin  
haber hecho nunca nada, que en épocas  
normales habría sido un gran señor  
apasionado del arte, un poco altanero y  
fantástico y que mató á Cesar sugestio-  
nado por la filosofía del regicidio y por  
el concepto público;

La de Octavio, nervioso y enfermizo,  
cuidadoso de su salud, reflexivo y precoz,  
sujeto á una locura accidental en la que  
pasaba alternativamente de la clemencia  
á la ferocidad. (1)

Pero los retratos no son en vuestra  
historia una mera vanidad literaria, son  
documentos que el historiador interpre-

---

(1) Estos bosquejos responden al concepto y á la expre-  
de Ferrero.

ta, resúmenes expresivos de un proceso social, porque los personajes no se diluyen por completo como para los deterministas absolutos en la indefinición de una corriente uniforme y tersa que cubre y nivela las más grandes originalidades individuales, ó como para los providencialistas en la vaguedad de un fatalismo metafísico.

Los personajes reflejan y encarnan una idea, una corriente, son el instrumento de una fuerza colectiva, y en ese sentido sois, ante todo, un sociólogo.

César, por ejemplo, representa todas las fuerzas revolucionarias de la época mercantil en lucha con las tradiciones de la vieja sociedad agrícola: la incredulidad, el oportunismo y la indisciplina en política, el lujo oriental, el militarismo rapaz, la especulación, la corrupción y el refinamiento intelectual.

Lúculo fué el esponente de la aproximación del Oriente á Roma y el precursor del imperialismo.

Cicerón, el primer hombre que sin ser rico, noble ni general ocupó los más altos puestos de la República—el primer hombre de Estado salido de la clase

de los intelectuales, fundador de la dinastía que domina todavía el mundo.

La de los mismo poetas—el poema de Lucrecio representa el esfuerzo supremo de la razón que destruye las supersticiones y las tradiciones. Los acentos personales y apasionados de Catulo ayudan á explicar una época en la que las clases cultivadas no tenían otro fin que la rebusca de los placeres más variados, la riqueza y el amor, el juego y la filosofía y abandonaban los negocios públicos á una clase de políticos profesionales.

Las odas de Horacio ilustran las incertidumbres y el conflicto moral que dominaba á Roma bajo Augusto: la crisis moral producida por la necesidad de conciliar el fuerte militarismo de la vieja Italia y la refinada cultura del Asia helenizada. La Eneida es la voz solemne de una edad entera que suspiraba por el renacimiento de las preocupaciones religiosas, morales y militares.

Así el sociólogo ha aprovechado al psicólogo, los hombres os preocupan como fuentes, espresivos como símbolos, ricos y breves como microcosmos, reducidos y

hermosos como frutos y flores, que denuncian al árbol y viven de él.

Se ha hablado de que dabais de los acontecimientos una explicación materialista, exclusiva y unilateral; de que para vos no había en la singénesis histórica más factor que el económico.

Esto no es exacto: hay otras razones y otras fuerzas que las económicas en vuestros sistema: los sentimientos y las pasiones, el genio y la acción de los hombres que deciden también de la suerte de los sucesos, de manera que los personajes no figuran en la escena como sonámbulos, como las *dramatis personæ* de una pieza compuesta de antemano.

Importa en ese sentido y en cierto modo, lo digo tímidamente puesto que es unánime el sentir contrario, una reacción contra el riguroso determinismo histórico.

Libre de las rigideces algebraicas del materialismo habeis escrito páginas llenas de movimiento en un verbo pintoresco, fervoroso y elocuente, que evoca escenas, resucita la crónica á veces del diario vivir romano—en los comicios, en los campos de batalla, en el senado, en las calles, ne los proconsulados lejanos, en el inte-

rior de las familias, como en el libro de Julio César, á la manera de un testigo de la época que hubiera renacido en la nuestra.

Pero se reconoce al historiador en su serenidad y en su fidelidad, en que para poner su grano de filosofía no necesita hacer un apólogo á vuelta de cualquier suceso, como Guizot, ni atribuye á los personajes sus pasiones ni habla sus ideas por sus bocas.

Se reconoce al filósofo en la frase breve, sabia y sintética con que subrayais un hecho. Si las clases ricas, decís á propósito de Sila, son vencidas á menudo por los partidos democráticos es que en la lucha no saben escojer sus gefes.

Hay espíritus, decís á propósito de César, que como los cuerpos pierden su equilibrio cuando habiendo hecho un gran esfuerzo contra un obstáculo, este cede repentinamente.

—En el desorden de una gran crisis social, el equilibrio moral de los partidos y de las clases es tan inestable que la ligereza, la animosidad, los odios de algunos hombres y de pequeños grupos, llegan á ser grandes fuerzas históricas, pues

pueden hacer estallar repentinamente antagonismos latentes y precipitar acontecimientos considerables.

—Hablando de Horacio y de sus odas, decis que en el extremo confin del inmenso vacío moral de la República de Augusto, resurgió el fantasma que proyecta su sombra en toda edad poco segura de sí misma: el pavor de la muerte.

—Demasiado serio era, decis de un personaje, para buscar los honores al precio de bajezas y estulticias de las que depende casi siempre el éxito en las democracias.

Se reconoce al artista en la pintura de las costumbres y de las almas, sobre todo en los momentos críticos—en los primeros 30 años del II siglo antes de Cristo, en la reacción democrática después de Sila, en la lucha de clases, en la agitación que precedió á la conjuración catilinaria, en el sueño y la paz magníficos á cuyo amparo fingió Italia lo que habeis llamado el *Mito de Augusto*.

Artista—pero no rebuscado—no penetrante por su panteísmo sensual como Maeterlinck ó por el verbo suntuoso y febriciente como D'Anunzio, que han

recorrido á la belleza formal y á la sensación rara,—artista á la manera severa de los historiadores.

La época descrita ha impregnado vuestra página de cierto beleño propio de la gloria enferma y grandiosa contagiada de orientalismo de la República, que se magnifica en la disolución fastuosa del Imperio, y que tiene para nuestra época sensible y cansada los prestigios supremos—los prestigios que han hecho de Anatole France, escéptico y elegante, uno de los espíritus mas simpáticos á nuestro siglo y más simbólicos de su alma.

Psicólogo, sociólogo y también artista; ni frío como Mommsen ó Mispoulet, que trasuntan arqueologías, ni sentencioso y solemne como Montequieu, ni cardíaco y demasiado poeta para ser historiador, como Michelet; pero documental y probo como los primeros, filósofo como el modelo clásico, cálido y elocuente como el último—un Taine que olvidara menos los hombres, un Boissier más filósofo—conjunción feliz de ciencia y de arte, de rigor lógico y de belleza pintoresca, es este historiador, jóven y famoso, fruto maduro del actual renacimiento italiano, que cubre por tercera

vez la península predestinada con la floración original é intensa que se renueva bajo la estación de los grandes ciclos históricos, como la afirmación de una inmortalidad del espíritu, que Júpiter prometiera solo á su armas.

...nec metas rerum,nec tempora pono (1)

imperium sine fine dedi....

{ni límites ni plazos pongo á sus conquistas,  
porque le concedí un imperio sin fin}.

---

(1) Eneida—Libro 1º versos 278 y 279.

---

## El estudio y el libro (1)

---

. . . . .

La Sociedad Sarmiento es el órgano de la más noble función social, la del pensamiento y del estudio.

En nuestro países nuevos, gobernados por una reducida aristocracia forzosamente enciclopédica é improvisadora, esta función es la más atónica y perezosa de la economía, á pesar de ser ella la que engendra la fuerza íntima y soberana que mueve invisiblemente todo el aparato exterior de la vida, todas las pomposas exposiciones de nuestra civilización desde las más seductoras de la política hasta las más brillantes de la riqueza.

---

(1) Conferencia leída al asumir la presidencia de la Sociedad Sarmiento de Tucumán, el 25 de junio de 1906.

Es, pues, la misión histórica de las nuevas generaciones completar y consolidar nuestro progreso creando los órganos adecuados á la delicadeza de la función intelectual.

Un repentino hallazgo en la abstraída ideación del estudioso en la beatitud de su retiro—que la mortecina lámpara de las vigiliás alumbra y que la rumorosa y versátil multitud ignora—tiene latencias más profundas y más fértiles descendencias que la prolífica ganadería refinada, las fabulosas combinaciones de los banqueros ó la presuntuosa vocinglería de los parlamentos.

Tucumán necesita acentuar la acción de la inteligencia y del estudio para poner un rayo de luz limpio y tranquilo en la oscura agitación de su vida material; para conjurar las rebeldías de instintos ancestrales que pujan; para proyectar el cuadro de la vida, borroso é incoherente, en una perspectiva más lejana y más pura, serenadora de las convulsivas pasiones que los menesteres ordinarios fomentan y desconciertan el corazón, entregado sin piedad á los vientos encontrados y furiosos de las fortunas, en las regiones bajas del interés y la ambi-

ción febricientes, y espectador solo de esas tormentas cuando se ha elevado á las más altas de la comunión del espíritu con la verdad y la belleza.

Prestigieemos entonces los títulos de la inteligencia, hagamos penetrar en la indolencia y en la tristeza de nuestra raza la idea de que nos consumimos de ignorancia y de sensuales añoranzas, sin ideales fuertes y espirituales, claudicantes entre los favores de la fortuna material, y las acritudes y renunciamientos sin remisión en la adversidad, inconscientes en todo momento de los beneficios del estudio practicado como un culto y amado como un ideal.

Y el estudio no solo engendra la cualidad individual, poderosa y feliz, de la serenidad, sinó que promueve y difunde la virtud social de la tolerancia, que encuentra respetables todas las sinceridades y perdonables todos los errores en un ambiente de filosofía desacerbada y clemente.

La ciencia aconseja la tolerancia -- solo quien ignora la equívoca historia de las verdades puede imponer una convic-

ción en la punta de la espada inflexible de la intransigencia.

Aquí se dan la mano los sectarismos bajo el cándido palio de la meditación que se asombra de las disputas y de las cóleras; es este un gimnasio de la virtud, en el sentido antiguo—que, aunque no al cuerpo, dá también agilidad y fuerza; un terreno neutral en el que se conforta el sentimiento y el ideal de la solidaridad—de la alta y generosa solidaridad humana—que germina junto á las raíces mismas de la vida, en la piedad de los recuerdos y en la exaltación de los ensueños, extraños à las sugerencias del presente que nos separa bajo el acicate de pasiones engañosas y de objetivos transitorios.

La fantasía dantesca no ha imaginado un espectáculo más conmovedoramente penoso y más infinitamente melancólico que el de los espíritus venidos al mundo bajo la influencia de una constelación propicia, advocados nativamente á las supremas comprensiones de la vida—la ciencia ó el arte—pero nacidos también bajo lo tiranía de un medio adverso y de un tiempo extraño, en frente de la hosti-

lidad supliciente de los hombres que no comprenden y de las cosas que no se apiadan--viven sonámbulos, desorbitados, son los raros, los enfermos, los que desafinan constantemente la armonía de nuestros coros, los que tienen en la mirada una secreta vaguedad extática—son pocos pero inmensamente tristes.

Han carecido de la luz oportuna y del camino fácil, del maestro, del libro, de la palabra cordial, de la mirada indulgente—que deciden á veces los destinos—y ha abortado así en su primera germinación oscurísima, un investigador, un pastor de almas, talvez un artista, un filósofo ó un sabio.

Cuanto valdría para la civilización y para un país multiplicar esos estímulos: el maestro, el libro, la palabra!

La misión de darlos es la misión de la Sociedad Sarmiento: en sus silenciosas salas de lectura junto á sus Bibliotecas que pronto cubrirán todos sus muros, pueden estar y debe estar cada vez más intenso y eficaz ese pequeño auxilio material de la palabra ó del libro, pero de infinita trascendencia moral, como el guijarro que desvía en los abruptos orígenes un

hilo de agua y en centenares de millas la desinencia de un caudaloso río.

Ahora la Sociedad solo dá el libro—pero no creáis que por ser el más material no sea su sugestión la más inolvidable y decisiva.

Hece bastante tiempo que mantengo un comercio afectuoso é íntimo con los libros de esta casa y atestiguo ante vosotros que hay mundos nuevos y peregrinos en ese vulgar hacinamiento de páginas impresas,—descubre como un sortilegio alguno solo de ellos la visión de civilizaciones enteras, poderosas, brillantes, opulentas, decadentes; ya la visión de psicologías individuales, más complicadas y más admirables que las civilizaciones; ya la historia de la tierra, vibrante de filosofías, el drama de los seres y de las fuerzas, ficciones encantadoras ó crónicas cargadas de realidad,—mucho de lo que la naturaleza, la vida y el destino han sugerido á los hombres al través de ciclos completos y seculares contemplaciones,—lo que ha producido la gracia helena, el empirismo romano, la abstracción germana, el sentimiento plástico de los italia-

nos, la distinción y la elocuencia de Francia.

La antigüedad conoció un sentimiento de la amistad, fuerte, singular que llegó á hacer de ella una institución de su vida moral, tan importante, quizá, como la familia moderna; él hacía por sí solo feliz ó desdichado — los héroes tienen siempre á su lado, sobre todo en los reveses, un amigo; el amigo es considerado un don de los dioses; los filósofos platican sobre la naturaleza, las virtudes, los deberes de la amistad.

Aristóteles escribió sobre ella un tratado, Plutarco reflexiones sobre los consuelos que proporciona, Menesipo y Tóxaris en un diálogo de Luciano, se disputan el honor de ser sus pueblos el de los mejores amigos,—en Roma, Aulo Gelio en sus *Noches áticas* diserta sobre el sacrificio por ellos, y Cicerón siguiendo á Teofrasto ha escrito los diálogos famosos de Lælius, elegantes y sabios.

Los modernos no conocemos ese sentimiento que une dos vidas en una única línea recta y confunde aún después de la muerte, en el campo de asfodelos, como

en el poema homérico, los sombras de los amigos.

Pero en cambio tenemos el libro, que es una creación moderna, que encierra una fuerza moral semejante á la amistad, de fidelidad y fortaleza, símbolo el más perfecto de la confraternidad humana— que los antiguos tampoco conocieron— pues envuelve en la onda de la misma emoción y ajusta á la euritmia del mismo pensamiento, espíritus separados por distancias de siglos y hemisferios.

«El tiempo pasa, ha dicho Macaulay en su estudio de Bacón, la fortuna es inconstante; los vínculos que parecían firmísimos é indisolubles se relajan, se desatan cada día por interés, emulación ó capricho; pero nada es parte á cortar nuestras relaciones misteriosas y puramente del alma con los grandes ingenios en cuya comunión vivimos: amistad tranquila del espíritu, amor acendrado de la inteligencia: iguales y constantes lo mismo en la grandeza que en la miseria, en la gloria que en la oscuridad; que los muertos no cambian y por eso Platón no es desapacible nunca, ni Cervantes insolente ni Demóstenes inoportuno, ni Dante molesto,

ni hay divergencia política que nos pueda enojar con Marco Tulio ni heregía que haga odioso á Bossuet.»

Quien no ha observado alguna vez que la página de un libro habitual, adherida misteriosamente á un recuerdo placentero en las lejanías de los primeros despertares—y que se corresponden y dialogan confusamente en el crepúsculo de la subconciencia,—tiene poder para adormecer y disolver las más agudas crisis, los más letales prolapsos de la esperanza, las más felinas ironías en el destino de los felices!

No es ya, pues la «pálida muerte» del verso filosófico de Horacio quien iguala al labrador con el monarca,—es el libro el nivelador de las condiciones y de las suertes: él ha abatido las alturas magníficas de la tierra y puesto en el alma de los descendientes de los esclavos la luz que ignoraran la fiereza y la soberbia de los fundadores de dinastía.

Cumple así el libro una misión de justicia y de igualdad al mismo tiempo que una misión de cultura científica, que esta Sociedad debe aspirar á extender é intensificar, haciendo la Extensión Universita-

ria en los cursos libres proyectados, que la indiferencia no ha de ahogar; restableciendo la noble práctica de otros días de las conferencias obligatorias; cultivando la tradición intelectual doméstica y exhumando, entre las figuras brillantes de nuestra historia guerrera,—cuya grandeza y gravedad en la memoria póstuma no borrarán jamás la gota de sangre que mancha sus manos,—exhumando entre ellos las desmedradas siluetas pensativas de los desconocidos trabajadores del pensamiento, cuyos esfuerzos heroicos é íntimos impidieron que se apagara por completo el luminar simbólico en las trágicas panateneas de la anarquía y la guerra civil y en la dura constitución definitiva—que fundaron escuelas, que improvisaron versos, balbucieron ingenuas filosofías, discutieron tímidamente el porvenir—el obispo Molina, el Dr. Angel López, Fr. Manuel Pérez, y entre los más cercanos Santiago Vallejo y Silvano Bores, el orador opulento de imágenes.

Levantemos piadosamente un signo que los recuerde sobre el desierto intelectual en que ellos se aventuraron los primeros, y corriamos la injusticia de

que nuestra historia solo conserve la acción de los ganadores de batalla y caudillos de pueblos.

Pocas tareas habrá más dignas para la Sociedad Sarmiento, que comienza ya esta noche su cuarto de siglo, sobreviniente á muchas existencias más ruidosas y que aparecieron más vigorosas y duraderas—partidos, leyes, famas y fortunas—sostenida, no por la prosperidad material que nada valdría sola, sino por el gusto y el amor al estudio, que es lo que cuidaré ante todo como honor y deber de mi presidencia,—por el esfuerzo que persigue en las vías dolorosas pero bellas de la investigación, un paso perdido, una explicación sospechada, la azarosa confirmación de las intuiciones, la verdad misma, la rara flor de las alturas vertiginosas.

---

## ALBERDI (1)

---

Delante del pueblo que hace 92 años le vió nacer, vengo á hablar del menos popular de los grande hombres argentinos.

Alberdi— que ese es su nombre— fué en verdad el menos popular en el país más fácil de serlo. A nadie como á él fíajeló la invectiva despiadada del partidismo, y para nadie, como para él la muerte, - la niveladora y la liberadora suprema, no ha ganado su bienhechor reposo.

Parecía nacido con el temperamento y la vocación de los predicadores, cuyo destino es de lucha silenciosa y de dolores profundos, de resistencias y de nega-

---

(1) Conferencia.

ciones: ninguna como su obra fué resistida y ha sido negada.

Alberdi era un genio triste: no cayó sobre él ninguna de las gracias amables de la vida: ni la sonrisa divina de las novias, ni las beatitudes del hogar, ni la simpatía comunicativa que gana voluntades, ni el gozo de una salud perfecta: sólo siempre, proscripto primero, olvidado después, sin ninguno de los consuelos que dan tregua, siquiera de un día, á los dolores del alma, realizaba así el destino que parecieron anticipar sus primeros ensayos y sus primeros combates que fueron el principio de sus amarguras de toda su vida.

Carecía también de las condiciones fundamentales para ser popular, sobre todo en esta parte de América y no ha sido comprendido porque su genio llevaba más débil que ninguno el sello de su raza. Alberdi no era latino; curiosa idiosincracia, sintomática de genio, ésta que salva á un hombre de las leyes ordinarias de la vida.

Para pocos, en fin, ha sido el genio don tan amargo; pocos han aceptado con tan absoluta firmeza y tan noble renun-

ciamientos de sus beneficios, la dolorosa función de pensador.

Conociendo las debilidades de su pueblo y de su época, como que tenía la fría sagacidad del psicólogo, no buscó jamás halagar sus entusiasmos y sonreír á sus pasiones para cubrirse, á la manera de los tribunos que la multitud divinisa, con los fáciles prestigios de las actitudes dramáticas y de las arengas sonoras.

Yo no encuentro, entre los hombres cuya memoria conserva la familia argentina como la de sus hijos mejores, quien pueda competir con Alberdi en el desinteresamiento de las fortunas que enloquecen el corazón humano: ni el renombre, ni el poder, ni los honores.

Parecía seguir como consigna secreta inquebrantable, como línea interior-recta y dura que solo la muerte interrumpiría, como necesidad de poseído, como impulso de una inspiración superior, la de entregarse todo entero, sin reservas, á pesar de todos los desgarramientos, al precio de indiferencias, de tristezas, de enconos, de vanidades heridas inexorables, á escrutar las más hondas nece-

sidades y la suerte trascendental de su país.

Fué su menos piadoso observador; ni lo aduló inventándole virtudes, ni lo engañó disimulándoles sus vicios, y es por eso su gran título haber sido su moralista y su filósofo.

Bajó sin miedo á las intimidades de la vida nacional para escuchar sobre las almas dormidas de los abuelos la palpitation incipiente del porvenir y adivinar, el primero, sus secretos.

Yo coloco ahí la clave de su personalidad, el razgo matriz de su genio,—por arriba de sus *Bases*, de sus estudios económicos, de sus ensayos críticos, de su drama histórico, de su *Tobías*—por sobre todas sus páginas improvisadas y geniales, obras de un momento del pensador que perdura.

Hasta Alberdi habíamos vivido de vaguedades teóricas, de declamaciones jacobinas á la manera francesa: se soñaba con las venturas prometidas por el idealismo político del siglo XVIII: para alcanzarlas no teníamos sino que someternos á sus específicos milagrosos.

Alberdi rompía nuestro idilio jacobini-

no, proclamando la originalidad de la vida argentina, distinta de todas, con su tradición y su genio, únicos y propios, y anunciando que la solución de nuestros problemas debía surgir como flor indígena, hija de nuestro sol y de nuestro suelo.

Yo sé bien que el juicio que aplicaba á nuestro país no aparecía por primera vez en la tierra y que tenía su padre cercano en Savigny y su escuela histórica, que Alberdi conociera al través de la prosa rotunda de los libros mediocres de Leminier; pero sí era propia la valiente asimilación de esas ideas revolucionarias que hasta hace pocos años inquietaban la ciencia social europea.

Nada demuestra mejor la previsión de su espíritu, que quien ha resucitado sesenta años después la asimilación de Alberdi haya sido saludado como el más progresista maestro de la cátedra universitaria.

Quiero referirme á Juan Agustín García (hijo), que es por otra parte un escritor lleno de distinción y de talento.

Pero yo diría aún más, yo diría que Alberdi en la obscura y lejana ciudad de Buenos Aires, ignorada y fantástica para la Europa de entonces, realizaba y com-

pletaba al mismo tiempo que sus economistas y sociólogos la evolución intelectual que precedió la floración científica, maravillosa de los últimos cuarenta años.

Me anticipo á vuestras reservas:—me direis que Alberdi es irregular, incorrecto, que su estilo carecía de gracia y sus libros de la unidad y de la sintáxis de los preceptistas,—que se repite y se contradice, tal vez, y yo aceptaré plenamente vuestras reservas.

Las acaba de formular con su habilidad de documentador don Pablo Groussac, <sup>(1)</sup> que tiene el secreto de dar á su crítica la falsa apariencia de un juicio definitivo. Esta

---

(1) Esta frase juvenil no espresa todo mi pensamiento sobre este maestro, que América ignora todavía—artista silencioso y fuerte que senesce plácidamente en el noble y tranquilo amor de las ideas y de la investigación.

Se cumple transitoriamente el plan de silencio—sobre todo por su propia voluntad—que se ha hecho de su obra por los agraviados de algún día más ó menos lejano, que creen poder obscurecerla ó aminorarla.

Es verdad también que crítico duro, despiadado, que mezclaba la demostración concluyente con el sarcasmo inolvidable—para la víctima y los espectadores, para aquella por estos—no ha de ser perdonado por los que le deben la destrucción de un libro, un golpe fatal á su fama, muchas vanidades humilladas por el arma infalible de la ironía documentada.

Ha hecho varias veces la filosofía de lo que algunos

vez ha sido singularmente cáustico, pero ha comenzado por incurrir en uno de los grandes cargos que hace á la memoria de Alberdi, pues si de un lado le ha negado el derecho de variar sus juicios y hecho un estigma de frases contradictorias que espigó con su prolijidad de bibliófilo, se reserva el derecho, de otro, de denostar al hombre que elogió dos veces: al día siguiente de su muerte primero, y bajo la impresión insospechable de su última lectura, muchos años después.

Afirmo que Alberdi ha pasado intacto la prueba injusta de una crítica de frases, y que la nobleza del metal con que acuñó su pensamiento no ha resultado

---

han considerado como una simple neurosis de encarnizado que se complace en la mortificación, de impotente que se venga vivisecando en esa querida y sensible viscera humana que es la página escrita.

Ha dicho: yo enseño por esta vía de la crítica leal y severa el único camino que lleva á la vida intelectual sana fecunda que producirá tarde y difícilmente, pero frutos maduros, precisos en sabor, en jugo y en semilla.

Su obra se aumenta todos los días, y las lecciones se multiplican, en medio del silencio público y de la conspiración tácita de la mesocracia que se resiste á abandonar la provechosa y fácil carrera conque se ganan prestigios rápidos en nuestras más ó menos Tiros.

rebajada porque se corrijan las líneas de sus dibujos.

Yo quisiera poderos traer á la época en que Alberdi vivió y pensó hasta que abandona por primera vez el suelo de la patria; mostraros el medio resistente y hóstil, obligando á las tareas más contradictorias, imponiendo sus prejuicios y sus miserias: los prejuicios y miserias con que las sociedades de aldea concluyen por domesticar y vulgarizar las naturalezas más privilegiadas.

Delante de una existencia que «presenció en su infancia asaltos, saqueos y destierros», que una vez ido á Buenos Aires, á los 15 años, hubo de hacer el duro aprendizaje de la vida, entre la tormenta de un día y la amenaza del siguiente, probar después á los 27 años, á la edad más generosa, el pan amargo del emigrado, hacerse soldado y crítico de campañas militares, después de haber sido dependiente de tienda, escolar, universitario, periodista; sin recursos, sin familia, sin sosiego, vibrando siempre el labio el mensaje de amor á su pueblo lejano, vuelto constantemente el corazón hácia la patria que se espera volver á ver en

el día incierto pero anunciado por el presentimiento; peregrino sin rumbo, pensador sin reposo; yo quiero que me digais si el crítico que no conoce la caridad, la leche de la humana ternura que dice Shakespeare, no ha pasado los límites de la injusticia y llegado á los de la crueldad, cuando en la capital más civilizada de la América latina, en una época en que la lectura es una sensualidad y no como para Alberdi un apostolado, donde hay todavía quien espera al escritor complaciente que teorice su odio,—condena su memoria y su obra porque encuentra un trocatintas, descubre un error y comprueba la falsa paternidad de una frase, al que las escribió todás en el destierro, entre el escozor de una injusticia ó el golpe de la diatriba y el disparo de la flecha certera y vengadora con que Alberdi sabía ensangrentar el corazón de su enemigo.

El señor Groussac ha olvidado que una frase constitucional no vale otra, que basta que le pertenezcan las tres ó cuatro con que Alberdi sintetizó el alma, la tradición y las necesidades de la República y forman el espíritu que domina.

la obra total, como una alta armonía, para que le sigamos llamando, después de la crítica, con firme tranquilidad de espíritu, autor de la Constitución argentina.

De esas tres ó cuatro frases, con la fecundidad de la síntesis, han nacido las ideas que presiden la organización nacional, las que luchan por imponerse y vamos en camino de aceptar, las que son todavía del dominio de la discusión teórica y sorprenden los especialistas como sus últimos hallazgos.

El fué quien hizo la propaganda ingeniosa, obstinada, de todos los días, en todos los tonos en favor del extranjero, comprendiendo que el extranjero era la necesidad y la liberación de América.

El inspira los primeros tratados internacionales, la libertad de los ríos, las disposiciones constitucionales que imponen la celebración de los primeros y garanten la segunda.

Proclama el crimen de la revolución y de la guerra, sobre todo en América: formula proféticamente los principios de nuestra política internacional. La revolución y la guerra han barbarizado nuestro país, decía, y aventuraba la frase

en una época vibrante de pasión guerrera, en el teatro de grandes prestigios militares.

Presintió la revolución educacional que sustituyó la educación clásica por la educación moderna; preconizó la tendencia práctica é industrial, como uno de los mejores instrumentos, eficaz y científico, para desalojar lentamente herencias de raza, indolencias, hábitos mentales y morales de varios siglos.

Necesitamos ciencia y no literatura, decía, y atribuía nuestras desgracias á la debilidad latina por la música de la frase, por el entusiasmo, por las letras, por las fiestas, por todo lo que es propio para la vanidad y la contradicción.

Sus vistas sobre economía política, sobre educación, sobre filosofía de la historia nos desconciertan por su originalidad y su vigor, por el acento de iluminado con que fueron dichas, por la forma desnuda é incorruptible que las ha preservado y con que perduran.

El año 1871, 25 años antes que con gran escándalo de ortodoxos se proclama la aparición del idioma nacional de los argentinos, hablaba ya de la nueva lengua

que concluiría por formarse como fruto propio de nuestra actividad, aplicando por una adivinación muy propia y característica de su espíritu; las teorías filológicas que acababa de desenvolver Renan y perseguía el genio admirable de Max Müller.

Y como tuvo intuiciones en filología, las tuvo en música. Y como presagió el curso de nuestras crisis económicas, presagió el de nuestra política interior, y el destino de los territorios del sud que recién hace dos años son contados en las miras del gobierno.

Fué el tipo del pensador puro; ni hizo revoluciones, ni ganó batallas, ni fué aclamado por las multitudes, ni subió al gobierno,—sin más combates, sin más multitudes, sin más éxitos, que los interiores y secretos de sus propias ideas y de su meditar infatigable.

Es tal vez la más genuina figura de filósofo que hayamos producido y su memoria y su ejemplo deben ser presentados como ideal para una juventud y una época que conciben difícilmente la consagración desinteresada á los altos estudios, que conciben difícilmente cualquier

esfuerzo que no tienda á realizar nuestros ensueños burocráticos de ostentación, de vanidad y de rango.

Pero si Alberdi manejó alguna vez el sarcasmo implacable y rudo que derribaba, conoció también la fina ironía, el humorismo que amonesta y que corrige.

Y en ese género que quiere aleccionar con el ridículo humano sorprendido en la escena trivial y sempiterna en que todas las naturalezas se nivelan, Alberdi revelaba la elasticidad y la riqueza inagotable de su temperamento.

Había en verdad mucha sustancia permanente y viva en la obra de este hombre, que enfiebreó la pasión de la investigación científica y de la observación del mundo y de la vida, que fué jurisconsulto, filósofo, economista, sociólogo, que alcanzó á usar el desdén de la ironía impasible de Swift, escribiólas dos líneas desolantes de Larochevoucauld y el simbolismo cruel y verídico de Labruyère.

Pobre riqueza, derrochada al azar y sin conciencia, que en otra época más tranquila y en una civilización más propicia por la especialización, habría permitido acuñar el relieve de alguno de los tipos

perdurables de la especie, gloria de un ciclo histórico y de su raza.

Asimismo, figura extraordinaria para su tiempo, queda como la inteligencia más comprensiva é intuitiva de nuestra historia, y la que más se ha impuesto á la crítica y al conocimiento del extranjero porque era la que encerraba más verdad general y duradera, que es lo que dá á la obra humana la impregnación que la defiende de la decadencia de los años.

Pero lo que fué su programa de estadista, de experimentador, lo que quería para su patria, lo que no olvidó un momento en sus sueños de emigrado, eso queda de pié, enriquecido por la comprobación del tiempo, listo para servir de rumbo á la prosperidad retardada de la República.

Quería combatir el pasado, extirparlo si posible fuera, mostrar los secretos prestigios del trabajo perseverante que enriquece, alegra y moraliza que no hay nada firme y duradero en la miseria, que no hay virtud teológica que prevalezca contra ella; cómo las viejas tendencias que heredamos de la colonia hácia la curia, la oficina, la política son el camino de la

esclavitnd, de la miseria fisiológica y de la ruina del carácter; cómo necesitamos canales, ferrocarriles, progresos materiales y prosperidad material para que lo demás, todo lo demás, nos «sea dado por añadidura».

Mucho trabajo, mucho ahorro, muchas virtudes prácticas y domésticas quería para su pueblo, porque eran el precio de la verdadera felicidad; y cuando al presente constatamos un error ó descubrimos en nuestra marcha algún rastro del camino perdido, es que volvemos á Alberdi.

Son el mejor programa de los gobiernos y legisladores las ideas y los libros de este hombre, que en vida no dictó leyes ni figuró en los consejos políticos y de estado, y que una vez muerto dicta leyes para una larga posteridad de legisladores y políticos. Nosotros, los que venimos detrás, los usufructuarios de su esfuerzo, recibimos una herencia que nos impone el cargo de consolidarla y acrecerla. Es el honor y será el provecho de las nuevas generaciones.

Pocas vidas más llena de severas enseñanzas que la de Alberdi, que

fué lo contrario de ese tipo argentino de político, insubstancial y estéril; que huyó de las falsas seducciones de la vida pública, porque hasta su espíritu superior no podían alcanzar las disidencias mezquinas y perversoras que dividen los hombres y generaciones, envenenan la atmósfera y malogran las mejores existencias en estas sociedades hispano-americanas, inquietas y anarquizadas.

Que radicar esa idea en la práctica de nuestra vida, sea el voto que todos formulemos en esta fiesta, á la que se ha asociado la mujer tucumana, por adivinación de su sexo, como si la moviera el recuerdo enternecido de ese jóven pálido, cuidado y galante, perito en discreteos é intrigas amorosas, que el destierro arrebatara á los salones románticos del año 30. Y delante de damas el voto aparece más solemne.

Que hijos, padres, esposos, hermanos, amigos volviendo mañana á encorvarnos sobre el surco afanoso de la vida, practiquemos la paz y el trabajo,—las fuentes verdaderas de la vida humana, que fueron las palabras supremas de Alberdi. Que la paz suprima las rencillas, las disputas,

y un poco también la codicia de los hombres, que el trabajo sea la religión de la tierra de Alberdi, el trabajo como bendición y no como castigo bajo el sol de su generoso cielo, brillando por igual para todos los hombres.

---

## Taine caricaturista

---

*Salamanca, Enero de 1907*

En el número de *La Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1) correspondiente al 1º de Enero de este año se comenta el que yo llamara á Hipólito Taine un «portentoso falsificador y sistemático caricaturista», y se oponen á este juicio mio reparos muy discretos. «Taine, dice el redactor T. de la revista de Tucumán, era un generalizador y un filósofo, un filósofo y no un biógrafo, un modelo de filósofo de la historia. Agrega que yo encuentro que

---

(1) Que fundamos con Ricardo Jaimés Freyre y Julio Lopez Mañan el año 1904. En las *Anotaciones marginales* que se publican al final de este volumen se encuentran las objeciones opuestas al juicio de Unamuno.

Este escrito fué publicado en *La Nación* de Buenos Aires y motivó el que le sigue.

la síntesis de Taine ha mondado lo pintoresco, lo irregular de las impresiones concretas.

No, no es esto. Taine no sintetiza, sino que escoge los rasgos que concuerdan con la idea apriorística que se ha forjado de un individuo y lo pone de relieve, dejando en la penumbra ó en la sombra los demás. Los hombres no son para Taine hombres, sino casos de ejemplificación de teorías abstractas. En su libro de «De l'intelligence» está la clave de sus trabajos históricos y críticos.

En rigor, Taine no creía en la individualidad ni en el alma personal, y sus personajes, si bien se mira, carecen de alma.

No hay sino compararlos con los de Michelet, aquel historiador portentoso, lleno de visión y de entusiasmo, ó con los de Carlyle. Michelet, sí, Michelet sentía á los hombres y los resucitaba ante nuestros ojos. Claro está, como que es suya aquella enérgica y entrañable exclamación: mi yo! que me arrebatan mi yo!

Casi ninguno de los llamados filósofos de la historia es buen historiador. Para historiar es menester dejarse de un

lado la filosofía y que los hechos mismos hablen y filosofen ellos: y mucho más tratándose de una filosofía tan seca, tan geométrica, tan fríamente cartesiana, tan poco histórica como era la filosofía de Taine.

Caricaturista, sí. ¿Qué es lo propio de la caricatura? Lo propio de la caricatura es acentuar los rasgos diferenciales de un individuo, atenuando y hasta haciendo desaparecer los demás. Y, sin embargo, un hombre es humano y es vivo, por lo que tiene de común con los demás. El hombre triste sin sus alegrías no sería hombre, como no lo sería el alegre sin sus tristezas. Las flaquezas de los fuertes, las decisiones de los indecisos, los rasgos de valor de los cobardes y los momentos de cobardía de los valientes, las simpleza de los genios, y las genialidades de los simples, todo esto, las contradicciones íntimas de los hombres, es lo que hace que nos parezcan hermanos y se atraigan nuestra simpatía. Nunca late nuestro corazón con más amor hacia el Cristo que al leer el relato de su desahucio en el olivar. Sin eso, sin eso no sería hombre.

Y en los personajes de Taine suelen estar sistemáticamente excluidas estas diferencias. Le sirven para demostrar una tesis. Sus biografías, sus retratos de personas, hacen parangón con los trabajos de psicología de Ribot. El mismo rígido é implacable mecanismo, la misma lógica de conceptos abstractos. Los hechos que expone Taine son un revestimiento de conceptos previos; no salen las ideas de los hechos sino que vienen éstos, hábilmente seleccionados, á corroborar aquellas.

Y no es que allí falte lo pintoresco ni la impresión concreta, no. Taine que era á su modo un soberano artista, sabía dar la pincelada pintoresca, sabía reproducir la impresión concreta. Pero es cuando concurría á corroborar su tesis; en otro caso prescindía de ellas.

Taine nos ha dejado magníficas esculturas literarias, pero la escultura no es la verdad. La escultura nos presenta á un hombre en una edad de su vida, en una posición, en un gesto, en un momento. Y el hombre pasa por diversas edades, posiciones, gestos y momentos. Cierto es que Taine traza la vida de sus

personajes siguiéndolos á través de sus vicisitudes, pero si se lee atentamente se verá que va á tiro hecho, á fijarlos en una actitud y en un momento. Sus hombres son ideas encarnadas, ideas más ó menos complejas, pero ideas, en fin.

«Era un filósofo y un biógrafo» dice el redactor de la revista tucumana. Pues quien no es un biógrafo mal puede ser un buen historiador, y Taine escribió historia. Con muy profundo sentido,—lo he dicho antes de ahora,—agrupó Sarmiento en torno á la figura de Facundo la historia de la lucha entre la civilización y la barbarie en la Argentina, y agrupó Mitre en torno á las figuras de Belgrano y San Martín la historia de la emancipación sudamericana.

Aprovecho el recuerdo. Ahí está Sarmiento, que en visión histórica y fuerza de expresión plástica no es inferior á Taine, superándole en otros conceptos así como cede ante él en muchos. También Sarmiento era un caricaturista, también su «Facundo» es una caricatura, como lo es siempre, en mayor ó menor grado, todo retrato verdaderamente artístico. También Sarmiento acentuó un rasgo de su

héroe y atenuó otros. Y así es como en Facundo nos ha dejado un retrato impecadero de Rosas, pero un retrato caricaturesco.

Y aquí he de hacer una breve digresión, para hacer notar que la caricatura no implica necesariamente lo grotesco y lo cómico. Hay deformaciones épicas, que engrandecen al deformado.

Los retratos que Sarmiento nos ha dejado de Facundo, de Rosas, de Aldao, del cura Castro, de D. Domingo de Oro, son, sin duda, soberanas deformaciones, son verdaderas caricaturas, pero ¡qué diferencia con las deformaciones de Taine! Este, el francés, deformaba friamente, con regla y compás, según el sistema de coordenadas, con arreglo á una psicología mecanicista, mientras que el argentino deformaba con calor, por amor ó por odio, por pasión. El uno deformaba, caricaturizaba con la cabeza; el otro con el corazón. Y yo me quedo con el segundo.

Y aquí está de otra parte Mitre, cuya «Historia de San Martín» estoy ahora leyendo con singular agrado. No tiene Mitre la genialidad bravía y robusta de Sarmiento, pero su labor, de marcha más

lenta y más apacible, acaba por ponernos antes los ojos figuras vivas. Figuras crepusculares, un poco borrosas de suyas, figuras de menos relieve, pero de más simpática humanidad. Ni Belgrano ni San Martín se prestaban á la caricatura; uno y otro eran héroes plutarquianos, modelos de serenidad moral, pero no de genialidad mental, como el mismo Mitre lo reconoce. Si recordamos el paralelo que Taine precisamente estableció entre los procederes de Shakespeare y de Balzac, veremos que, guardadas proporciones, Sarmiento se valía del primero y Mitre del segundo.

Pero uno y otro, los argentinos, escribían movidos por patriotismo pasional y era la pasión, inpetuosa y bravía en el uno; contenida y serena en el otro, lo que guiaba sus plumas. Eran de raza española al cabo. Mientras que Taine es un perfecto ejemplar del espíritu intelectualista francés, frío, geométrico, desabusé, cartesiano. Advirtiéndole en cierta ocasión á Taine de los peligros que podían seguirse de las consecuencias que los franceses sacasen de sus «Orígenes de la Francia contemporánea», dicen que

contestó: «cuando yo escribo no pienso que haya franceses en el mundo». (Pudo añadir que ni hombres). Hé aquí una frase que no concibo ni en boca de Sarmiento ni en boca de Mitre. No puedo figurármelos escribiendo sin tener en cuenta que hubiese argentinos en el mundo.

Cita luego el redactor de la revista tucumana un juicio de Lecombe, que dice de Taine que es el prosador más animado é imaginativo que haya entre los franceses. Imaginativo, si, mucho, pero....¿animado? Alma es lo que encuentro que les falta á sus personajes. Hablan, razonan— como razonar, razonan demasiado acaso —obran, pero el alma no se les descubre.

«Es en prosa el equivalente de Hugo», añade Lecombe. ¡Por Dios! no tanto, no, no tanto. Tomándolo con cautela puede uno fiarse de Taine; de Hugo no. Taine deformaba por sistema, Hugo por ignorancia. Precisamente estoy leyendo la «Leyenda de los siglos» y regocijándome con la acumulación de despropósitos históricos del padre Hugo. Tenía una radical impotencia para comprender la historia. Sentía predilección por los asuntos españoles, y, en efecto, no puede hablar de Espa-

ña sin soltar algún disparate. Su geografía, su historia, su toponimia españolas son divertidísimas de puro desatinadas. Barajan hombres, sucesos y lugares con la mayor desapreñción. Y en el fondo Hugo es tan frío y tan sistemático como Taine, aunque aquel sea un ignorante y este no. Por que Taine se enteraba bien antes de hablar de algo, y Hugo no se tomaba la molestia de enterarse.

Nadie pone en duda las severas virtudes de estudioso y de hombre de Taine, ni la acendrada sinceridad de sus ideas. Puede un hombre ser estudioso, sincero y amante de la verdad y ser falsificador y caricaturista. Su genio mismo le impulsaba á ello. No creo que Taine se pusiera adrede unas gafas verdes y rojas para ver los objetos de uno ó de otro color, no: sino que su especial daltonismo le impulsaba á ver como veía. Es un escritor profundamente subjetivo, pese á su objetivismo profesional. Lo mismo que le pasa á Flaubert.

Y esto es muy frecuente en escritores franceses. Preocupados de no dejarse cojer de primos, que decimos en España, «de n'etre pas dupes», de ver las cosas

sin ilusiones ni prejuicios pasionales, de salirse de sí mismo, de hacer obra severamente impersonal y científica, caen en un profundo prejuicio y son presa de una ilusión: de la ilusión de la objetividad. Su facultad hipercrítica acaba por destruir la realidad concreta y en vez de hechos nos dan ó leyes congeladas ó polvo de hechos. Cuajan en témpanos la corriente fugitiva ó reducen á polvo el hecho bruto. Y de aquí la singular sensación de vacío y de desaliento que su literatura nos deja.... Y es que en ellas, con pocas y muy nobles excepciones, falta pasión.

Algo diría sobre el juicio—juicio muy discreto y complaciente—que de mí hace el redactor de la revista tucumana y algunos reparos le pondría á lo de considerarme moralista y comentador—fundado, creo, en mi «Vida de Don Quijote y Sancho», mi obra cardinal hasta hoy—algo diría de esto si no fuese porque me he trazado como regla de conducta el no juzgar los juicios que de mí, como escritor, se haga, ni aún cuando sean tan razonados y tan de buena fe y benévola simpatía como es el juicio á que me refiero. Tomo de ello cuenta é influ-

yen en mi ulterior producción, pero jamás los ratifico ni los rectifico. De paso habla el redactor de la revista tucumana de la originalidad sustancial de Spencer. ¡Cuánto habría que reparar á esto! Spencer es otro pensador tan peligroso como Taine, por ser igualmente sistemático. Tuve yo también mi época de spencerismo, y sin duda me enseñó el ingeniero filósofo inglés, pero, afortunadamente, salí pronto de su encanto. Y como no es cosa de alargär este comentario, no me detengo á desarrollar un punto que acaso sorprenda á muchos y es el de la incapacidad metafísica de Spencer. Basta compararle con Stuart Mill, basta cotejar las superficialísimas críticas de Kant, contenidas en los «Primeros Principios»—obra en lo fundamental de una endebles é inconsistencia manifiestas—con las profundas disquisiciones de Stuart Mill en su «Examen de la filosofía de Hamilton». Ocasiones tendré de volver sobre esto y sobre los estragos que creo ha hecho en la mentalidad hispano-americana, lo mismo que en la española---ese positivismo mecanicista y geométrico que estuvo en moda hace veinte años, y fué el credo de la

mesocracia intelectual. Solo se salvaron acá y allá los que sentían arder pasiones en su pecho, pasiones que mantuvieron, en uno ú otra forma, el fuego sagrado de la ilusión trascendental. Ni la de Taine ni la de Spencer pueden ser filosofías para pueblos que vierten su pensar en lengua española. Estos tienen otra alma, alma que en pocas obras habrá sido mejor analizada que en la «Historia da civilisacao Ibérica», del portugués Oliveira Martins.

Yo sé que muchos de mis lectores de allende el océano se revolverán á esto de que meta en un mismo cuño de alma á los pueblos todos de lengua española, y acaso alguno hasta á que llame española á la lengua en que les hablo y me entienden perfectamente, pero yo sé á qué atenerme y sé, como lo he dicho muchas veces, que pocas veces se me aparecen los americanos más radical y profundamente españoles, ó si se quiere ibéricos, que cuando, como en el caso del gran Sarmiento, gustan de renegar de España ¿No renegamos acaso de ella siete veces al día los españoles estrictos?

Repito que ahora está poniendo ante mi vista, vivo y actuante, á San Martín

su eminente biógrafo Mitre, y ¡cómo me acuerdo de nuestros héroes castizos ante ese castizo héroe que después de haber hecho aquí la guerra contra los franceses invasores fué á su patria á libertarla y hacerla campo libre á la actividad de los hijos de los pueblos todos, incluso el español! Y el héroe se me aparece en toda su apacible complejidad, sin salientes violentos, sin relieves pronunciados, pero con todo su sano equilibrio y con todo el calor de humanidad con que ha sabido presentárnoslo su ilustre historiador.

**Miguel de Unamuno**

---

## Taine y su filosofía

---

Don Miguel de Unamudo, á propósito del comentario nuestro sobre una frase en que llamaba á Taine «falsificador» y «caricaturista», ha escrito en *La Nación* el extenso juicio que acaba de leerse, sobre el crítico y filósofo frances.

Decimos mal juicio, porque este artículo en *La Nación* no es sino una continuación de los que escribe en España á los cuatro vientos, proclamando un nuevo verbo de pasión y de fé, que excluye la razón y sus dictados.

Así es que ha dicho (España Moderna, 1º Diciembre); «debo confesar la íntima repugnancia que mi espíritu siente hácia todo lo que pasa por principios directores del espíritu europeo moderno, hácia la ortodoxia científica de hoy, hácia sus méto-

dos, hácia sus tendencias.» Opone á la ciencia y la vida, la sabiduría y la muerte. No siente simpatía por la libertad y afirma que es necesario escoger entre la felicidad y el amor. Vocea su desprecio por la lógica que reemplaza con la *cardíaca*, porque no hay más método que el de la pasión y los sentimientos.

En este artículo de *La Nación* aflora aquí y allá, aquella misma filosofía: la necesidad de la pasión, la salvación por las pasiones ó por el fuego sagrado de la ilusión trascendental, el desdén místico de la ciencia y la experimentación.

Místico, hemos dicho—lo es profundamente Unamuno, como el San Agustín de sus predilecciones, como lo han sido el alma y el arte de su pueblo—y de los místicos de que se hacen los heterodoxos, ardientes, rebeldes, paradójales.

Con ello se cumple en él una de las generalizaciones de Taine, de las que esclarecen y coordinan la historia: la idea de la raza.

Ya se distinguían, simples colonias romanas, el énfasis, el fuego de Séneca ó Lucano, de Hispania—de la claridad,

de la elegancia de Sidonio Apolinario ó San Hilario, de Galia.

El tema no ha servido sino de fisura por donde debía regurgitar la efusión de su espíritu revolucionario é inquieto, al hacer vibrar sobre la cabeza del más pacífico de los filósofos una requisitoria airada contra la ciencia moderna.

Tal es el verdadero alcance de sus palabras, que encarnan en Taine y Spencer «el positivismo mecanicista y geométrico que estuvo de moda hace 20 años.»

Así queda clarificada la crítica. No niega solamente á Taine ó Spencer, sino á la ciencia, que repite un «hay que vivir» que él sustituye con el «hay que morir» de la sabiduría. No es que Taine falsifique, caricature ó nos deje fríos sino que es la ciencia la que padece esos defectos, porque carece de pasión y rebosa de lógica, porque convierte el movimiento continuo de la vida y de la historia en esculturas que las paralizan en un instante de su devenir eterno, porque destruye toda la animación y el fuego de los sentimientos con ordenamientos y generalizaciones.

Su afirmación es, en efecto, general:

«casi ninguno de los llamados filósofos de la historia es un buen historiador.»

No se explica satisfactoriamente, de otra manera, que se imputase á Taine síntesis audaces, improbadas, facticias, á él que «se enteraba bien antes de hablar de algo,» según sus palabras.

Comencemos por fijar una coincidencia con Unamuno, y en la que ojalá solucionaríamos las disidencias: el desdén por el positivismo de pacotilla, por la sociología «de lo de Alcan», pretenciosa y vacía, sin originalidad y fuerza, que alimenta aquí, como on su propio país de España, la inteligencia de la mediocridad pululante, ambiciosa de fórmulas hechas y de superficialidades nuevas.

Pero de ahí á la investigación de los maestros, la diferencia es enorme—Taine ó Renan no son ni Le Bon ni Finot.

Taine es sistemático, clasifica, organiza, sintetiza, porque es ese el procedimiento constructivo de la ciencia. La actividad espontánea del espíritu, revelada por la formación de la palabras, verifica el procedimienio de la generación—lo que sin duda no ignora el filósofo español.

Y la ciencia ha trabajado todo el

tiempo que lleva de existencia para sustraer el hombre del imperio de la «cardiaca», que no es sino nombre nuevo de una forma ancestral, que sobrevive prepotente en las tribus indias, según todas las informaciones. La «cardiaca» no sería sino la supresión de la laguna, que se ensancha todos los días, entre la impresión y la determinación, entre la excitación y el acto.

Unamuno querría una irrupción de las fuerzas más nativas al través de todo el agregado que han puesto en nuestro sér la civilización y la historia, y que consiste en un conjunto de aptitudes para educar y dirigir las pasiones, haciéndonos superiores á ellas.

Esas aptitudes nos han puesto en el camino feliz de poder mirar como espectador nuestra propia psicología, de poder discernir en la historia de un pueblo, en la crónica de una vida, en un simple rasgo, los factores que causan la trabazón íntima, de que no son aquellas sino el aspecto más exterior.

En cambio la pasión, la «cardiaca», inhibe nuestra inteligencia, anarquiza el alma y suprime la floración más

pura que se ha abierto sobre el camino humano: la tolerancia, la contemplación, la modestia.

La pasión es absoluta y ciega, practica el orgullo é ignora la fina virtud pitagórica «de examinar á la caída de la tarde los actos cumplidos en el día»—y aceptado su imperio absoluto la naturaleza humana ha quedado mutilada. Con solo ella la vida es un tormento y la historia un caos, una montaña tenebrosa de hechos.

«Dejemos que los hechos hablen, dice. —Las flaquezas de los fuertes, las decisiones de los indecisos, los rasgos de valor de los cobardes y los momentos de cobardía de los valientes.. .las contradicciones íntimas de los hombres es lo que hace que nos parezcan como hermanos, y se atraigan nuestra simpatía.» Tal es la teoría histórica de Unamuno.

Es natural que la observación psicológica deba recoger el más abundante caudal de notaciones parciales, pero al solo fin de aproximarse al juicio de conjunto, que lo traduce en líneas cardinales.

La reproducción exacta no es ni

posible ni deseable:—La sola circunstancia de que *se escribe* lo que otros han *vivido* prueba la imposibilidad:

Y no es deseable por la misma razón por la que la fotografía y la estenografía son inferiores á la pintura y al comentario ó la exégesis.

Será inferior siempre la impresión de la naturaleza al través del aspecto casual que ha recogido el fotógrafo—el tronco de unos arboles y un recorte de cielo, indiferentes y comunes—de aquel que el genio del artista ha formado con innumerable cantidad de aspectos parciales, acendrados por sus ojos ébrios de luz y de líneas, en un solo haz, que representa una escena, real y no sucedida talvez, y dentro de un marco que totaliza el cielo y la naturaleza circundantes.

La historia es más exacta cuando caricatura, al decir de Unamuno, cuando *acentúa* los caracteres fundamentales de una época, porque de otra manera, en la perspectiva, hay peligro de que se ahoguen ó se difumen en medio de los detalles, de los esbozos, de la maraña de una crónica minuciosa.

Las crónicas son materiales para la historia, pero no son la historia.

Es necesario extraer de ellas, como de todas las fuentes históricas, aislar, clasificar los caracteres de los hechos y de los individuos, para atribuirles su valor y distribuirlos según su grado. Taine introdujo en la historia la subordinación de los caracteres, y la fijación de valores (*Ideal en el arte*). Mejor se clasifica un ser por la ausencia ó presencia de vértebras ó mamas que por el plumaje ó el pico, como se define mejor una época por la noción prevalente sobre los conceptos morales que por las modas literarias.

Es claro que ni en uno ni en otro caso los rasgos fundamentales se establecen *a priori*.

Cuando Taine presenta los de una época, — la vitalidad enérgica y sanguínea, la imaginación abundante del Renacimiento italiano; el aire cortesano y la elegancia sabia del siglo del gran Luis, el sentimiento místico y la conciencia atormentada de la Edad Media— sus páginas desenvuelven el cuadro en

el orden inverso de su gestación espiritual.

El espíritu se ha elevado á la generalización por el estudio de los documentos particulares, aunque en el libro aparezca aquella seguida de su comprobación por éstos.

Pero Unamuno acepta la caricatura, fiel á su «cardiaca», como obra de pasión y no de lógica. Elogia, por eso, el *Facundo* de Sarmiento, á cuyo aspecto caricaturesco asiente.

¿Y qué es *Facundo* sino una creación á la manera de Taine, en el sentido de haber resumido en él—exagerando por que ha suprimido los caracteres secundarios de su psicología—los sentimientos cardinales de una época?

El sentido duradero y genuino de ese libro es el de expresar el alma viviente y férvida de un momento histórico, por su «personage reinante», como el Cesar Borgia del siglo XV, como el Jacobino de la Revolución—solo que Sarmiento hizo un poco su personage, porque necesitaba llamarlo con el nombre de un hombre, como recurso de sugestión y de prédica.

Taine no estaba comprometido en causa alguna que lo instase á deformar, y por eso, con el resumén de los caracteres psicológicos de una época, construía ideológicamente el tipo reinante, aunque no pudiera presentarlo siempre con la máscara humana, conmovida y excitante.

Detengámonos en la imputación de *apriorismo* que se hace á Taine.

Es sorprendente—¿Quién ha develado más íntimamente que él toda la falsedad de las construcciones geométricas del espíritu jacobino, asentadas con todos sus infinitos desenvolvimientos en el débil cimiento de una sola afirmación, que implicaba desconocer la originalidad de cada hombre y de cada pueblo?

¿Quién ha comprobado más abundantemente esa originalidad pintoresca, que el descriptor de los matices de una misma época bajo distintos cielos, ¡el Renacimiento de Italia é Inglaterra, por ejemplo?

Taine, sin duda, que ha mostrado finamente la acción de las costas anegadizas de Holanda, de la posición peninsular de Grecia, de la bruma y del trío en toda la historia de la «isla feliz».

Hé ahí, dirá talvez Unamuno, uno

de los postulados de la geometría histórica de Taine: la acción del medio.

Pero tampoco sería verdad. Esa influencia del medio que la observación acredita decreciente á medida que el hombre reobra sobre él, no ha sido establecida por Taine como imperativa y geométrica, sino que reconocía su variabilidad. (1)

Su discurso sobre los orígenes de la Francia, es, en ese sentido, su testamento como filósofo de la historia, al presentar la legitimidad, la lógica de la estructura social que la revolución arrasó.

Y era legítima y lógica, no por ninguna razón geométrica—que estaría siempre del lado de la Revolución que partía de un concepto verdaderamente matemático: la igualdad de los hombres—sino por razones vivas, humanas, profundas porque llevaban la levadura de un largo pasado de luchas, de roces, de palpitaciones que había formado un gran órgano de sentires habituales.

Pero el testimonio insuperable de su positivismo es aquel que nadie ha olvidado, sin duda; que el gran esfuerzo de sus *Orígenes*—once tomos sustanciosos y

---

(1) 3er Tomo pág. 7 Litt. anglaise.

concienzudos—tuvo su origen en el deseo de formar opinión para votar como ciudadano francés.

Sus sistemas han surgido de las meditaciones y no fueron impuestas éstas por aquellos.

Pocas veces se habrá entregado un espíritu á una contemplación más detenida y penetrante de más vastos horizontes. Y cualquiera que fuera el valor de los sistemas, queda indestructible su idea de la «impasibilidad crítica», que suprime las «gafas azules y rojas» y los «daltonismos intelectuales».

Ai consignar estos conceptos, el teorizador de la «cardiaca» ha confesado la excelencia de la idea y del procedimiento tainianos.

Esos daltonismos y gafas tienen su fuente en las pasiones, que aberran la vision crítica, y que impiden el *n'etre dupe de rien ni de personne, ni surtout de los même*.

Por haber avanzado largamente en la expurgación de las pasiones—de los *ídola* del *Novun Organum*,—se le atribuye precisamente frialdad y sequedad.

Pero su frialdad no es sino la

serenidad crítica, y nunca frialdad «cartesiana, racionalista, geométrica», como afirma Unamuno, puesto que su filiación intelectual no está en el autor del *Discurso sobre el Método*, sino en la tendencia contraria, que comienza en Bacon, se acentúa en Montesquieu y se define en la psicología fisiológica del siglo posterior, que él desarrolló en su *Intelligence*.

No partía de la razón. sino de la sensación y por eso penetraba en el juego oculto del corazón para llegar á comprender y explicar una obra, una época, una revolución política, una renovación científica. Así toda la galería de la *Literatura Inglesa*.

De manera que el parangón de sus retratos con los análisis psicológicos de Ribot, con que Unamuno encarece el aspecto escultural é inanimado de aquellos, no es sino prueba de que ni era cartesiano el autor ni carecían de alma sus figuras.

Al contrario, se complacía en exhibirlas en toda su complejidad, en su origen y desarrollos, en sus anomalías y solidaridades.

El hecho verdadero, en historia, dice

Taine, es el sentimiento interior de los hombres, el hecho importante es el estado y estructura de su alma. La historia, continúa, no es sino la historia del corazón.

Estas palabras están en el estudio de Carlyle, á quien Taine exalta y aproxima á Michelet, exactamente como Unamuno.

Pero á pesar de estas preferencias comunes, la disidencia es fundamental. Y ella reside, entre otros puntos, en la manera de concebir al hombre de genio, ante todo. Taine no creía en la creación *ex-nihilo* del hombre de genio—y en el drama del desarrollo histórico muestra la lógica de sus desproporciones, lo humano de su singularidad, la correspondencia de su grandeza con otros factores más modestos y más visibles.

Ha desmontado lo grandioso, y con ello defraudado el gusto por lo extraordinario y lo épico. La protesta contra su obra es un poco el reclamo contra la desilusión.

Carecerán, entonces, de alma maravillosa, de alma genesiaca é irradiante como en la imaginación antigua, pero no

alma verdadera, del alma que no es sino un fruto, una resultante, una cantidad en función, que tiene su mayor razón fuera que dentro de ella.

Entonces los hombres de Taine son rasgos, son elementos, son manifestaciones expresivas del alma social, y por eso desfilan rápidamente y sus perfiles no se acusan soberanos sobre un fondo indiferente.

En este sentido era un sociólogo—lo atraía el estado de alma social: no aplacaban su inquietud investigadora los accidentes de una biografía, porque había descubierto los hilos que hacían de esta una apariencia y la ligaban al resto de los hombres, á las generaciones pasadas, á la naturaleza muerta,—al medio social, que es el resúmen de todo ello.

Pero en presencia de esas conjunciones poderosas que se manifiestan en tipos simbólicos—Cesar Borgia ó Napoleón, su descendiente—el retrato de Taine no es una disección á lo Ribot. Se perciben las actitudes, las idiosincracias, el gesto cambiante, el latido irregular en rasgos intensos y vibrantes.

No era, efectivamente, un apasionado,

pero en cambio—y esta es una de sus diferencias con el cartesianismo —sabía todo el valor de las pasiones en el juego de la vida.

«Los hombres no han hecho grandes cosas sin grandes emociones.» (1)

«Dejad el relato desnudo, olvidad las explicaciones abstractas y observad las almas apasionadas. Una revolución no es sino el nacimiento de un gran sentimiento. Yo querría que toda historia fuese una colección de textos munidos de un comentario.—Daría por tal historia todos los razonamientos regulares, todas las bellas narraciones descoloridas de Robertson y Hume.»

Ésa elección de textos munidos de comentario ha sido su constante manera.

Y no han resultado sus paginas ni secas, ni paralizadas, ni cuajando en témpanos la impresión fugitiva, como atestiguan las que pintan el desbordamiento pasional y artístico de Cellini, el humor satánico de Swift, la sed desenfrenada y la insaciedad de Byron ó la ternura ideal de Tenyson.

---

(1) *Carlyle* pág. 813 Litt Anglaise, tercer tomo.

# EL IMPERIO JESUITICO

---

POR LEOPOLDO LUGONES

## I

Aparece Lugones en su libro sobre *El Imperio Jesuitico* espigando en un campo que no le ha sido hasta ahora familiar, el de la crítica histórica.

Pero el temperamento y el genio del artífice han impuesto su sello á la obra, que muestra claramente el parentesco íntimo que guarda con el poeta que conocemos.

Observemos ante todo que las proporciones del libro han sido sugeridas al autor mientras ejecutaba el propósito originario de una memoria sobre las ruinas jesuíticas en Misiones.

Así lo anuncia su mismo prólogo.

Es esto, sin duda, un vicio que se advierte en el plan de la obra, cuya primera mitad forma el prolegómeno de la segunda

Y en aquella, su capítulo sobre el *Pais conquistador* tiene proyecciones para formar el marco magistral, no ya de un esquicio parcial, sino del gran libro sobre la empresa colosal de radicar en América la civilización blanca. Pero ¡Lugones es ante todo — funcionalmente, — un poeta, hombre de imaginación, apasionado de la naturaleza viva y desordenada, descubridor de aspectos inesperados y nuevos, verboso y elocuente.

Es un romántico, — nada hay más extraño á la corrección y pulcritud clásicas, á su riguroso ordenamiento lógico, á su disciplina mental, que la obra de Lugones, que ha sido un autodidacta, y que al través de su vasta información y curiosidad científica desmedida, continúa siendo conquistador, irregular, excesivo, incurcionando en los arcifinios de la ciencia con el desenfreno de su impetuosidad juvenil y nativa.

Como si los lindes del asunto histórico lo contuvieran, desborda, regurgija por

sus ensambles la abundancia y riqueza de la savia, en vegetación espontánea y henchida.

Leed la pintura de la mujer española (pág. 60) y de la pícara (64) que derramaba por los barrios bravíos «aquella delicia de carne amorosa, purpureando en sus cabellos el clavel popular, suscitando con esos ojos, que evocaban melancolías de lunas agarenas, lampos de navajas y carencias de piropos»; la de la naturaleza misionera cuando cerca del mediodía se rompe la neblina, que como «muelle vellón envuelve sus perezosos mañanas; el cielo se glorifica profundamente; verdean los collados; silban las perdices en las cañadas y por el ambiente de una claridad casi excesiva, como verdadero símbolo de aquella imprevisora esplendidez, el *morpho Menelaus*, la gigantesca mariposa azul se cierne lenta y errátil, joyando al sol familiar las cerúleas álas» (pág 115) El capítulo de las ruinas es un cuadro que tenemos delante de los ojos, maravillados.

El vocablo específico, concreto, expresivo, fulminante, suscita el objeto, en su material realidad.

No será necesario que la naturaleza lo preocupe para que la forma alcance la belleza y la exactitud pintorescas: la psicología de la España del siglo XV; del paladín, bravo, cruel, bandolero, cortés, superticioso y jugador; el alma de la conquista, empresa medioeval, quimérica, en la que resultó á España desastroso el oro que le compraba su sangre; el alma de su juventud universitaria que oprimida por el arnés de sus prejuicios se escabulle en una jocosa truhanería; el alma toda de España, escolástica, curial, retórica, anafrodisiaca, mística,—son páginas deslumbrantes de color, de intención filosófica y de arte personal y poderoso.

El léxico, en sus manos, despliega toda su opulencia; encontrareis en cada página un vocablo olvidado ó ignorado: pronaos, guirindola, pegujares, serrezuelas, ahocinados, almorrefas, salmer, imposta alforje, croar. No bastan tampoco y será necesario neologizar: detrición, ensilvecor, frutar por frutificar, etc.

Como creador, que dá y no obedece normas de expresión, aviva, intensifica el giro, atribuyendo sentido activo á verbos que no lo tiene: los palmares *comienzan* el

bosque; los campos *hormigueaban* de ganados; la rama cuya lozanía *sonrió* primaveras; el espíritu *revive* á su contacto una historia orijinalísima.....

La alteración verbal responde á una operación concomitante del espíritu que personifica la naturaleza.

Las ideas más graves y abstractas cobran una forma heteróclita y un relieve luminoso que se acentúa en la última línea apareciendo como el hallazgo deslumbrante que corona una rebusca intensa y triunfadora.

«Con desenfado igual combatia el soldado español por el Papa ó en su contra, tendrán por vajillas de cantina á calices y cupones; *de emparejarles la apuesta, habrían volcado la bola del mundo en sus cubiletes.*»

El retruécano se había vuelto la gala más delicada en la literatura española. «En las mismas efusiones religiosas se usaba de él y nada prueba mejor el frío interior de aquel pueblo, al borde mismo del brasero inquisitorial, que ese estilo *que impone á los verbos sublimes contorsiones de acróbata para desahogarse con Dios.*»

La impresión de paz de la siesta, en la selva misteriosa, á que concurre la

tibieza ya enervante del aire, los pájaros, la hora etc., »se completa con el silencio tan característico que *se hace notar como una presencia.*»

Hay sobre todo una página admirable,—la que recuerda la expedición de Hernando de Rivera,—dantesca, dice Lugones, incomparable, decimos a nuestro turno, digna de la locura épica y trágica que fundó América.

Pero esta facultad plástica de espresar lo grandioso y magnificar lo ordinario, que en tan alto grado posee el poeta de las *Montañas del oro*, y el prosista de la *Guerra gaucha*, es la causa y la explicación de sus defectos.

Ha concedido por eso demasiado al exterior del fenómeno estudiado,—á la influencia telúrica de la región que es un estudio de geología y á la topografía y detalles formales de las reducciones, con que recarga el capítulo de las ruinas, por reacción natural, también, de su gusto por lo enorme y lo informe.

## II

Pero no es el estilo el único mérito

de este libro, ni sería él bastante para acreditar un esfuerzo serio en la investigación histórica, que cimente el juicio filosófico sobre el imperio jesuítico.

La bibliografía es todo lo extenso que era indispensable, pero Lugones ha puesto más obra personal que contribución libresca. Su sensación, su idea, su pasión, se desenvuelven y florecen plenamente; ha hecho de ellas un análisis amoroso y singular.—En cambio el juicio, la información, el documento para justificarlo, la relación á lo Blas Garay, (1) el prologista del padre Techo, están expresados en síntesis precisas (2) que contrastan con las descripciones de caminos, de piscinas, casas, conventos.

Lo pintoresco y lo plástico dominan (3)

Y entre el cúmulo de imágenes y descripciones, encontramos, dispersas, obser-

---

(1) En este prólogo, pág. XXVII (*Biblioteca Paraguaya*) habla de imperio Jesuítico.—Es una comprobación que presagia la elección del título, á pesar de que solo cita Lugones como antecedente de éste á Ibañez.

(2) Por ejemplo, las afirmaciones de la pág. 237, requieren la indicación de la prueba.

(3) Y sellan algunos juicios; hablando de los conquistadores dice «cómplices, no compañeros, aquellas expediciones los unían como un delito.»

vaciones psicológicas y sociológicas.

Habla del indio—«á su arranque, colérico como en todas las naturalezas indecisas etc.»

«Los sentimientos y las ideas son como vasos comunicantes.»

No siempre son exactas, sin embargo, y estampa el juicio—como este último—con el mismo desplante con que expresa una sensación, cuando al revés de ésta, aquél es contestable.

Por ejemplo: «el idioma, es decir, lo último que ceden los pueblos conquistados».

Su tendencia es determinista—y ella le ha llevado á formular este hermoso juicio, que es el *lei motiv* del primer capítulo: el descubrimiento de América es natural consecuencia de un estado social y político, no una excelencia de raza ni una invención genial.

Como artista, vé en el mundo la obra del espíritu: «la decadencia española demostró que el progreso de las naciones no está ni en la raza ni en la riqueza del suelo, sino en las ideas, cuyo es el espíritu animador» (pág. 72.)

Pero cuando hace sociología, reco-

noce que el indio no era susceptible de otro mejoramiento que el externo que le dió el jesuita, es decir que la raza lo hacía irreductiblemente incapaz de civilización (pág. 252)

Afirma, también, que lo moral depende sustancialmente de lo físico.

En el fondo es ésta siempre su idea y lo prueba evidentemente aquel capítulo sobre la geología misionera, basáltica, sin sal ni calcáreo, con que explica en parte, la historia indígena.

Pero este criterio recibe el temperamento exacto; el salvaje depende en absoluto del medio, el civilizado es su colaborador inteligente—(pág. 303 y 131).

A pesar de su determinismo, jacobiniza cuando afirma la superioridad esencial de la democracia (pág. 322)—pero ha de volver á él: los hechos no merecen vituperio ni alabanza, porque no hay sino la lucha por la vida.

Sin embargo, así desnuda, esta ley, en el campo humano, ha dejado de ser cierta, por lo mismo que el «hombre civilizado es un colaborador inteligente del medio».

Se cierra la última página, abocado

el espíritu á la gran duda que nos asalta por reacción al negro pesimismo: «los hechos no merecen vituperio ni alabanza».

Pero poeta, lo cubre y adormece con palabras de ensueño poético y triste.— Ha sido poeta, como bueno,—hasta el fin.

Nota (editorial), etc. p. 110  
 et. 1904 no. 24 - 26. *Según un  
 libro.*

Señor don Ricardo Jaimes Freyre (1)

#### POETA Y AMIGO:

Su revista contiene una nota bibliográfica sobre mi *Imperio Jesuítico* que agradezco mucho por su sinceridad y buena fé; pero contiene al mismo tiempo afirmaciones inexactas y aventuradas que no creo deber perdonar, estando comprometidos por ellas, el prestigio del idioma y mi crédito de escritor. Voy al grano.

Me achaca el autor de la nota demasiada preocupación formal por los detalles de las ruinas y por los caracteres físicos de su región. Eso estaba ordenado por el

---

(1) Lugones contestó con esta carta, dirigida á Ricardo Jaimes Freyre, que motivó la réplica que le sigue.

decreto en que se me comisionó para escribir la obra, y debí ceñirme á sus términos.

Bastaría sin duda esta consideración para justificarme (si esto requiriera una justificación, que rechazo en absoluto desde luego) pero deseo afirmar que tal fué también mi querer; desde que si en historia el hombre es lo primero, lo que sigue inmediatamente en importancia es el medio.....

En cuanto á las medidas, son necesarias, porque yo no he hecho—á pesar de mi distiguido bibliógrafo—obra de poeta. Y no conozco otro modo de describir edificios. Por lo demás, en ninguna de las descripciones existía dato semejante, de modo que mis abusos métricos, llenan en realidad un vacío. Cosa igual puede decirse de los planos—todos levantados por mí sobre el terreno—y del mapa ilustrado—obra que también me pertenece, salvo la ejecución en la que no entran las restauraciones, la determinación de los puntos ni la triangulación—pero insisto en que el tema lo exigía. En ciertas partes, mi trabajo ha sido una verdadera reconstrucción rudamente trabajada en

plena selva; y esto no será poético, pero es útil y necesario. A eso fui.

Tampoco es cierto—no se desprende semejante cosa de mi prólogo—que yo empezara escribiendo una memoria y diera en un ensayo histórico. Este fué tal desde el principio. La modificación del plan primitivo antecedió á su realización.

Las afirmaciones de la pág. 237 de mi libro, que según el bibliógrafo «requieren la indicación de la prueba» están basadas en los datos—son mejor dicho estos mismos datos—de Doblaz, de Alvear, de las Cartas Edificantes y hasta del mismo señor don Blas Garay á quien, según parece, imito en mis «relaciones» y cuyos tiquismisquis sobre *imperios jesuíticos* no cité, porque se trataba de títulos de obras: circunstancia en que solo se encuentra la del jesuita Ibañez....,

En cuanto á que yo «jacobinizo» (mi bibliógrafo es purista, sin embargo; y ya se verá,) cuando declaro la superioridad *circunstancial* de la democracia como fenómeno político concurrente del industrialismo, me parece que es demasiado *exagerizar*.

Y por esta puerta, á la gramática!

Mi amable bibliógrafo encuentra que «*neologizo*» demasiado; y por singular ocurrencia resulta que, salvo uno, no hay otro neologismo entre los citados que el excelente *neologizar*. Ese uno es el vocablo *detriciòn*, introducido al idioma con todas las reglas del protocolo gramatical y legitimado por el afín *detrito*. Los otros, *hortense*, *ensilveserse*, *frutar*, están en el Diccionario de la Academia. Cierta *decelar* que se me cuelga, no me pertenece; más infiero que será error de imprenta, y que habrá querido ponerse *develar*. Si es éste, se halla en Domínguez, mucho más sensato é informado que la Academia, cuyas omisiones constituyen legión.

Debo hacer también un reparo respecto á los verbos que carecen del «sentido activo» que yo les atribuyo. Entre los citados hay uno que sí lo tiene: «sonreír». Juzgando por «reír», según es lógico, se encuentra en el prólogo de *La Celestina*: «desechan el cuento...,..... *rien lo donoso*», etc. La cosa viene de lejos, como se vé.

Siendo tantas mis rebeliones léxicas, tengo el mayor interés de que no se me amplie sin razón la lista de las transgré-

siones; y es esto lo que ocasiona tan larga carta.

Quedamos pues, en que mis titulados neologismos no son tales; en cambio mi bibliógrafo engalana con tres—*jacobinizar*, *neologizar*, *intensificar*—la misma página en que saca la cuenta. Y eso que, desde Gautier, se recomienda á los jóvenes la lectura del Diccionario....

Con todo, vuelvo á agradecer el espíritu cariñoso con que está escrita la consabida nota, y aprovecho la ocasión para felicitarle por la simpática empresa de su revista á la cual deseo, en unión de vd., la mayor prosperidad.

Es su colega y amigo affmo.

L. Lugones.

-----  
 REPLICA

Mi nota crítica al libro de Lugones contenía en sustancia: en primer término, una generalización sobre su estilo, que juzgaba nuevo, rebelde, y pintoresco--en segundo término la afirmación, imprecisa y rápida.

de que su fondo sociológico era vacilante— En conjunto decía, es la obra de un poeta, á pesar del tema de su libro.

Como documento para el primer juicio, señalaba algunos vocablos exóticos y buscados, de los que pululan en sus páginas pletóricas de imágenes y sensaciones, y despues el uso en sentido activo de verbos que no lo tienen.

Hacia la comprobación y la cita con amor y con fruición, pues me permitía renovar el concepto positivo, relativo, polimorfo, de la vida social, que dictó mi estudio sobre la Escuela Histórica en Derecho y que acababa de acreditar en mi esquicio sobre la lengua.

No podía hacer, pues, un cargo de ello, desde luego porque fundaba con esas citas mi vista crítica, que era un elogio y después porque, como lo observa Lugones, hacía por mi parte otros tantos neologismos.

Así lo entiende él mismo y entonces es claro que su carta es solo un testimonio inesperado de gramaticalismo, en el temperamento espontáneo y valeroso de uno de los espíritus más revolucionarios de nuestro país.

Pero aceptando la rectificación, hasta tanto la discuta, siempre queda evidente la existencia de los neologismos.

Podeis agregar, entre otros, *joyar*, *apocrifidades*, *acaudalar* en el sentido usado en su libro.

Queda así mismo neológico el uso que se hace de *comenzar*, *hormiguitar*, *revivir*, *sonreír*, malgrado la cita de la *Celestina*. Agreguemos heredar por transmitir (los señores *heredaban* á sus bastardos), volar por hacer volar (recogieron solo las aristas que *volaba* el viento); germinar (la humedad germinante) etc.

El concepto que preside la corrección de Lugones es el siguiente: los vocablos que figuran en el Diccionario no pueden ser neológicos; lo son, en cambio, los que no figuran.

Lo primero se prueba por la observación respecto á *frutar*, *hortense* y *encilveser*.

Prueba lo segundo la afirmación de que *intensificar* es un neologismo.

¿Pero será acaso suficiente que figure en las ahiladas páginas del Diccionario, dogmáticas y estrechas, para que una

expresión sea considerada como individuo genuino y nativo de la lengua?

No lo creo, y sorprende que sea otra la opinión de Lugones. Es, pues, el caso de elucidar una ley del language que su rectificación compromete seriamente.

Las palabras no son seres con cuerpo y alma, idénticos siempre á si mismos, que tengan una «vocación» y un destino esencial, como enseñaba la vieja lingüística apriorística. Las palabras son «signos artificiales y arbitrarios» que no tienen otro fin que servir la comunicación humana—lo que importa en ellas no es su sonido sino su sentido. La lengua no es, en consecuencia, sino el conjunto de esos signos, usados por un pueblo ó una civilización: es un fenómeno social, vivo y actual.

¿Puede entonces considerarse neologismos *yerba*, *rol*, *yerbatero*, *intensificar*, (pág. 184) cuando tropezamos con ellos, á cada paso, en los propios diarios, que son el reflejo primario de la lengua?

¿Habian de considerarse neológicas las voces que salpimentan nuestra lengua ó manera, hablada y escrita, porque la Academia les haya negado la entrada en

el ridículo *sancta-sanctorum*, sin ningún creyente sincero, que vela?

Lo que da carácter al neologismo, por que es el rasgo que distingue y fecunda una lengua y sus términos, es la circulación social, porque no tienen sentido sino en ella, anunciando y sirviendo la relación de los hombres.

Lo que hace al neologismo es la acuñación del vocablo en la obra literaria, su aplicación y su difusión, como la moneda, que no es sin duda el disco de metal ó el billete impreso que guarda un banco de emisión en sus arcas.

No neologiza al que quiere sino el que puede.

Esta misma observación formulaba acerca de la opinión de Groussac, que considera que en vez de descubrirse tendencias innovadoras en nuestra frase, se encuentra una tendencia hácia la mayor pureza en el escrutinio de los orígenes latinos (1). Entendía que un rejuvenecimiento del verbo latino no sería una prueba de regresión sino de progreso,

---

(1) Véase capítulo *Naturaleza del Lenguaje*

porque implicaría no una obra sabia de gabinete, sino el trabajo del nuevo espíritu de un pueblo nuevo.

La obra de Lugones, que es una prueba del juicio de Groussac, sirve de verificación á mi crítica.

No podemos olvidar que nos referimos á un libro argentino, que describe la naturaleza argentina y que hace historia americana.

Lugones actualizando é incorporando á nuestro language literario el adverbio *hortense* y el verbo *frutar*, neologiza, porque emplea formas inusitadas de expresión las toma de la tradición catellana como las podía haber compuesto directamente, ó derivado por trabajo original de etimólogo, de sus raíces.

Y á ese respecto, si ha sido feliz usando *hortense*, no lo ha sido usando *frutar*, que como observa Dominguez, «mucho más sensato é informado que la Academia», es un provincialismo, y tiene el sinónimo mucho más castizo *fructificar*, de la categoría de los verbos en *ficar*, tan característicos y lógicos, lo que no sería argumento para mí que participo del concepto romántico—en el buen sentido

—del lenguaje, y sí solo para el Conde de Cheste.

Según este criterio dogmático para juzgar el lenguaje, que desconoce el hecho de su movimiento y renovación constantes, por el que se adaptan á las necesidades del medio con una exquisita fidelidad, el neologismo sería, no el hecho natural, de comprobación experimental, en cuya virtud el léxico se enriquece con una nueva voz, sino el hecho oficial y fortuito de que haya sido consagrado por una asamblea docta.

¿Y si no tuviéramos Academia y Dominguez, careceríamos de neologismos? La afirmación queda reducida al absurdo.

Hay un episodio curioso en la historia de las lenguas: las reaparición de voces antiguas. Ha sido observado por Whitney en Estados Unidos, donde los británicos se sorprenden con palabras que no son sino viejo inglés—y cualquiera puede observarlo entre nosotros.

Si aquellas volvieran á Inglaterra y éstos á España ¿dejarían de ser neologismos?

Debo agregar todavía ¿una voz

puede reaparecer sin que aporte una idea ó un sentido nuevo?

No olvidemos que el lenguaje refleja un estado social y mental, individuo y único, y entonces estas restauraciones de vocablos son verdaderos neologismos, desde que reaparecen en forma pero no en sentido, prevaleciendo en su adopción la ley mecánica de la línea de la menor resistencia: en vez de inventar una voz, se toma una hecha, pero atribuyéndole un sentido distinto.

No hay palabra, cuyo sentido no adquiera nuevos matices después de un transcurso dilatado de tiempo.

Sobre la morfología de la lengua y la fonética está la materia de una investigación más profunda y fundamental: la semántica, ó la ciencia de las significaciones, como la ha llamado Bréal.

Este lingüista cree haber develado dos leyes de la evolución del lenguaje, que verifica abundantemente: la de la repartición y la de la irradiación, por virtud de las cuales las palabras sinónimas tienden unas á diferenciarse, y otras á comunicar por contacto su sentido, lo que

determina pequeños pero perseverantes cambios en el propio.

De manera que las palabras no tienen sentido inherente á su sonido y á su aspecto, sino que varían y se conforman á las exigencias, necesidades y caracteres del medio social. (1)

El mismo dice en su crítica á Darmesteter que infinitamente más frecuente que las adquisiciones que provienen de idiomas extraños, es la aplicación de una palabra conocida á una idea nueva. (2)

Se puede afirmar que el vocabulario de un Quevedo, por ejemplo, no puede ser restaurado en su sentido originario, y que si adquiere vida y belleza en las manos de un escritor como Lugones, no es por magia del vocablo sino por la fuerza de su idea y de su sentimiento.

De esta exposición resulta sorprendente el temor de Lugones de que la

---

(1) La sociología ha hecho aparecer nuevas voces, por ej. *demótico* y *genético*. El estudio científico de la inmigración moderna hará necesarias otras nuevas. Anoto, desde luego, *eugénico* y *panmixia*, que he visto usados, aquel en francés y este en español.

(2) Lugones dice no sé si árbol ó esbeltez jónica.

atribución de neologismos pueda dañar su crédito de escritor y comprometer el prestigio del idioma—cuando el neologismo, en el idioma y en la obra de un escritor, acusa actividad y vigor intelectuales.

A pesar de su ortodoxia, reconoce la ineptitud de la Academia y la zurdez de sus procedimientos cuando proscribió *control*, *gres. rol*, *bolas*, etc.

No suponía que le plugiera someterse á Valbuena, quién podría señalar algunas rebeldías léxicas y sintácticas en su libro: «la noche sobreviene *brusca*»; «los pueblos ignorantes sienten más *hondo*»; válvula *de la tormenta atávica*; otras más graves, de sentido: antes que los pucheros *funcionaban los cubiletes*» (pucheros que funcionan); *peculiaridades muy difundidas* entre los indios; «el P de Lacy *había extremado* con la Pompadour su moral acomodoticia» queriendo decir todo lo contrario.

Lugones no tendría derecho para quejarse si fuera objeto de esta fácil crítica subalterna é indigna.

—De paso rectifica Lugones la observación de que el título de su libro se encuentra en Blas Garay, recordando que éste se refiere en el texto de su

prólogo, pero que no lo usó como epígrafe. caso en el que encuentra solo Ibañez con su libro «Reino Jesuítico del Paraguay»

Pero recuerdo, á mi vez que en 1592 el cura austriaco Melchor Inchofer había escrito el suyo sobre la *Monarquía Jesuita*, que abona la elección de Lugones, pero que le crea un precedente que ignoraba.

Considera también que debe observar mi conjetura de que el libro resultó más vasto que el plan originario: que comenzando por una memoria sobre las ruinas diera en un ensayo histórico.

Aquí ya no se argumenta con citas. Es la impresión que sentirá todo lector. El capítulo de las ruinas, que es la materia propia de su cometido oficial, puede ser objeto de una ablación que no perturbará el conjunto, de tal modo está patente la superposición de planes: habría formado un apéndice ilustrativo del libro con su título de *memoria oficial*, que prestigiaría la obra y señalaría el posible origen de las investigaciones que el autor ha coronado con su ensayo magistral.

No niego su valer y el esfuerzo que

suma, pero afirmo su inconducencia en un libro de filosofía histórica.

¿Que verdad ó hipótesis abonan las medidas de los pórticos, la cubicación de las piscinas?

Pero sus observaciones de detalles importan consentir mi objeción al fondo sociológico del libro — tal es la regla lógica y jurídica: el silencio implica conformidad.

Me inhibiría ésto de hacer más sensible las antinomias constatadas en diferentes pasajes del *Ensayo*, pero debo para acreditar mi pensamiento.

En su juicio sobre la misión jesuítica establece que la esencial inferioridad del indígena no acepta la posibilidad de un progreso duradero.

Esto dá un matíz antropologista á su pensamiento que se desvanece luego cuando asigna singular influencia al medio.

Parecería, todavía, que estas ideas se regulan y armonizan con este otro pensamiento, que es exacto: el salvaje depende enteramente del medio, el civilizado es su colaborador inteligente.

Pero ya es distinto el pensamiento

cuando afirma que la civilización no es la obra de la raza, sino de los ideas que la animan. Corrobora este juicio la afirmación de la pág. 253: lo físico depende sustancialmente de lo moral.

El origen de estas ideas es un poco antiguo—toda la ciencia del siglo XIX ha tendido á establecer lo contrario: no hay otra fuente de vida que la sustancia.

Pero con estos antecedentes no era de esperar que aplicase á la vida social la fórmula darwiniana; «los hechos no merecen vituperio ni alabanza porque no hay sino la lucha por la vida.» La primera parte es la conclusión del materialismo histórico, la segunda la tesis del biologismo en sociología.

Aquella, que postula la inutilidad y la ilusión del esfuerzo humano, no concuerda bien con la colaboración inteligente del civilizado, y ésta, pugnando con la misma afirmación que acabamos de transcribir, desde que si el hombre puede modificar las condiciones de la lucha, hay algo más que la simple lucha por la vida, olvida nuestro carácter genuinamente gregario y social, que suspende la aplicación de la concurrencia vital y de

la supervivencia de los más aptos para nuestra especie. (Tanon, *L' evolution du droit*; Giddings, *Sociologia*; Bouglé, *La Democratie devant la science*.)

¿Y cómo coordinaríamos con esta tendencia biológica, que con Spenser cree haber probado la inutilidad de la instrucción sobre la moral y el sentimiento, con la afirmación de «que éste y la idea son como vasos comunicantes?»

Creo haber invocado para sostener esta exposición, autoridades más altas que las de Gautier—cincelador elegante y refinado, pero sibarita y sin alma, que no recomendaría á los jóvenes.

Tributo nuevamente mi sincero homenaje de admiración á este libro que ha salido triunfante de la prueba que aquilata la intensidad de una obra, pues ha sido leído varias veces, con conciencia, sin fatiga, con interés y respeto siempre crecientes. (1)

Feb. 20 - 1911

---

(1) En la 2ª edición de su libro Lugonés ha puesto dos notas (págs. 274 y 278) en las que declara que no tiene escuela histórica y que sostiene sus conclusiones aunque se alejen del determinismo.

---

## Naturaleza del lenguaje

---

La fijación del concepto del lenguaje ha de orientarnos eficazmente en el estudio de todos los problemas que la lingüística suscita—ciencia que lleva solo un siglo de investigación sistemática desde Bopp y Grimm. (1)

La lingüística trabaja sobre la vida del lenguaje y la comparación de las evoluciones parciales de las distintas lenguas.

Ha llegado así á descubrir el proceso de formación, de crecimiento y transformación de las lenguas, el sentido de sus funciones, el secreto de sus leyes, su valor como producto y como hecho social.

---

(1) V. Max Müller—*Ciencia del lenguaje* cap. III, IV y V y Ed. Chaignet, *Philosophie du langage*—p.308 y sigtes.

Ha llegado á establecer que el lenguaje no es la obra de una revelación superior ó de una facultad humana misteriosa que lo hubiese formado perfecto y de una pieza en un momento dado. Es falsa, en consecuencia, la última forma que ha concluido por revestir esta tendencia metafísica: la de considerar á la palabra como un ente, como una creación paralela de la idea que representa y con la que debía guardar una relación secreta y necesaria, (1) es decir que la palabra fuera por esencia el correspondiente de la idea. (2) —Alguién aspiraría siguiendo este rumbo, á descubrir en la raíz de las palabras el despojo del grito onomatopéyico primitivo que le dió origen.

La conclusión de las investigaciones experimentales y positivas es muy distinta.

¿Qué relación hay, en efecto, entre la idea de electricidad y de magnetismo, por ejemplo, y el ámbar y una provincia

---

(1) M. Frederic Masson en su discurso de recepción en la Academia Francesa (Enero 28 de 1904) decía: «les mots ont un corps et ils ont une âme. Les sons n'ont point été assemblés par le hasard». Whitney dice: «la palabra es un signo convencional y arbitrario».

(2) M. Chaignet, cap.VII.

de Tesalia,—fuera de que los primeros fenómenos eléctricos que llamaron la atención se produjeron con el frotamiento del ámbar y que las piedras que hicieron descubrir la fuerza magnética procedían de Magnesia.?

La lengua es una creación social, una institución de naturaleza y de fin social. Nada hay que revista un carácter tan fundamentalmente social como el lenguaje—no se le concibe fuera de la sociedad. El hombre por sí solo no formaría sino unas cuantas voces primitivas y pobres.

Si el language es una producción social no tiene relación directa con la herencia ni con la raza.

Lo observamos diariamente. El niño no habla la lengua de sus padres sino la de las personas que lo rodean. Y la historia la confirma ampliamente. El español es el producto de iberos-celtas con godos y árabes. El pueblo francés es celta; sin embargo, el elemento céltico es apenas apreciable en la lengua francesa.

Pero conviene observar que la fusión de sangre no tiene relación con la fusión

de dialectos, ni determina su proporción.<sup>(1)</sup>

Fué el lenguaje el resultado de la necesidad humana profunda de comunicarse, de suprimir el daño y el peligro del aislamiento, y una vez esbozado, en tanteos milenarios y accidentados, siempre más precisos, desarrolló la socialidad, ó sea el espíritu social—reaccionando activamente sobre el sentimiento que lo había suscitado.

No debemos, pues, buscar la genealogía del lenguaje sino en la historia difícil y oculta de los cambios diarios y no registrados de las costumbres y procesos «populares».

Porque la lengua no es elaborada con procedimientos sabios en el retiro de las academias ó por el pedantismo de los gramáticos—la lengua se hace y rehace, recibe la vida como un soplo continuo de las fuentes sociales más genuinas.

Una voz no se incorpora al lenguaje mientras no haya sido recibida por el consentimiento general.

Por eso dice Michel Bréal: la lengua

---

(1) Whitney—*Vie du langage* cap. II.

no es un sistema ni tampoco un organismo—no es sino un conjunto de signos acumulados por los siglos y que no tienen ni la misma edad ni la misma procedencia. (1)

Pero el consentimiento no lo presta la sociedad arbitraria y caprichosamente, no es que acepte ó repudie á su antojo las formas de expresión, sino que por el contrario el repudio ó la aceptación están condicionados por el desarrollo de las ideas, necesidades y tendencias de cada sociedad.

Tarde dice que los códigos, los diccionarios, las construcciones sociales sistemáticas todas, pueden considerarse como la conclusión de un antiguo silogismo práctico, cuya premisa mayor es dado por el estado de las aspiraciones, pasiones y apetitos de una sociedad y la premisa menor por el estado de conocimientos, creencias é ideas. La modificación de algunos de estos elementos modifica la conclusión.

Aparece un nuevo ideal, una nueva

---

(1) *Revue des Deux Mondes*. 1<sup>o</sup> Dic. de 1891.

necesidad en la fermentación constante de la sociedad y aparecerá tras ellas una nueva voz destinada á expresarlas—pero esa expresión se altera con la variación de las creencias, se corrige y aclara con el progreso de los conocimientos y de las ideas.

Se inventa, por ejemplo, el teléfono—se ha escogido para designarlo una voz griega — T E L E — lejos — F O N E — voz — expresa con claridad el objeto, se generaliza y sirve de patron á una serie de formaciones verbales:---telefonar, telefónico, telefónicamente, etc.

Para ello la palabra no ha tenido sino que seguir la ley de las derivaciones de nuestra lengua.

El language está así en constante movimiento. Un día adquiere un nuevo vocablo, ó se altera la forma de un anterior, cambia su sentido, lo estiende ó desaparece por completo.

¡Cuántas palabras, que fueron usuales y corrientes hace un siglo no más, han perdido todo sentido para nosotros; cuántas no han sufrido deformaciones sustanciales, en la misma raíz, que es el rasgo específico

y celular que funda el aire de familia que orienta al etimólogo!

Quien de nosotros entiende la siguiente frase: «cavalgedes con ciento guisados pora huebos de lidiar»? O esta otra: «vió puertas abiertas e uços sin cañados, alcandaras uazías sin pieles e sin mantos e sin falcones e sin adtores mudados».

¿Quien de nosotros conoce el sentido de *embair*, *de rancar*, *ò abiltar* *ò punnar*?

Shakespaere original es ininteligible para el inglés moderno y Rabelais se comprende con dificultad.

Polibio dice que los romanos más instruídos no podían traducir sin dificultad los tratados con Cartago; Horacio confiesa que no comprendía los antiguos poemas salios; Quintiliano asegura que los mismos sacerdotes salios no comprendían siempre sus himnos sagrados. (1)

La alteración fonética es la que deforma y corrompe así el exterior de las lenguas. El hecho puramente fisiológico de la disposición de los organos vocales

---

(1) Max Müller pág. 65

y del oído (1) da á la palabra un aspecto constantemente cambiante. ¿Pronunciamos nosotros acaso la z, la rr y la ll españolas? ¿No vemos y comprobamos las vicisitudes que el original castellano sufre en nuestra laringe y aparato vocal?

¿Quién creería que *tear*, lágrima tenga el mismo origen que *larme*, francés:—que *jour*, *giorno* y *día* procedan del *dies* latino?

Don Pablo Groussac, que reviste siempre de forma sugestiva y desconcertante á sus conjeturas, opone al origen americano de «gaucho» de *gatchu*, compañero, araucano, según la etimología que ideó de Moussy, ó del *huacho*, quicha, huérfano--un origen castellano típico de *gauderio*, de vagancia, en el sentido que tiene en Azara y en documentos coloniales innumerables, (2) el que vaga por la pampa, errante, pendenciero y trovador. De *gauderio* vendría *gauducho*, *gaucho*.

Así la de *changador*, Los changadores

---

(1) Para el transformismo, la estación vertical del hombre primitivo ha marcado la aparición de la palabra. La estación inclinada de los precursores humanos priva al mecanismo respiratorio de la independencia necesaria para el libre ejercicio de su función suplementaria. (*Vianna de Lima—Transformisme.*)

(2) Tº 3º *Anales de la Biblioteca.*

tenian sus guaridas en la banda del Río, donde acopiaban los cueros destinados al contrabando en el siglo XVIII—*cam-biando* por productos europeos, *échangéant*, que dirían los franceses, en su media lengua *changa*, *changar*. El criollo zumbon, agrega el autor, cazaría al vuelo la palabra y diría: *vamos á la changa!* De changa, changador,—el que lleva y trae.

El aspecto de una lengua puede, pues, aparecer transformado al cabo de una larga evolución.

Y la lengua es lo que más fielmente refleja y se acomoda sin violencia á los movimientos del alma colectiva, por la misma fugacidad y sencillez de su naturaleza y porque no afecta intereses materiales como el derecho ó creencias fundamentales como la religión.

Pero observamos que no es solo el exterior de la lengua lo que cambia sino también la arquitectura de la lengua, que alguien ha dicho, la trabazon de la expresión, la disposición de sus materiales, el orden de sus construcciones.

Unas veces el pensamiento se refleja con gravedad—la palabra marcha lenta, la expresión es complicada, como en la

época culterana de la literatura española; otras veces el pensamiento es enérgico y la expresión aguda y breve como en Montesquieu ó Voltaire.

Cada período de estratificación intelectual, si pudiéramos decir, guarda los testimonios de sus producciones características.

Entre los extremos de cada formación descubrimos un rasgo madre uniforme causado por las condiciones comunes de vida.

Pero esta manera de enlazar las ideas y expresar sus relaciones, que refleja la fuerza intelectual, el vigor lógico, la concepción y el genio de una civilización y una época, escapa á la extrema variabilidad del léxico. No se modifica la sintáxis como se modifica la palabra.

Una total renovación del vocabulario puede dejar intacta la sintáxis de la lengua, pués ésta hace parte de la vida misma del pensamiento; es ritmo y ley de su funcionamiento.

Recuerdo un testimonio de Taine.

Estudia Taine el antiguo régimen de la Francia y el desarrollo del espíritu clásico que hace todo su ciclo desde Amyot,

Rabelais y Montaigne hasta Chateaubriand, Hugo y Honoré de Balzac.

En todo este largo espacio de tiempo, se ha realizado un trabajo paciente de expurgación en la lengua francesa de la mayor parte de las palabras que sirven á la erudición especial y á la experiencia técnica.

Se la ha privado de sus términos pintorescos y expresivos, de locuciones proverbiales y familiares, de casi todas las maneras de expresión espontáneas, que por su nacimiento repentino hacen brotar en la imaginación la forma coloreada, exacta y completa de las cosas, pero cuya viva impresión chocaría con las conveniencias de la conversación esmerada.

La lengua se ha decolorado. Por grados ha llegado á componerse el discurso con expresiones generales.

Un poeta del siglo XVIII no tiene á su disposición sino el tercio del diccionario.

Pero en cambio, á medida que más se reduce, más se aclara. El francés ha llegado á decir menos cosas, pero las dice con más claridad y más gracia.

Este cambio comprenderá no sola-

mente el vocabulario sino la gramática.

Ya no se dispondrán las palabras según el orden variable de las impresiones y de las emociones, sino según el orden inmutable de las ideas.

Cada parte del discurso tiene un lugar designado de antemano. Ya no se conocen las transposiciones de Rabelais ó Montaigne. Ya no es permitido escribir según el capricho de la fantasía. Propuesto el fin: alguna verdad que probar, alguna definición que encontrar, hay que marchar hácia ellas rectamente.

Apenas formado el instrumento manifiesta ya sus aptitudes; se siente que es hecho para explicar, para demostrar, para persuadir—es la obra y será el instrumento del espíritu universal y filosófico de la Francia.

El espíritu clásico creará al jacobino, cuyo sistema mental está reflejado en el centenar de palabras de su vocabulario, con que pretendía reahacer el universo, y en la construcción pomposa, declamatoria y vacía de sus frases.

Pero si el vocabulario se ha renovado profundamente, las leyes de la expresión y de la coordinación-- su fisiología

—se mantienen sensiblemente las mismas y hacen la unidad histórica de la lengua.

Von Jhering en su *Esprit du Droit Romain* (1) explica é interpreta el formulismo á la luz de sus términos y sintáxis.

Si encontramos en un texto un imperativo es por que estamos en presencia de un plebiscito ó una orden de derecho religioso, porque solo los dioses y el pueblo mandan.

Si encontramos un subjuntivo debe ser usado por el senado, que manda, pero en forma más dulce y conciliante.

El infinitivo es la forma de la creencia, de la opinión. Serán su aplicación principal los senatus-consultos.

Las coordinación de las ideas presentará un interés más considerable—se suceden rigurosamente en el orden en que se presentan al espíritu; la descripción de la relación jurídica, sus circunstancias constitutivas, la causa, la condición, la rección, la excepción y el fin. La sintaxis corresponde de esta manera al materialismo del derecho formulario, á su

culto por el exterior y la forma.

Si el language sigue, pues, la evolución y las vicisitudes del espíritu social y se adapta á el con extrema fidelidad, debemos preguntarnos si esta variabilidad, que priva de tranquila permanencia y venerable tradición á las lenguas, es un bien ó un mal, y averiguar su alcance y explicación.

Si es un bien ó es un mal, ha de ser un bien ó mal necesario—no estará en la mano humana modificarlo como no lo está, dice Max Müller, modificar las leyes que rigen la circulación de la sangre ó añadir una pulgada á nuestra estatura. <sup>(1)</sup>

El cambio lingüístico es desde luego una prueba de vitalidad, el testimonio de mayor trabajo, de la inteligencia que exige nuevos moldes para vaciarse. Cuando el espíritu de un pueblo permanece inactivo y aislado, su language se inmoviliza; cuando nuvas ideas lo despiertan y el contacto con otros pueblos lo anima, su language se enriquece y flexibiliza.

Ese es el sentido de la frase profunda

---

(1) Pág. 44.

de Max Müller: «una lengua compra su imperio en el tiempo al precio de su ruina inevitable». Una lengua que las academias y diccionarios cristalizan, se conservará fiel á su tradición de pureza intacta, pero habrá dejado de desempeñar su única y alta función, servir con agilidad y destreza á la comunicación y desarrollo de las nuevas ideas».

Pero conviene observar que la lengua pura es simplemente una ficción—no hay ninguna.

El elemento franco-latino fué introducido en el inglés por los normandos.

Estos eran germanos, que lo habían aprendido de los franceses, que eran celtas, que lo habían aprendido de los italianos y estos de los latinos, pequeño pueblo de un rincón de Italia <sup>(1)</sup>

Es ante todo un instrumento práctico, el más sutil y delicado para producir y difundir el espíritu social, del que es, á la vez, un órgano genuino y esencial.

Por esa razón una lengua es el resúmen expresivo de un pueblo y de su

---

(1) Whitney—*Vie du langage* pág. 8.

historia. <sup>(1)</sup> Permitiría, por si solo, si quedara como único despojo de una civilización extinguida, juzgar el trabajo y la eficacia con que había llegado á encontrar su lote de verdad en la peregrinación interminable hácia ella.

El francés es la obra de los grandes escritores, que, hablándolo lo han hecho realmente è impregnado de sus espíritus.

Así es como una lengua adquiere su genio. Así es como el alemán ha llegado á ser la lengua de la ciencia, el italiano la lengua del arte, el francés la lengua de humanismo.

Bescherelle <sup>(2)</sup> ha querido hacer la embriología de la lengua francesa. Muestra como ha ido saliendo de mano de los escritores, que no seguían las leyes de los gramáticos y que merecían al contrario sus frecuentes fulminaciones.

De irregularidad en irregularidad, de

---

(1) Es curiosa comprobación de esta verdad el resultado de la adopción de las lenguas superiores por razas relativamente retardadas; han sido reducidas por estas á una forma rudimentaria característica. (Vianna de Lima *Transformisme* p. 471 nota)

(2) *Grammaire National ou Grammaire de Voltaire, de Bossuet etc. etc.*

audacia en audacia, siempre temerarios, dice Philarète Chasles, prologando á Bescherelle, proporcionaban alimentos nuevos. á su vieja madre, la lengua francesa, á la que impedían morir. Lafontaine, Molière, con sus arcaísmos en el siglo XVII, Rousseau en el XVIII, la imitación hebrea de Bossuet, que dá singular á *pleur* y sentido activo al verbo impersonal *pleuvoir* <sup>(1)</sup>, la fraseología griega de Fennel, la infusión italiana de Montaigne, el francés-español, bajo Richelieu, que P. Corneille; le, sobre todo, obligó á aceptar.

Conocemos el carácter actual de la lengua española; sonora, rotunda, propia para la epopeya y la oratoria; carece de claridad, energía y gracia. Atascada en sus moldes clásicos, resulta harto pesada para la sutileza moderna; <sup>(2)</sup> inapta para el análisis y la fineza del detalle porque ha perdido su espíritu la invención y la originalidad

---

(1) «Dieu fait luire son soleil sur les bons et sur les mauvais et *pleut* sur le champ etc».

(2) La observación ha sido hecha en América y Oceanía. Frente á un gran fraccionamiento filológico se encuentra la más grande unidad étnica, mitológica etc. J. Lubbock—*Origines*. cap. IX.

que la elevaron en las manos de Cervantes, porque no puede producir una lengua rica y flexible sino un pueblo que piensa como el francés, siente como el italiano, coloniza y conquista como el inglés.

Pero no son solo la comunicación con los demás pueblos y la alteración fonética las que causan la variabilidad de las lenguas; es, sobretodo, lo que se ha llamado la renovación dialectal.

Disimulados bajo la superficie sólida de las lenguas cultas viven los dialectos regionales—irregulares, amorfos, en ebullición constante.

A su intervención, á su ayuda, se debe la inmortalidad de las lenguas, que se sobreviven á sí mismas, renovándose siempre.

Se puede comparar las lenguas—el símil es de Müller—á lagos de agua estancada que se abriesen al lado de grandes rios y les sirviesen de desahogo: son como vastos receptáculos que retienen todo lo que era en otro tiempo palabra viva y móvil.

Parece á veces que el río entero se pierde en esos lagos y apenas si podemos

distinguir los pobres hilos de agua que corren aún por el fondo del lecho principal; pero si más abajo, es decir, más tarde, en la historia, encontramos un nuevo lago inmóvil completamente formado ó en vías de formación, podemos estar seguros de que sus afluentes han sido estos mismos arroyuelos que casi se sustraían á nuestra vista.

Veamos sino el latín; el latín clásico es solo uno de los numerosos dialectos hablados por los habitantes arios de Italia—era el dialecto del Lacio; en el Lacio el dialecto de Roma; en Roma el dialecto de los patricios.

Y dentro de nuestra lengua comprendemos fácilmente la formación y proliferación de los dialectos. Toda clase de hombres tiene sus diferencias dialectales producidas por las distintas profesiones, la distinta extracción social ó distinta habitación dentro del mismo territorio, que dá origen a los provincialismos.

Este aspecto parcial del lenguaje moderno fué el fundamental y general en la época de preparación de las lenguas literarias.

Se observa que á medida que nos

aproximamos á los orígenes sociales, aparece cada vez mas creciente el número de los dialectos. (1)

Cada pequeño grupo humano tiene el suyo, sugeto á tan grande inestabilidad, que en muy pocos años há desaparecido por completo.

Pero con el contacto de las distintas tribus—en sus fiestas religiosas, en las guerras, en las asambleas de pueblos—fué necesario renunciar á los términos locales.

Y en esta oposición y lucha de las distintas expresiones de una misma cosa, la que sale triunfante contribuye á formar la lengua común de las tribus. Será la de la más poderosa ó la de la más inteligente.

Todo obstáculo á la comunicación inmoviliza la lengua y mantiene intactos los dialectos.

Lo observamos dentro de una misma sociedad; si hay castas superpuestas y extrañas unas á otras, la lengua carecerá de unidad; la lengua de los

---

(1) M. Bréal id id.

señores será ignorada por los siervos, como en la India, donde la enseñanza á los últimos de la lengua sagrada era un delito.

La comunicación, por el contrario, pene en presencia lenguas distintas que empeñan un verdadero duelo, dice Tarde, hasta que una de ellas prevaleciendo sobre sus rivales, se generaliza y convierte en la expresión que usará en adelante un grupo humano cada vez mayor.

En otras ocasiones, en vez de lucha habrá simple imitación—se apropiará una lengua de una voz de que carece,

Es así como la inglesa conserva innumerables palabras de origen latino, y la nuestra, el castellano que nosotros hablamos, bastantes de origen francés.

Es una anticipación artificial de ese porvenir de simplicidad y universalidad, que desconoce las leyes de la evolución lingüística, la lengua internacional que algunos ideólogos han pretendido fundar, siempre sin éxito.

En este proceso de transformación, la lengua obedece á una ley general de la vida—la de la economía del esfuer-

zo, que Von Jhering ha esclarecido tan singularmente en el derecho.

No veo sino como una manifestación de esta ley, que Witney, sobre todo, ha estudiado en el language, la tesis de que las desinencias no son ni vegetaciones de la palabra ni signos convencionales inventados para modificar su sentido, sino palabras distintas que han perdido su autonomía—como puede verse en la terminación adverbial *mente*, tan general, común al español y al francés, que no es sino el ablativo de *mens*, *mentis* latino.

La formación de las lenguas de flexión ó sea aquellas en que los elementos de la palabra se han fundido perdiendo su carácter ó independencia primitivas, librándose á todos los cambios de una alteración fonética ilimitada—las lenguas de flexión que son las de la familia aria, con las que se ha elaborado nuestra civilización blanca, aparecen, entonces, por su aptitud para hacer servir á cada palabra para nuevas y múltiples derivaciones, como el esfuerzo eximio y secular de una gran raza.

A diferencia de la flexión, la aglutinación es la forma de expresión de la vida nómada y de un país pobre—en la que la raíz se conserva irreductible, invariable, mostrando la sutura de sus componentes.

Es la estructura de las lenguas turanias—de la rama tunguesa, mongola, turca, la finesa, de los pueblos meridionales de Asia, del Tibet, del Siam y de la Polinesia.

La tendencia á la economía del esfuerzo que funda las frecuentes abreviaciones, los apócopes, las elipsis, la destrucción de los sonidos duros—que explica tentativas como las de Sarmiento en la pronunciación y la ortografía—no tiene otro límite que el de mantener claro y eficaz la comunicación. «Mas vale una inconsecuencia que una oscuridad».

Pero viniendo á nuestro país ¿qué importancia tienen las ideas que acabamos de esbozar?

Está habitado por un pueblo que conserva la lengua de sus colonizadores que la impusieron como en la historia de todas las conquistas.

Pero desde el primer momento debió sufrir la lengua la impregnación del ambiente, la exósmosis de los dialectos indígenas, que dieron al explorador la nomenclatura de la fauna y de la flora, los nombres de las cosas americanas, de los detalles de su vida pastoril ó de las idiosincracias de sus imperios teocráticos.

Y despues de la ruptura política— hecha cada dia más precaria la comunicación con España—nuestra habla ha recibido la contribución de otras lenguas, nuestro pueblo el contacto de otros hombres.

Con otro espíritu, con otra historia, con otro destino y con otros medios, la lengua ha sufrido las transformaciones que las nuevas influencias le imponian.

E. Quesada, <sup>(1)</sup> á quien no podria citar en mi apoyo, afirma que en América la idea es más intensa, pero la expresión más desaliñada.

Traía el aventurero bastante codicia é ignorancia para que tuviera el gusto de la belleza y de la forma;—ni la urgencia de la conquista del suelo y del indio

---

(1) El problema del idioma nacional.

dejaban descanso á su espíritu, más duro que su cuerpo infatigable.

Vino la improvisación de la independencia, la zozobra de la vida nueva, sus terribles sorpresas.

Hemos debido atender á la acción antes que al pensamiento, al pensamiento antes que á la palabra.

Esa será, talvez, la cuna de la expresión descuidada é irregular de que habla Quesada, pero que refleja un pensamiento más activo y más agudo.

La renovación de la lengua se produce. Ligada por un lado con los dialectos indígenas, modificada profundamente por nuestra pronunciación, con sus proverbios que son el elemento pintoresco y familiar del idioma, bajo la influencia diaria de lenguas más flexibles, se altera la herencia primitiva, que se enriquece con nuevas y crecientes adquisiciones.

Un episodio curioso en la historia de nuestra lengua es la supervivencia de viejos vocablos castellanos desaparecidos en España y que provienen de la conquista—como el *agora* de nuestras gentes,—como el *aloja* y el *maíz*, á los que se descubre, ahora, un origen latino.

Así como aquí, en Estados Unidos, los puristas <sup>(1)</sup> proscriben vocablos criollos, que no son sino *du bon vieil anglais*, viejas maneras de la lengua.

Pero los neologismos y los exotismos son numerosos y evidentes: constatar por comprobar; cortejo por acompañamiento; rol por papel; batir por pelear; librar por entregar.

Se comprueba en la producción argentina <sup>(2)</sup> una sobriedad en la oración, agilidad y movimiento en la construcción, inquietud en la frase que no son castellanas.

Groussac en su ya lejana historia del Tucuman, estudiando la elaboración de estos pueblos, creía encontrar desviaciones lingüísticas que anunciaban la nueva raza. <sup>(3)</sup>

Interesa su testimonio porque ahora en uno de sus últimos escritos.—*A propósito de Americanismos*—ha cambiado de idea.

E interesa especialmente su testi-

---

(1) Whitney—p. 121 y sigtes.

(2) Pompeyo Gener—Historia de la Literatura. Ult. cap.

(3) Ensayo histórico del Tucuman.

ria como la prueba más acabada de esta nueva manera argentina—á pesar del excepticismo del prólogo de *Del Plata al Niágara*--por una mayor delicadeza y transparencia en el vocablo, por la rara justeza del adjetivo y la sensible sugestión de la idea.

Si os hablo de la manera argentina del idioma castellano no es porque participe de la tesis temeraria y falsa del *idioma nacional de los argentinos* que pretende sustentar D. Luciano Abeille, <sup>(1)</sup> que forma este nuevo idioma, que nadie conoce, con las locuciones bárbaras de la gente rústica ó la jerigonza cosmopolita de algun barrio suburbano.

Esa afirmación supone el desconocimiento de la experiencia universal de que al lado de la lengua culta vive la lengua vulgar, en dialectos múltiples, que no destruyen por eso la unidad de aquella, que se conserva como observa Bréal, en la lengua escrita. <sup>(2)</sup>

Las desviaciones dialectales propias

---

(1) «El idioma nacional de los argentinos.»

(2) Loc. cit.

de nuestro país, como de todos los países, no fundan un nuevo idioma, desde que no impiden la inteligencia y la comunicación con otros pueblos que hablan una misma lengua clásica, como por ejemplo el castellano.

Aparte pues de que no existe, ni siquiera es deseable la existencia del idioma argentino, como un patuá pintoresco pero pobre y local.

No podemos, sin embargo, desconocer que en nuestro país ha recibido una elaboración que lo ha hecho adquirir nuevas condiciones y perder otras;—pero eso si, abstengámonos de afirmar para siempre su irreductibilidad.

Las lenguas cultas de la Europa occidental no tienen orígenes distintos—el nuevo ambiente y la influencia de dialectos anteriores han formado las ramas romances, cada una con el genio que su esfuerzo imprimió á la rica porción hereditaria que acumuló al pobre patrimonio primitivo. Así se formaron el francés, el italiano, el español, etc.

Si se esboza y prepara un nuevo pueblo al que se asocian contribuciones europeas tan considerables como nuestras

avenidas inmigratorias y que ha heredado tradiciones que elaborarán un genio propio,— no podemos afirmar que será su verbo para siempre el de una lengua consolidada y rígida que una academia conservadora vigila y defiende.

Ella será el producto de nuestra cultura y de nuestras condiciones y reflejará nuestra suerte como pueblo.

Groussac, á quien vengo refiriéndome, sostiene que por el contrario si hay algún rasgo evidente en nuestra producción ó reproducción literaria, es el de un esfuerzo hácia la propiedad del lenguaje, es decir, hácia el español castizo.

Me he preguntado en presencia de este argumento con intención de decisivo, si no es él mismo la prueba última de que asistimos á una nueva evolución lingüística. ¿Este esfuerzo de castización no demuestra un vigor intelectual mayor, que endereza el surco de la labor hácia el campo fecundo de los orígenes latinos, para renovar la sávia de las ramas secas?

¿No es también nuevo lo viejo que se anima con un soplo sano y juvenil—no será nueva la lengua castellana esclare-

cida, iluminada con el renacimiento del *verbum* latino?

Después de dispersado en las lenguas romances, y al cabo de muchos siglo, parece que tentara una recomposición ideal, por un proceso inverso al de dispersión— de síntesis,— para fundar el nudo de un nuevo ciclo trascendentäl en este lejano país, en que se reunen, como en una cita histórica, los hijos de la civilización latina y herederos de su genio.

---

# Inmigración y delincuencia <sup>(1)</sup>

---

POR C. MOYANO GACITÚA

## I

Este es un libro argentino—por su tema, el nacionalismo de los factores que registra, como por sus defectos, de concepto y de procedimiento, y hasta simples materiales de corrección y de detalle.

No estamos todavía en el camino de constituir la «ciencia argentina», y muy superiores á los esfuerzos que la preparan resultan los que acusan manifestaciones artísticas ó meramente literarias.

Hay más imaginación, más fantasía, más visión de belleza, más amor y más

---

(1) A propósito del libro «Delincuencia argentina» por C. Moyano Gacitúa.

emoción en el alma nacional que pasión por la investigación, la experimentación y el análisis,—nos atrae más la gracia y la forma que la reflexión y la verdad. Estamos, pues, bien distantes de aquella conjunción suprema en el alma recojida y augusta del sabio, del hallazgo científico y la creación espontánea de belleza.

Dice bien el autor de este libro cuando lo encabeza con estas palabras: Es apenas el primer golpe de hacha dado por el pioner que desmonta una selva virgen.

No tenemos las condiciones primarias que forman la levadura del sabio: ni materiales acumulados, ni tradición científica, ni ambiente ni estímulos para el esfuerzo que persiga largamente, durante muchos años, un resultado pequeño, pero cierto, esterlino, definitivo, como la gota de metal noble que destila la ganga trabajada y basta, después de un martirio de reactivos y retortas. ¿O es acaso que en la evolución social pasa siempre primero la expresión de los sentimientos que la teoría ó la hipótesis, el arte que la ciencia, lo agradable que la útil?

## II

Pocas verdades hay tan apreciables y nobles como aquella de que en el fondo de toda condena hay una injusticia y una benignidad en el fondo de toda absolución. No hay obra que sea enteramente mala, ni absolutamente impecable.

Es también una verdad, que la pasión y la superficialidad ocultan, la de que un libro como obra personal y como entidad abstracta—el libro sin su historia íntima, época, hombres, autor— son fenómenos distintos.

Como obra personal *La Delincuencia Argentina* es el fruto de una labor seria, de un gusto por la ciencia y sus severas disciplinas, indudable.

Como testimonio de la cultura argentina, revela y comprueba la ausencia del ambiente propicio para la eclosión madura y tranquila del fruto jocundo y acabado.

Así el famoso código civil del doctor Velez, alabado por profanos y iniciados como la obra indiscutible, superior como

esfuerzo selecto é intenso á *Facundo*, á las *Bases*.

Como resultado del trabajo de un solo hombre, realizado en un país agitado por grandes turbulencias, en la época de su organización incipiente é inestable, el Código Civil acredita á un jurista avisado, estudioso, sistemático y sobre todo de notable consagración.

Pero como instrumento de progreso científico, como visión del alma y del porvenir argentino, como obra original, genuina y madura de reflexión y de sagacidad, la obra de Velez es muy inferior á su fama.

De índole más científica que *Facundo*, por ejemplo, que es un tejido de intuiciones y de audacias, su inferioridad era fatal.

### III

El cuadro general de los factores de la delincuencia argentina—1º, 3º y 5º capítulos—manifiestan en este autor una condición que parece increíble, que haya menester especial reparo y elogio: el

análisis directo del «sujeto», del terreno que se estudia.

No lo hace al través de la erudición, apoplética y la hinchazón libresca del pensamiento parasitario,—que tanto dista de la sana nutrición, a base de aire libre y puro sobre todo.

El aislamiento, el destino geográfico, la raza, la inmigración,—hé ahí los motivos del cuadro, visto, sentido, seguido en sus desarrollos, medias tintas y perspectivas.

Hay una delincuencia argentina y ella devela el origen y peligros de un verdadero «problema argentino».

El cosmopolitismo por sí solo disminuye el círculo de los hechos criminosos, pues este se traza con el mínimun en que coinciden los no conformistas.

A mayor heterogeneidad menor círculo.

Este *leit motiv* dá su valor al libro y define su unidad.

Vosotros habláis de la inmigración que civiliza, de la inmigración que nos manumite de la herencia colonial, que cultiva el suelo, redime la raza, difunde la cultura, dá mercado interno á nues-

tros productos, — clave de nuestros problemas morales, económicos, financieros. Pero yo os digo — habla el autor — que la inmigración que eleva la curva de nuestras exportaciones y de nuestros cultivos prodigiosamente, eleva también la curva de la criminalidad; que la inmigración que puebla y fecunda el desierto dá también el más alto índice de la población de hospitales, cárceles y manicomios.

Ha planteado así el Dr. Moyano Gacitúa el problema que Estados Unidos ha resuelto ya tan enérgicamente — en la práctica más que en la legislación — restringiendo la entrada por sus fronteras á todos los que pueden ser, por posibilidad mas ó menos remota, una causa de sufrimiento social: delito, enfermedad, condena, vagancia, miseria, sujeción á un contrato de trabajo, etc.

Es sin duda una investigación sociológica atrayente y nueva, la que exige saber si nuestro país puede, sin menoscabo, ensayar la limitación de la entrada á su territorio, en la forma y grado que lo hace Estados Unidos.

Gonzalez, en su proyectada «Ley de trabajo» (art. 6º), negaba la entrada á

les locos, epilépticos, enfermos, mendigos, condenados, prostitutas, y daba un criterio amplio para excluir á los no europeos; estableciendo una distinción constitucional y sociológicamente exacta y profunda.

El autor de la *Delincuencia argentina* hace un libro de sociología aplicada, lleno de interés político y científico—digno título para un juez de la Corte Suprema, puesto que la vista y el sentido de los problemás sociales no son extraños, en nuestro régimen institucional, á la función de aquel Tribunal, cuyo carácter y actividad, de delicada y espiritual pero certera protección del cuerpo social, han sido llamados la invención más grandiosa del ingenio humano.

Esta forma de trabajo,—escrutar y explicar los hechos, múltiples, engañosos, asimétricos y pedestres, establecer su filiación al través de la anastómosis de la vida, descubrir sus concomitancias, casi siempre inesperadas y reveladoras—es, como prueba de disciplina, como resultado y como sugestión de libre docencia, superior, mil veces á aquella otra, común, celebrada, académica, difundida

en las cátedras universitarias, que consiste en acumular citas francesas ó yankees—no de real erudición sino de fátua ostentación—referencias y transcripciones extranjeras, con «la última palabra», vaguedades, definiciones—sobre todo definiciones, desde Herodoto hasta Sighele—discusiones verbalistas y si es posible una frase en latín—no siempre oportuna ni elegante—y un epifonema patriótico, que puede ser un verso de la canción nacional.

Renovemos la protesta contra este desprecio, exhibido y prestigiado tácitamente desde las cátedras, por nuestra realidad social, histórica y geográfica. Nos educamos en el culto de la glosa insubstancial, desvaida é inelegante de la frase y de la idea forasteras, vertidas en páginas inacabables.

Este libro que registra fenómenos argentinos, contiene un ensayo vivo, cálido, movido, sin los contornos borrosos de los calcos—y á veces, en la precipitación y vivacidad elocuente del último capítulo, se espera llegar á la frase que pudiera quedar definitiva—limpia y precisa.

No se ha hecho esta vez—pero el autor demuestra poder hacerla.

#### IV

La restricción de la inmigración, ha sido solucionada enérgicamente por Estados Unidos, hemos dicho, más en la práctica que en la ley.

Nuestra Constitución, y la ley de Inmigración también, limitan la entrada al país, pero se ha temido sin duda aplicarlas llevados por la política invariable—simple y única—que hemos adoptado de no poner trabas, barrera ni impedimento alguno á la corriente inmigratoria.

La ley de Octubre de 1876 prohíbe la entrada de enfermos de mal contagioso ó vicio orgánico, dementes, mendigos, presidiarios, criminales, etc. (art. 32).

Establece como obligación del Departamento de inmigración la de proponer medidas para detener la corriente de la que fuese viciosa ó inútil.

Però mientras Estados Unidos ha rechazado alrededor de 30.000 inmigrantes en los últimos cinco años <sup>(1)</sup> entre nosotros

---

(1) *Annual Report of the Commissioner of Immigration—fiscal year ended 30 June 1904, pág. 9.*

su número ni siquiera se anota en las estadísticas oficiales del Ministerio respectivo. <sup>(1)</sup>

Estas y otras leyes de regulación, defensa y previsión dictadas en Estados Unidos, imponen á la enorme contribución inmigratoria que Italia y otros pueblos—pero aquella en primer término—aducen á la formación vertiginosa de aquel país, la alternativa rígida de asimilación ó restricción.

Pero siendo grande é incomparable el atractivo que él ejerce y las ventajas que proporciona á las plebes agrarias y braceras, la alternativa se decide por la asimilación, que destruye la «conciencia» italiana,—lengua, carácter é ideales.—Este es el problema político que la inmigración plantea, según di San Giuliano, quién desearía aprovechar la emigración italiana—tan enorme y siempre creciente—como instrumento de expansión de la italianidad en el mundo.<sup>(2)</sup>

No está demás que hagamos constar

---

(1) La memoria de Inmigración año 1899, habla de 7 casos en un año.

(2) *Nuova Antologia*, 1 Luglio 1905.

que se descubre vagamente la secreta esperanza de encarnar en nuestro país la nueva Italia soñada.

El criterio político es causa de las más lamentables aberraciones en la visión de los fenómenos sociológicos.

Así el juicio del señor senador di San Giulano. La emigración italiana es un fenómeno regulado por causas económicas—se establecerá y distribuirá según la atracción de esas causas.

¿Es posible acaso modificar el sentido de las corrientes emigratorias, comunicándoles el pensamiento de determinada política, cuando ella las vá á llevar á las tierras desiertas de una colonia africana, por ejemplo, ó á aumentar la población misérrima de ciertos países americanos?

No habrá política, por trascendental que sea, que desvíe á un emigrante que se dirige á Pennsylvania ó Masachussets hácia Venezuela ó el Ecuador.

La «italianidad» es, además, una bella expresión psicológica sin gran realidad, y el propósito de difundirla un plan discutible desde el alto punto de

vista del progreso y de la finalidad humana.

En el creciente internacionalismo que nos envuelve, no es permitido,— porque es anticientífico y frustráneo por lo tanto—proponerse como plan hacer prevalecer un tipo nacional de civilización, porque si superior, prevalecerá necesariamente, si inferior, será dominado,— formándose para todos una atmósfera social—presión, temperatura, equilibrio—sensiblemente homogénea.

Jean Finot ha escrito en ese sentido su reciente crítica á la *psicología de los pueblos*.

La inmigración es un fenómeno característico de ese internacionalismo que difuma lentamente los particularismos.

La inmigración temporaria, por ejemplo, que tiende á aumentar: esa ausencia de meses, con el pensamiento fijo y decisivo de la vuelta, después de ganados algunos ahorros extraordinarios en el momento de las cosechas y de los altos salarios, como entre nosotros y en Estados Unidos, es un alto testimonio de la creciente solidarización humana.

(1) La inmigración italiana en Francia y Alemania tiene casi totalmente ese carácter (2)

## V

Algunas de las incipientes experiencias que nos va dejando este nuevo mundo, complicado y sugestivo, de fenómenos que determina, constituye y origina la inmigración pacífica é industriosa de la era moderna, han sido desconocidas por el autor de *La delincuencia argentina*.

Ha insistido todo lo que su importancia impone en la mayor virulencia criminal del inmigrante y en el mayor porcentaje de delitos en los países y lugares de inmigración, haciendo acertadamente su explicación psicológica.

---

(1) En los últimos tres años los italianos emigrados á Estados Unidos y el Plata que han regresado á su patria forman, el 74 %, 66 % y 36 % sobre los emigrados para el Plata; el 27 %, 35 % y 86 % para los Estados Unidos.

Estos datos además de comprobar la observación, demuestran el mejoramiento de las condiciones hospitalarias de la Argentina.

(2) Emigrazione e colonie—Rapporti diplomatici, pág 63-vol 1o-Parte 1ª.

Comprobación enérgica y visible de ello es, sin duda, el espectáculo de los lugares desiertos que se pueblan súbitamente al atractivo de un hallazgo aurífero ó de una explotación generosa: California, el Acre, para no citar aquella inmensa California, que resultó deceptiva, de la América recién descubierta.

Encarece justamente la gravedad del problema penal argentino, entonces, cuando recuerda que además de ser país de inmigración, lo es el nuestro de gentes provenientes de los países que levantan más alto la curva de los delitos de sangre, en Europa: Italia y España.

Pero ha olvidado las aplicaciones de esa ley general del movimiento social, que explica y regula también más de un fenómeno inmigratorio:—la imitación.

Se comprueba su presencia é intervención en la total despoblación de determinados lugares, donde un principio de emigración concluye en un éxodo colectivo, de modo que el ejemplo contribuye á la par de las condiciones y perspectivas económicas, que son los factores originarios.

Así se explica también la distribu-

ción de las corrientes inmigratorias según la nacionalidad ó raza de los individuos: colonias italianas, españolas, alemanas, rusas, etc. El hecho se observa igualmente en Estados Unidos. Sin embargo, es desconocido expresamente por nuestro autor (pág. 350).

Esta misma influencia del ejemplo se observa en los momentos de inusitada inmigración ó emigración repentina y crecida.

En uno y otro caso hay una exageración imitativa, que agranda la repercusión de los factores económicos. Así el déficit de 30.000 inmigrantes en 1891 y la concurrencia extraordinaria de 1904 y 1905.

—Conviene no dejar sin observación un juicio que se repite en las páginas de este libro, porque envuelve un error é insinúa un engañoso optimismo.

«Todas las buenas cualidades del conquistador y del aborígen triunfantes sobre las malas de ambos, merced á los factores naturales del teatro de la lucha.....» dice en su página 104.

Concuerta con este concepto de *Eugénica*,—rama científica que ha bautizado

Galton, que comprende el estudio de las mezclas étnicas—su altisonante ditirambo para el gaucho, «lleno de virtudes, que aún en su misma delincuencia específica de la lesión revela nobleza y valor».

El concepto se repite en la página 107.

Sin embargo la esperiencia histórica y la afirmación de la embriología parecen ser distintas: el producto de una fusión de razas está más proximo al padre inferior, de modo que la presencia del indígena en la formación étnica argentina ha sido una causa irrefragable de empobrecimiento y debilidad.

No se conoce otro remedio para esta consecuencia que la mezcla en gran cantidad, en uniones multiples, de sangre extraña como es la que nos han traído los tres y medio millones, aproximadamente, de extranjeros llegados á nuestro país desde 1856,—tan distante, sin embargo, de los 21 millones que han inmigrado á Estados Unidos desde 1820.

Este es el hecho que tiende á definir más profundamente la historia y los destinos de la República.

He tenido ocasión de establecer la semejanza, sin afirmar concomitancia,

entre este fenómeno de la inferioridad de los mestizos y el producto mediocre de las multitudes ó simplemente de las asociaciones, colegios, jurados, etc., porque en ambos casos, en efecto, elementos excelentes pierden en la fusión ó combinación su alta ley para neutralizar la diferencia, como vasos de distinto nivel que se ponen en comunicación. Esta última no es sino una figura que muestra, sin precisar, el verdadero fenómeno.

—El autor ha creído, haciendo demografía argentina, deber recoger y glosar esa idea pululante, que se adjetiva ruidosamente siempre, de la «macrocefalia» del país, «monstruosa cabeza, que lo expone à una apoplejía fulminante», como alguna vez se ha dicho, refiriéndose à Buenos Aires, poblada con la quinta parte de la población total.

Es una forma del prejuicio organicista en sociología—que trasciende en la verba pseudo-científica en forma alarmante—y tan aceptado que no se vé violencia alguna en atribuir, práctica y fisiológicamente á la Metrópoli, funciones cerebrales.

Nada más falaz que esos conceptos

generales y cómodos: la concentración demótica de Buenos Aires es un hecho natural, que quien quiera motiva acertadamente, tan notorias son sus causas.

La distribución es también singularmente irregular en Estados Unidos, con quien tenemos una historia semejante—paises ambos de formación poliétnica.

Mientras los llamados Estados Atlánticos Norte en aquel país, tiene 138 habitantes por milla cuadrada, los Estados del Oeste no alcanzan á tres

Allí como aquí la inmigración se detiene y congestiona los estados de New-York, Pennsylvania, Massachusset, New-Jersey, <sup>(1)</sup> que albergan (estadística 1904) 430. 000 extranjeros, mientras son solo 570.000 los de los 46 estados restantes.

El fenómeno se produjo también en Roma, que llegó á formar la demagogía cosmopolita que generó la política imperial —la Roma mercantil, rica, gran metrópoli del lujo, del placer y del arte, populosa y democrática. <sup>(2)</sup>

---

(1) En Mayo de 1908 ha tenido lugar en New York una *Exhibit on Congestion of Population*.

(2) G. Ferrero, *Grandezza é decadenza de Roma*, 1<sup>er</sup> tomo, 1<sup>o</sup>, 2<sup>o</sup> y 3<sup>o</sup> capítulos.

Las vistas, siempre exactas y provechosas sobre los fenómenos concretos, concebidos y explicados como peculiares y genuinos de un pueblo, deben ser completadas con la perspectiva histórica—con los aspectos de otras épocas y de otros pueblos.

Es el temperamento que debe oponerse á aquella manera de juzgar que los estudiosos de este país siguen ahora, casi sin excepción, tras las huellas, ya lejanas de *Facundo* y las más proximas de J. A. García (h.),—pues aplicada rigurosamente puede causar aberraciones é ilusiones en en la percepción en la vida social.

—La estadística tampoco es un instrumento de precisión.

El reciente y magistral estudio de Lowenthal <sup>(1)</sup> sobre la relación de la mortalidad y natalidad lo demuestra.

Los cuadros que han servido, en este libro, para establecer la proporción de delincuentes por nacionalidad sen deficientes porque se aplican á pequeños números. ¿Puede obtenerse relación apre-

---

(1) *Journal de la Societé de Statistique*, 1905.

ciable y justa sobre cuatro chilenos, ó seis árabes ó un norteamericano, para afirmar que aquellos ocupan tal ó cual puesto en la delincuencia de una Ciudad ó Provincia de la República?

La infirmitad de las conclusiones es, pues, esencial.

Además la observación no se hace sino sobre datos parciales ó diminutos, de uno, dos años—Agréguese la falta de concordancia de la nomenclatura estadística y sus errores notorios—como el de la población urbana de Tucumán, según el censo de 1895 <sup>(1)</sup>—para comprender que debe concederse á proposiciones con tal base el *mínimum* de fé.

---

(1) Pues no consideraba tal la población industrial de sus fábricas.

---

## Carta de Adolfo Révechin (1)

---

QUERIDO ANTONIO:

Hace algunos años habría comenzado esta carta: «dilectísimo...», con el preciosismo y afectación que matizaran nuestra generación en los ya lejanos años de Facultad. Entonces no se habría

---

(1) La imprudente confianza de un amigo—que tiene gustos raros como el de haber elegido para nombre literario el de un antepasado suyo, Baltasar Montalvo—ha puesto en mis manos un manuscrito con esta inscripción: *Apuntes para una novela sobre la psicología de la inmigración* y con destino de ser revisado y ordenado para una posible edición.

Hay dos tipos en el primer plano de la novela: Gaston y Adolfo Révechin, hijos de una unión irregular de padre francés y madre oriolla. El padre, oscuro inmigrante, ha llegado á *pioneer*—y á millonario. La madre, no aparece en la trama,—Gaston conserva apenas un vago recuerdo de ella.

Este Gaston reproduce el carácter emprendedor y atrevido, la salud enérgica y el genio alerta y vivo del padre, habiendo parece Adolfo resumido la herencia semi-indígena de la madre, triste, apático, débil y soñador.

Su irreductible disconformidad con nuestra época, presurosa y alocada, había hecho de él un vencido físico y moral-

visto en él como pudiera serlo síntoma de futuras elegancias — que aparecen cuando los años dan el sentido de la reserva y baja el velo del inevitable excepticismo — y solo sí fácil pretexto para la burla despiadada de los corrillos mediocres y retozones de la muchachada.

Con tí habría sido más encarnizada: eras provinciano y sobresalías.

Desde mi última carta he sentido

---

mente, que no se vengaba de la derrota sino con su propio excepticismo. Valiente venganza!

En una de estas páginas él mismo habla de las trágicas contradicciones que presiden su destino.

La carta que publicamos, sacada de una colección, parece el borrador de la que debió dirigir á un amigo—no se sabe si llegó á hacerlo, pues todo era inconcluso en él—y encontrada junto con las que publicaremos después, entre sus papeles de memoria.

Su psicología es evidentemente morbosa: un caso que conviene analizar de nuestra neuropatía social, pero solo por su exageración pues su fondo es un «estado de alma» propio de nuestra civilización. Tiene atractivos íntensos y un poco desconcertantes.

Pero el artista, el estudioso, el observador deben cumplir con el primer deber que es el de la sinceridad.

Don Miguel de Unamuno hallará en la novela, una vez publicada, la imitación de la psicología francesa, analista, de procesos ocultos, pero en esto como en otras cosas pudiera ser que se le cargue á la imitación algo de lo que es propio de nuestro estado social, de esta revolución de ideas, de ambiciones, de incertidumbres y ansiedades que ha desencadenado y azuzado la lucha de las sangres avenidas de toda partes y con un solo móvil, que no es el de la perfección moral ni el de la cultura del espíritu.

una notable transformación en mi sistema de ideas. Tal vez el trabajo de esa transformación absorbió mi energía de tal manera que he dejado tan largo tiempo como el que va corrido, sin escribirte, interrumpiendo la vieja habitual tarea.

Y hace ya años! Cinco se han cumplido. Corto tiempo me parece cuando un motivo cualquiera suscita el rodar de los recuerdos,—como el guijarro casual la avalancha—porque entonces se anima el cuadro completo de la vida universitaria, de febril germinación de ideas, de ambiciones, de vibrante eclosión de las nuevas y supremas emociones, que no se renovarán jamás intactas y turbadoras.

Hacen ya cinco años que separados pocos días después de la colación, comenzaba nuestra correspondencia portadora de palabras de fresca amistad franca y segura.

Pocas cosas han quedado de los seis largos años universitarios, pero esa amistad es una satisfactoria indemnización de su vacuidad y efímeras vanidades—de la pereza que cultivó, del tedioso dogmatismo, de la vulgar limitación de vista que formaron el ambiente habitual, conta-

giando nuestras almas. Y hemos olvidado por cierto la baja cobardía de los maestros que premiaban la adulonería de los unos, la fofa charlatanería de los otros,—de los hijos de los amigos del Tribunal, del Consejo Bancario, del Club político, del simple círculo de invalideces totales— como aquel muchacho que habló de la cuestión Capital, con un garbo admirable, en derecho constitucional, confundiéndolo con el capital en economía política, en una vaga declamación á media voz. Solo faltó la felicitación de la mesa en la clasificación de su examen.

Bastante desagravio es, sin duda, verlos hoy tan vulgares é ineptos como siempre, como antes de que recibieran el obsequio de cátedras inmerecidas ó la codiciada y vana clasificación que no los libertará del cero esencial que los define.

Pero qué hemos de sentir enojo ahora por faltas que cubrimos desdeñosamente entonces, al día siguiente de presenciarlas, cuando á ellas debemos haber nos recojido más de una vez y extraído lentamente la filosofía que nos permite ver serenamente hoy las cosas humanas, sin gran entusiasmo, sin pasiones, sin

desproporción, como el llano desde la mantaña solitaria y abrupta, en una tarde luminosa declinante, más cerca de la naturaleza, hospitalaria y propicia que del hombre, hóstil y ambicioso.

Y luego los maestros.....de recitaciones textuales, de excitaciones infinitas para todos los vicios y deformaciones mentales, desde el papagayismo que todo lo ignora garbosamente, el servilismo que nada descubre sino bajo el índice del hombre de la cátedra, hasta la erudición libresca que ha leído no para saber sino para citar, la garrulería entusiasmada y aplaudida que desplegará su plenitud en la elocuencia parlamentaria sugestionada por cualquier camadería.

Guillermo Gerardo Hamiltón, en su libro que llama con cínica ironía *Lógica Parlamentaria*, ha sido un hombre sincero. Escucha: «Haced pasar lo bueno por lo malo y vice-versa». «Cuando una palabra tiene dos significados, los políticos fundan parte de su argumentación en uno de los sentidos de dicha palabra y la segunda parte en el otro sentido» «Teniendo bien resuelto en vuestro ánimo lo

que pretendéis, buscad un principio en el cual podáis apoyarlo.».

Nuestros maestros eran—recuerdas?—casi sin excepción hombres políticos: habían estado, estaban, ambicionaban estar en el Congreso. Los habían penetrado profundamente los prejuicios, la modalidad mental y lógica del político.

El de Filosofía de Derecho había sido Ministro de Finanzas, nuestro Rector Ministro de la Guerra y el de Economía Política aspiraba á la cartera de Instrucción Pública ó de Relaciones Exteriores.

La ambición política, la carrera política, la psicología política, definen, esplican, ilustran nuestro caracter—digámoslo de una vez—nuestra inferioridad.

No te estrañe que te hable como á público. Le estaban casi destinadas estas reflexiones que se formaron en el silencio y la apacibilidad de la estancia y de mi espíritu, amasado con tristeza.

Un cúmulo de pequeños incidentes habían concluido por agitar mi entusiasmo contra la manía política--una verdadera fiebre que se enardecía en mis paseos solitarios por el jardín á pesar del sua-

vizante perfume de los altos eucaliptos y el beleño del aspecto agreste de los senderos ensilvecidos.

Oh la soledad!—La amo voluptuosamente y la practico en este parque sin transeuntes, cuyas exhalaciones y cuya sombra llegan hasta el gabinete desde donde te escribo—y en el que falta el retrato de una madre y no hay siquiera el de una mujer.

No podría privarme ya de ella—se ha apegado mi espíritu á sus encantos como dicen que se apegan entre sí el de las personas. Solo que esta compañía no está expuesta á vacilaciones ni á infidelidades ni siquiera á la muerte puesto que solo la perdemos con la nuestra.

Que fuerte, que lírico y que ardiente os sentis en medio de la soledad! Las más difíciles idealidades parecen venir á la realidad, como si ya pisaran la puerta de la vida.

Pero debo confesarte que he tenido que rectificar á este respecto algunas impresiones. La fuerza que dá la soledad disminuye al contacto de los hombres. Días pasados exponía sencillamente las más rectas verdades—que todos los

circunstantes reconocían y aceptaban. Sin embargo escuché al final, desconcertado, una risa general, cuyo motivo no he comprendido todavía.

Había resuelto escribir, pues, un panfleto resonante, agresivo, — que conmoviera — contra la política.

Luego venía la indecisión y el enervamiento—solo á mi ignorancia, pensaba, podían ocultarse las causas verdaderas de la disposición general é inevitable por la politiquería, solo esa ignorancia podía alimentar mi vana irritación. Y al fin, la fulminante claravisión de la suprema inutilidad del empeño sumergía mi espíritu en el renunciamiento. Y así concluía, esta vez como siempre, un esfuerzo de íntima concentración, episódico y desintegrante, que es la forma normal de mi pensamiento.

Todo esto venía á raíz de haber buscado una consoladora ilusión y una alegre tarea en la política. Hasta había llegado á la «representación popular», por obra del mayordomo de mi padre.

No creía precisamente en las bellezas idílicas, en las puras beatitudes del apostolado democrático;— pero el espec-

táculo de la historia, la del Imperio de Roma sobre todo, me hablaba de un torneo de bella y ágil esgrima de pasiones y actitudes, dramática y sensible, donde se exhiben poderosas ambiciones en cuerpos fuertes que animan empresas legendarias y grandiosas, en un discurso de ingenio y de fuerza, de amor por la vida y sus goces: el poder, el lujo, las coronas populares, el arte.

Imaginaba á lo menos no era grande mi ilusión—una urdimbre emocionante de intrigas, de disimulos, de feroces intenciones que se enmascaran en una sonrisa ó en una cordial acogida de manos, de cálculos sutiles y de juegos de espíritu en los que la ambición guiña el ojo á la malicia oculta en las palabras ingenuas cuando no nobles de la declamación catoniana.

Pero ni esto ni aquello. Simplemente una mala arte de corrupción, de engaño, de abuso de la fuerza, de ingratitud, de frío cálculo, de falsa y abominable charlatanería.

No hay en ella lugar para ninguna nobleza.

El gete lo llega á ser por violencia moral, desde su posición privilegiada, por

adulación de los necesitados, por cobardía de los débiles. El programa de la causa es siempre una mentira entendida.

Es el árbitro—ha absorbido la facultad electoral ilimitadamente.

Es además un simulador—aspira á sugerir la impresión de que son sus amigos los fautores de lo que ha decidido y realizará implacablemente por su solo capricho.

Y es un sugestionado á su vez. No encuentra nunca á su alrededor sino incapaces, débiles, atolondrados, embusteros.

Es un Atlas. Sin él habría un desplomamiento universal.--Tal es su pensamiento íntimo y su inquebrantable convicción.

La palabra escrita ó hablada es á sus ojos una función infantil, ingénua, que permite y facilita las falacias y las traiciones.

En ellas ejercitan el ingenio de sus «secretarios», jóvenes capaces de todas las posibilidades morales—que teorizan las demasías y las codicias, los indigenismos de sus gefes y de su política, bajo

la deslumbrancia que el poder y sus harturas les causan.

Esos secretarios, esos escritores de partido—el orador, el periodista del partido—han escrito una sola página memorable, la más voluptuosa, la más enfermiza, la más desolante de la historia moral, de nuestra América: la aplicación de la ilustración y del talento al endiosamiento de un caudillo poderoso.

El jefe busca hacer sentir su omnipotencia, y el secretario, el amigo, el compañero, el correligionario--nombres con que apellidan á sus dependientes—saben que deben evitar como extremo peligro el disenso, la opinión libre, el pensamiento propio, que atraerá sobre él la excomunión máxima de indisciplinado y levantisco.

Fuera de la obediencia absoluta les quedan todas las libertades.

Aquella no será exigida nunca sino solo color de intereses superiores: la existencia del partido, el triunfo de la «causa», que no es sino su propia causa personal y exclusiva.

El desprecio que profesan á todo lo que no sea su interés de facción, se disi-

mula con el divertido constitucionalismo de moda.

Hay siempre textos combinados, interpretación oportuna, antecedentes norteamericanos y una frase admirativa final que cubren todas las desviaciones de arriba y amparan los excesos del llano.

Todo es medio, simple medio, para lograr la altura: programas infusos, comités que se despueblan al día siguiente del comicio para la distribución del botín, el vencedor, y el vencido para preparar la revancha encarnizada sí directores, ó plegarse al vencedor si pueblo.

Es medio también el discurso, la arenga, dechado de frases hechas....el año 30, en que se proclama el origen divino del «partido», sin una idea práctica, sin un rasgo verdadero ó histórico, sin un detalle de belleza oratoria, en frases vulgares y violentas, como las pasiones de los barrios excéntricos.

Tampoco heriría otra palabra el alma áspera y dura, bordoneante de apetitos groseros, del pueblo elector, alcoholista y agotado.

Es medio muy precioso la recomendación eficaz, el puesto obtenido ya....«el

ministro acaba de firmar su nombramiento».....para lo que era necesario afirmar lo contrario de lo que se sabía, ó lo que se ignoraba: «es honrado, laborioso, muy práctico, etc.»

Y así muchos nombramientos.

Los favorecidos proclamarán el talento, la vista política, la eficiencia, la elocuencia, las altas influencias ocultas que prestigian el candidato.

El hombre ha triunfado y la clientela crecido extraordinariamente.

El teatro máximo de la comedia es el comité.

El entusiasmo que enciende á la multitud clamoreante, allí aglomerada, lista para las «reivindicaciones patrióticas», es proporcionado á las promesas—y á las «cumplidas»—de los proxenetas de pueblos, de los caudillos secundarios, que abren al enamorado el corazón de la seducida.

El orador ha convocado en su discurso irritantes motivos oratorios que provoquen las más fáciles excitaciones, aparentando imponer solomnemente proposiciones que no son sino las propias del pueblo á quien se desea adular. El ardor

vibra por todos los ámbitos. La aclamación es ahora mas frecuente.

Las grandes palabras sonoras y consagradas se suceden, las frases se redondean en amplios finales, las mentiras del derecho popular se desenvuelven y la aclamación continúa, más entusiasta en las últimas filas donde no se oye, que en las primeras donde no se entiende.

A veces se discute —oh! que mayor gloria para el pueblo todo lo que parezca á lucha: circo, revolución, parlamento, corrida de toros—y los vítores cubren casi físicamente al más enfático de los contendores, que sostiene lo contrario talvez de lo que el pueblo querría aplaudir. Es que acusa más enérgicamente el ademán y habla estentóreamente.

La verdad es que nó debiera para justificar tus impresiones descender al pueblo que ha sido siempre venal y bajo —dirás tú y con razón.

Pero te invito á que reparemos en la conducta de los directores, de los solemnes, de los trascendentales, y verás que la política parece destinada á transparentar en sus más espontáneas intimidades nuestra naturaleza.

Todos repiten gravemente y se adhieren con entusiasmo á la fórmula, á la frase, á la palabra favorita del poderoso del momento: si este ha dicho que se debe cumplir la constitución hasta en sus errores: ó en otro momento que se debe vivir por nuestra historia antes que por la constitución imitada de otros pueblos; que debemos confiar en la regeneración de arriba; ó que no hay derechos contra la salud pública ó cualquiera de esas sentenciosas frases que disimulan con el énfasis su vacuidad, son repetidas, glosadas, enastadas en todas las ocasiones, hasta que el cambio de fortuna del poderoso la demoda instantáneamente.

He llegado á pensar que talvez las aberraciones que observo en todas partes estuvieran en mi propia visión y no en los hombres ni en el mundo.

He presentido entonces la verdad más trágica: cuán terrible es haber nacido antes de su tiempo y sentirse inerme, cojido por las confusas sollicitaciones contradictorias que despierta la actividad excesiva del espíritu solitario y meditativo, sentirse incompleto y pletórico á un mismo tiempo, tener vocaciones especu-

lativas en un medio comercial, provenir de razas distintas y distantes, tener riquezas materiales que ni soñaron nuestros abuelos, é intelectuales de que carecieron nuestros padres, sentirse á la vez poderoso é impotente—poseído de ardores intensos y carecer de voluntad.

Encuentro en este parque que rodea nuestra casa una imágen de mi propia suerte.

Suntuoso, señorial, hospitalario, hecho para el amor y la sociedad, no ha propiciado hasta ahora el extravío de ninguna pareja amorosa ni finjido el arcaísmo para la sociedad de ningún gran señor.

Esa contradicción de su magnificencia estéril es el símbolo, la cifra de mi corazón.

. . . . .

**Baltazar Montalvo**

---

## Notas Críticas

---

### FONTENELLE

La historia de las ideas llega á tener el interés dramático de la historia de un personage. Aquella se desarrolla en una sucesión de almas, que equivalen en un personage á las distintas vicisitudes de la suya.

Varía el objetivo: se tiene á la vista una época en vez de un hombre, y varía por lo mismo que este personage ideológico es, á lo que sabemos, inmortal. Alguna de estas historias de idea lleva de vida todos los siglos que conocemos.

Es otra similitud interesante entre ambas esta de formar familias y de ser necesario su conocimiento para precisarlas.

Laborde Miláa, en la colección de *Les grands écrivains français* nos hace saber que Fontenelle precisó, el primero, algunas ideas fundamentales de nuestro sistema mental moderno. Ha precipitado, dice Laborde Miláa, la fermentación de nociones difusas y confusas, y las ha sistematizado.

Desde luego, á él se debe la primera aparición de la tésis de la «estabilidad y generalidad de las leyes de la naturaleza.»

Había dicho en efecto: si las verdades experimentales que sirven de base á nuestras razones mientras están envueltos en la realidad compleja de los fenómenos naturales, no nos aparecen sino por fragmentos, estas verdades experimentales no reposan por eso menos en principio absoluto. «El principio absoluto de las ciencias experimentales es un determinismo necesario y consciente en las condiciones de los fenómenos.»

Pero su especulación avanzó más: mostraba la solidaridad de las ciencias, la compenetración íntima de todas ellas, en virtud de la cual sus verdades aparecen más luminosas, y colocaba al final

de las ciencias, la geometría, las matemáticas, de acuerdo con la tendencia de su siglo, que en el siguiente reemplazaría la tendencia biológica de Spencer y Darwin.

Pero hay otra idea cuya fecundidad no encarece suficientemente Laborde Milaa.

Nos referimos á la idea de la explicación experimental de la vida, al método que ella supone y á la solidaridad con el método Baconiano.

Antes que Montesquieu, hablaba ya de la influencia del clima, y ridiculizaba, más de un siglo antes que Darwin, la generación espontánea.

En el paralelo de Descartes y Newton decía: mientras el uno (Descartes) con vuelo atrevido ha querido colocarse en la fuente de todo y adueñarse de los primeros principios por medio de algunas ideas claras y fundamentales para descender á los fenómenos de la naturaleza, como á consecuencias necesarias, el otro más tímido y más modesto, ha comenzado su marcha, apoyándose sobre los fenómenos para remontarse á los principios desconocidos, resuelto á admitirlos cualesquiera que fueran los que diera

el encadenamiento de las consecuencias. Los principios evidentes del uno no lo conducen siempre á los fenómenos tales como son,—los fenómenos no conducen siempre al otro á principios evidentes.

Fontenelle, pues, aspiraba á la coordinación de los dos métodos exclusivos —y hé ahí una originalidad en épocas de predominio casi exclusivo del método racionalista, en las que solo podía presentirse el triunfo del experimental durante el siglo XIX.

---

Se pregunta, entonces, lógicamente el apologista cómo ha podido desconocer y olvidar el siglo que ha tenido la religión de la ciencia, á uno de los que primero la organizaron.

La posteridad, dice, que no mira las cosas sino en conjunto, no se adhiere, en el pasado, sino á las zonas verdaderamente luminosas y Fontenelle se encuentra perdido y en cierto modo ahogado entre dos períodos esclarecidos, la gran época clásica y el verdadero siglo XVIII, que no empezó sino despues de

1750. A la distancia, puede parecer pequeño entre la nobleza armoniosa del siglo de Luis y el tumulto formidable del ejército enciclopedista: en la constitución de un régimen montañoso, hay cadenas importantes, necesarias, verdaderas vértebras que no se distinguen á lo lejos.

Por lo demás su reserva elegante, su circunspección, esa filosofía prudente que le hacía temer la difusión de las verdades, el tinte uniforme que parecía haber dado á sus ideas como á su estilo,—todo esto lo predestinaba á su suerte de desdeñado.

Pero en lo que encuentra la verdadera causa de su cuasi-naufragio es en la generalización rápida de las ideas, sobre todo científicas, que se convierten en anónimas.

Rehaciendo á la inversa el camino realizado por el progreso científico, encontramos á Fontenelle en los orígenes de la ciencia, consolidando su base, trazando sus comunicaciones interiores, esbozando su elevación.

Es el padre de las ideas que pasan por más novedosas de Montesquieu y Voltaire.

Hay un pasaje en su elogio de

Leibnitz que es mas elocuente que los que se citan del *Espiritu de las leyes* y del *Ensayo sobre las costumbres*, como antecedentes de la concepción experimental é histórica. Habla del interés que hay en el estudio «de los orígenes de las naciones, de sus lenguas, de sus costumbres, de sus opiniones, sobre todo la historia de la especie humana, y una sucesión de pensamientos que nacen en los pueblos, unos después de otros, y cuyo encadenamiento bien observado *podría dar lugar á especies de profecías.*»

Con estas últimas palabras ha expuesto por sus consecuencias el determinismo social.

Merece, pues, que se precise su papel, dice el biógrafo en su página final, y haciéndolo, este literato, largo tiempo desdeñado, retornaría á tomar un lugar legítimo entre los educadores del pensamiento moderno.

¿Será por eso más leído Fontenelle? No, seguramente.

«Pero la inmortalidad—y la cita es de Renán—no consiste en hacerse leer de las generaciones futuras. Habremos trabajado para mejorar la manera de

mirar las cosas, habremos llevado al porvenir á no tener necesidad de leernos. Nuestra inmortalidad consiste en incorporar en el movimiento del espíritu un elemento que no perecerá.»

Y Fontenelle es de los primeros ó de los solos que en Francia han realizado ese ideal de que hablábamos, acordando el racionalismo y el experimentalismo, la cultura clásica y la científica, el amor de las ideas generales y la necesidad de las verdades positivas.

Así desde este punto de vista, Fontenelle se liga al problema que vela más enigmáticamente en el espíritu moderno.

---

Dos palabras sobre algunos rasgos de su biografía singular.

Comenzados sus estudios de jurisprudencia, decidió abandonarlos, llevado de su vocación literaria. Este disgusto con Papiniano lo había sentido también Leibnitz, que tan grande desprecio llegó á concebir por el oficio del derecho.

Amaba tres cosas que no concordaban

bien con la sequedad de las leyes y de los comentarios: la pintura, la música y las mujeres.

Era un meditativo. Desaparecía periódicamente del mundo y se refugiaba en retiros estudiosos, que dedicaba á la voluptuosidad de conocer.

Pero era indudablemente frío y egoísta.

Queda, á pesar de su simpatía constante y á veces resuelta por algunos viejos amigos, como el verdadero tipo del hombre de letras de corazón reseco y enfriado, que ha visto pasar, sin amor, innumerables generaciones de hombres, voluntariamente decidido á no dejarse llevar jamás por una de estas emociones á la vez dulces y fuertes que se apoderan del alma delante de la naturaleza ó de una obra maestra, delante de la pasión ó de la muerte.

«No es corazón lo que teneis aquí, le decía un día Mme. de Tencin, poniéndole la mano sobre el pecho: hay cerebro como en la cabeza.» El sonrió sin negarlo.

Fué un racionalista puro: el «favorito de la razón».

Su papel en la historia intelectual es el del vulgarizador sabio.

Capaz, dice el biógrafo, de comprender á los sabios y de hacerlos comprender á los profanos, teniendo un estilo bastante fino para no disgustar á las gentes y bastante fuerte para expresar las ideas nuevas, se descubrió vulgarizador en la hora en que el vulgarizador era posible y necesario, con el doble mérito de haber visto admirablemente de donde soplabá el viento y de haber tendido sus propias velas.

Realizó así uno de los pensamientos favoritos de Augusto Comte: inauguraba la *especialidad de las generalidades*.

---

JUAN FACUNDO QUIROGA POR  
DAVID PEÑA

---

Es una defensa en tono apasionado y oratorio. Se oye la voz en lo alto de la tribuna que se desarrolla en inflexiones nerviosas que rematan en amplios finales que desbordan, hasta chocar con el comienzo de la frase siguiente, en que se apura la verba cada vez más caldeada

do la argumentación y del alegato,—que se encalma en la cita del documento, se afirma enfáticamente en la inducción satisfactoria y triunfa en el elogio que subraya el juicio, en el alto y magniloquente elogio del héroe.

Cruza enérgica y brevemente el discurso un diálogo, una metáfora, un apóstrofe, una condenación, una invocación.

Así, hablando de una batalla de Quiroga (la de Monte Grande) dice: «Su ejército lo sigue con palpitante sensación; vuelve é imparte con proligidad sus disposiciones precisas: tal jefe hácia tal punto y el combate comienza. *Como si la suerte fuera un vajel, se inclina á minutos á uno y otro lado dentro de aquel aleaje inmenso* » (pág. 297.)

Un apóstrofe. «¡Ah! los hombres sin carácter! Donde quiera que pongais las manos, antes como ahora, tropezais con los Garcías! Muy meritorios, muy talentosos, muy llenos de virtudes; pero muy engendradores silenciosos del despotismo y del abuso por no poder vencer la envidia que les devora y sacudir la docilidad que los prosterna.» (pág. 105.)

Un diálogo al comenzar la acción de Monte Grande. «El capitán Soria que vá pisando los talones fugitivos de una división enemiga manda repentinamente hacer alto. —Alto? Capitán Soria? por que ha dado Vd. esa orden?—Imposible perseguirlos entre tantos árboles, señor.— Si ellos entran ¿no han podido Uds. entrar? —Comandante Argañaraz: fusile á este capitán delante de la tropa. (pág. 296).

-- Hemos dicho héroe--lo tiene efectivamente el libro, --Quiroga, cuya causa histórica revee el autor para vindicarlo.

Es un género el más brillante talvez, este de la oratoria histórica, forma de aquel que los modernos no conocemos, sino en sus descendencias degenerativas: el discurso, en sus totales prestigios de verbo encendido y libre, como una fuerza magnífica y nativa, que concita las pasiones más íntimas y bravías, que tansfunde en el alma vacía de la muchedumbre el alma de un hombre, que la atrae, la domina, la dociliza y juega con ella, en comunicación misteriosa de exaltaciones y embriagueces setimentales.

Poderosa y deslumbrante es esta facultad oratoria, tan peligrosa y deceptiva,

pero de tanta intensidad emocional y de tanta sugestividad artística.

Alberdi y Groussac están empeñados en ahuyentarnos de la oratoria.

¿Sus extravíos y maleficios nos obligan todavía á continuar desacreditándola?

El ejemplo de del Valle es clásico entre nosotros,—maestro universitario, como este autor de Quiroga, hacía discursos. Trató de convencer por la emoción de la frase.

La obra de del Valle es extraordinaria no por su método, por su propiedad, por su avenencia con los cánones universitarios, sino como obra de estilo y de exposición, de colorido y de vigor,—como obra de arte.

La oratoria no es, sin duda, el instrumento de la enseñanza histórica.

Tiene para ello un inconveniente: trasmite ideas por seducción—pero comporta una gran ventaja: gana fácilmente la atención y el interés.

Es el género de los apasionados. Del Valle hizo política en su historia. Viniendo á su concepto de los hechos y los hombres, una vez disipado el hechizo de su arte, se siente natural asombro por lo facticio de

la construcción, apenas advertido en el primer momento por la altisonancia del adjetivo.

También por eso huyen de las frías escursiones por el pasado remoto, en cuyos intereses y dramas no encuentran la máscara humana coloreada y viva como en el recuerdo ó la historia próximos, sino inerte y fósil en las profundas estratificaciones de la tradición.

Por eso también está la historia colonial á medio estudiar, con sus secretos inviolados, sus fenómenos incomprendidos, henchida de herméticas latentes confidencias.

El desconocimiento de ese pasado ha hecho incurrir á Peña en un sensible error á propósito del origen histórico de nuestro caudillo.

En su página 57 dice (se refiere á los proyectos de gobierno monárquico).

«Del trascendental error de aquella hora, verdaderamente histórica, de nuestros grandes hombres, nacieron los caudillos argentinos é sea esa encarnación de fuerza autónoma que suplanta á la fuerza pensadora pero sin carácter, ilustrada pero sin

ese influjo singular que no requiere el hechizo intelectual sino el denuedo.

En este momento señalo de paso mi concepto acerca del origen del caudillismo argentino. Pero os lo entrego á vuestra reflexión pues es interesante dar con la hora y el motivo del nacimiento de esa entidad nueva, solo perceptible cuando los prohombres del país hacen pública su veleidad monárquica....»

El caudillo es una creación anterior á la revolución—nació como floración salvaje de la ausencia de autoridad y de freno, en la mano brillante de sangre y soberbia de violencia con q' el más endurecido y valiente de los expedicionarios imponía al grupo errante y azaroso su prestigio y su gobierno.

El gobierno era objeto de conquista, que se disputaban fieramente las facciones.

Pero dentro del grupo ya instalado, pasadas las aventuras de la banda vagabunda de la conquista, los riesgos del asalto del enemigo indígena dió á las nacientes fundaciones el carácter de campamentos militares: cada vecino tiene la obligación de acorrer con armas á la defensa y estaba designado de antemano un pobla-

dor con el título y las funciones de caudillo. No se conserva aquel tipo histórico,—nuestro caudillo tiene otro sentido más estenso y complicado, pero se reconoce en aquel jefe de armas, que dirigió la defensa de las ciudades, al padre remoto del que fundó los feudos provinciales durante la anarquía, ó dirige sin contestación un partido, en la conquista un tanto instintiva, de las posiciones y ventajas.

Hay en este libro, pues, calidades que se comentan mutuamente y espican y definen un temperamento: historia contemporánea, cuestiones cuyo debate repercute en nuestros prejuicios y predilecciones, estilo movido y oratorio, la escuela de polémica del autor, que es un periodista.

Pero suscita una cuestión de de historia intelectual que interesa el fondo de la ciencia.—¿El error que una leyenda ó una versión poética ó simbólica envuelve habrá de mantenerse incommovible ante la comprobación científica que las disipe ó deforme?

El Facundo que Sarmiento modeló y ha fijado é incorporado al concepto histó-

rico ha de sobrevivir á la demostración de su irrealdad?

Asi se ha dicho refiriéndose á la ineficacia del libro de Peña.

Pero tan avanzada tesis importa la negación total de la historia y de la ciencia, la más mortal ironía para la ascética consagración de los estudiosos, el fracaso irremediable para la causa de la verdad y de la lógica, que es su camino.

El móvil constante de la investigación es el de verificar la tradición histórica, esclarecerla, por un proceso de interminable escrutinio.

Si declaramos inamovibles y eternas las ficciones de las leyendas y la espiritualización de los símbolos, hemos afirmado la inutilidad del trabajo científico y el imperio de los más sospechosos testimonios históricos.

Sarmiento buscó hacer de Facundo un símbolo. Lo necesitaba para encarnar en él todas las fealdades, y animarlo con todos los instintos diabólicos de la anarquía y de la montonera, y hacer con esta figura humana por el nombre, pero irreal por las proporciones y fisonomía, el argumento más eficaz y de acción más rá-

pidan en favor de su causa, que todos hemos llamado con él, el de la civilización contra la barbarie.

Pero á la distancia se ha reconocido en la figura del Facundo de Sarmiento el rasgo inconfundible de la ficción, que abarca no solo la presentación del héroe, sino el hecho histórico, la descripción de los lugares, de costumbres, seriados en un afán excesivo de sistematización y de simetría.

Podrá quedar el Facundo legendario como documento histórico, él mismo; como página biográfica de su autor, como testimonio de lo que pensaron los contemporáneos, del caudillo; —pero desarmada la extraordinaria silueta á la luz de la crítica no puede perdurar como verdad y como concepto histórico.

De otra manera se habria borrado de un rasgo la frontera entre la ficción y el hecho, la leyenda y la historia, el arte y la ciencia.

---

## TARDE Y FINOT

«Tarde, entre los pensadores, ha quedado un aislado, ha dicho Worms.

Si debe poco, relativamente, á las teorías de otros, él, á su turno, ha prestado poco á los demás.

Su manera era demasiado personal para que se pudiese pensar en asimilársela.

El gran teorizador de la imitación no ha encontrado imitadores. No ha hecho escuela.»

Así aprecia lo que él llama el alcance de su obra filosófica.

Es demasiado estrecho criterio.

Vico, ignorado por siglos, sería inferior á cualquier Gobineau afortunado.

Además es un criterio cuantitativo inadmisibile: no ha hecho escuela, no tiene discípulos.

Bastaría una sola sugestión magistral y fecunda para alabar y salvar su influencia..

Basta la incorporación subconciente de sus leyes de la imitación y de la invención al sistema cerebral moderno para que la fertilidad de su obra sea inmensa.

En el concepto puro y en la evolución absoluta de la obra científica, nada de todo eso es necesario, — basta ser lo que es: un esfuerzo personal que da una explicación nueva del cosmos, aproximando las series más lejanas de fenómenos, comprendiendo en su generalización los mundos inorgánico, sideral, orgánico y humano.

Pero para nuestra información de americanos la afirmación de Worms es falsa, pues Tarde es autor europeo extensamente difundido.

La obra de Tarde tiene, como se sabe, esta otra fórmula sintética: representa la reacción contra la explicación antropológica de los fenómenos sociales cuyo lugar ha reemplazado con la explicación social.

Por eso ha sido antispenceriano y puso temperamentos á la concepción darwiniana.

Un sinnúmero de fenómenos que se motivaban por la acción misteriosa de la raza, de la sangre, de la herencia, él los hacia derivar de la acción clara de la imitación, del medio.

En la fácil tendencia á referir los he-

chos difícilmente explicables, á la acción incontrolable de la herencia, habia un fondo metafísico.

Tarde encontró que habia un factor que se desdeña —el medio social, los demás hombres, por medio de ese instrumento de información que es la imitación en sus infinitas formas y grados.

No fué esta la única metafísica que deshizo, sino tambien aquella otra, tan difundida, de la sucesión de fases pre-establecida en la evolución de las instituciones sociales: familia, propiedad, penalidad, derecho comercial, etc, etc.

En la influencia y difusión de un autor hay un fenómeno de los que Tarde estudió: la imitación-moda.

Una caprichosa predilección funda la boga.

No ha llegado para Tarde: es eso lo que ha debido decir Worms.

Pero el alma de su obra, su sentido capital, la explicación social, prevalece y triunfa.

Las pocas páginas que hemos leído de este señor Worms en su *Revista Inter-nacional* siguen esa tendencia.

Hemos leído tambien en ellas, poco

tiempo hace, un estudio de Novicow sobre la concurrencia vital en la sociedad humana impregnada de Tarde, y tenemos en nuestra mesa, un voluminoso libro reciente, de algun éxito, *Le préjugé des races* de Jean Finot, que acredita simplemente un disciplinado alumno de Tarde.

Lo que pudiera explicar la contradicción es un pequeño hecho, lleno de psicologías: se repiten sus teorías y análisis, pero no se cita su nombre.

Como á Alberdi.

Satiriza Mr. J. Finot la pretendida ciencia que quiere construir una psicología de los pueblos, segun la cual seria permitido atribuir temperamento bilioso ó linfático, carácter conquistador ó pacífico, genio realista ó religioso á las naciones.

Pasa en larga revista las contradicciones con que es apreciado un mismo carácter nacional por los historiadores y socio-psicólogos.

Respecto de Grecia, por ejemplo, la conocida antinomia de Renan, «que la considera la menos religiosa, y Fustel de Coulanges, para quien la vida griega encarna la vida religiosa per excelencia».

Respecto del carácter francés el exa-

men es detenido y curioso—tantos juicios merece cuantos autores han pretendido dar en un rasgo genérico la definición de su genio.

Y lo mismo con el «alma germana», celta ó nipona ó húngara.

Concluye Finot de todo esto que no puede hablarse de fatalidades ó características psicológicas de un pueblo, aparte de que dentro de uno mismo se descubren notorias disparidades regionales.

El punto de vista de este autor no es nuevo.

Gumplovicz en su *Derecho Político Filosófico* (capítulo «Hábito y Educación») dice: «Se habla del carácter de un pueblo, de sus inclinaciones y pasiones, de sus defectos y excelencias etc. Y hasta en época novísima se ha intentado fundar una ciencia propia, «la psicología de los pueblos»: la cual debe tener cabalmente por objeto investigar sus propiedades espirituales..... Ahora, es esta una empresa desacertada que se apoya en un error fundamental. Un pueblo no es nunca una entidad tal que pueda servir como sujeto cierto de propiedades comunes, morales y espirituales.»

En consecuencia, considera que hay psicología de clases ó estamentos: —la clase aristocrática ó conservadora de naciones distintas tienen psicologías sensiblemente semejantes, y un noble francés se parece más á un noble extranjero cualquiera que á un compatriota proletario.

Finot arguye que la imitación que aproxima y confunde los pueblos, destruye sus particularidades y tiende á formar una creciente uniformidad.

Para él, el elemento ambiente subordina los elementos étnico y geográfico: «el hombre social es un verdadero sonámbulo, un hipnotizado por toda la atmósfera ambiente», dice.

El hecho que funda la observación es exacto, pero su escrutinio y discernimiento tienen filiación conocida en la historia del pensamiento filosófico y debe ser recordada, como acto de justicia.

—Tarde en efecto ha expuesto las observaciones de Finot, casi palabra por palabra, al hacer, en todos sus libros, —en los que volvía con amor de padre, sobre la teoría de la imitación, que sistematizó como una de las leyes mas universales— el desarrollo de la amplificación histórica, segun la cual

la imitación sigue una progresión creciente de propagación indefinida.

Pero la crítica de Finot es falsa porque es unilateral; no es toda la realidad social la imitación, elemento puramente externo, que no alcanza á destruir la herencia, las condiciones antropológicas que son, para repetir el concepto que él ridiculiza, el «alma» de una raza.

Ya decíamos hace algún tiempo haciendo la crítica de la idea contraria: <sup>(1)</sup> «frente á la tradición, al elemento nacional ó interno que cimentaba la concepción savigniana, hay que colocar para completarlo, el elemento social, internacional ó externo, que mira sobretodo el porvenir como el primero se refiere sobretodo al pasado: teoría de embriología jurídica, con tendencia ontológica—porque explica á más del origen, la formación del derecho—nada dice de su porvenir y de su fin y carece por lo tanto de una teleología jurídica.

La constante homogenización de los núcleos humanos por el cambio de sus

---

(1) «Escuela Histórica en derecho» pág. 46.

diferencias — por virtud de la ley de Newton, que se aplica á dos civilizaciones como á dos gases de distinta temperatura — desvanece lentamente las originalidades nacionales, haciendo para el porvenir, cada vez mas precarias la fuente y las conclusiones de la escuela histórica. <sup>(1)</sup>

— Hay una fuerza que no es la imitación, que es la tradición, forma de imitación, sucesiva, un hábito del pueblo, una imitación de sí mismo.

Pero esta imitación de sí mismo que es conservadora é individual cede á imitaciones extrañas, que son innovadoras y niveladoras.

Esta faz del fenómeno no ha sido discernida por Finot, á pesar de ser notorias su realidad é influencia.

Es verdad que Tarde sostenía, y Finot glosa su doctrina, que el genio de un pueblo, como el genio de una raza, de una lengua etc., son entidades metafísicas, de originalidad imaginaria, porque no son sino la síntesis anónima de las originalidades personales, las únicas verdaderas,

---

(1) Loc cit

eficaces, en fermentación continua en el seno de la sociedad, gracias á un cambio fecundo de ejemplos con las sociedades vecinas.

El pensamiento de aquel filósofo puede resumirse en estas palabras: «el genio colectivo, impersonal, es función y no factor de los genios individuales, infinitamente numerosos».

Pero no tratamos de la génesis del espíritu colectivo, y es indiferente saber si es factor ó función de los genios individuales, siempre que exista.

--No parece que pueda negarse que hay sentimientos, tendencias, diátesis que caracterizan la historia de un país, que informan y dan colorido á una formación social particular.

Si al llegar á aislarlos en la enjambrazón que constituye la historia moral de las sociedades, no todos aciertan, ni todos son pacientes, concienzudos y diestros para triunfar en la empresa, cúlpese únicamente á la ineptitud ó impaciencia del investigador.

Porque Sully Proud'homme ó quien quiera, haya asegurado que no son «la claridad y la sencillez los rasgos matríces

del genio francés» ¿hãbremos de decir que no existe una alma francesa, perfectamente individua y luminosamente singular, que se distingue precisamente por esas altas calidades, — sobre todo cuando puede seguirse sus huellas en el pasado, al través de la historia intelectual de Francia, que es la de los mas intensos esfuerzos que se hayan hecho —Descartes, Montesquieu, Voltaire, Renán, Taine—para reducir á fórmulas simples las mas abstrusas investigaciones sobre el problema de la vida, la felicidad y el destino humanos, como alguna vez ha escrito Philarète Chasles y repetido Brunetièrre?

¿Podrá dudarse que nuestra gestación colonial está informada por un conjunto de sentimientos «singenéticos» que la animan como una alma, aunque la visión y el análisis de ellos hayan estado oscurecidos y se comience recién á revelarlos?

¿Y será acaso fundamento suficiente para la negativa, saber que mientras unos hayan encontrado como leitmotiv de nuestra historia «el irrespeto por la ley», el «culto del corage», «el sentimiento de la grandeza nacional», Bunge lo localice

en la pereza ó la tristeza indígenas, y que don Facundo Zuviría, en un capítulo totalmente olvidado de sus *Estudios*, hable en igual sentido del espíritu faccioso?

—No es posible, no es demostrable que haya una sustancia metafísica irreductible en el fondo de las razas, que constituya su espíritu eterno é inmutable, y que pese sobre ellas como una fatalidad ó una bendición providenciales é infinitas.

El hecho constante y de observación es la desintegración y evolución permanente de las condiciones y del tipo nacional.

De modo que ciertas explicaciones de hechos actuales por herencias milenarias no son sino exclusivismos falsos.

Podemos presentar algunos ejemplos argentinos, el de don F. Ramos Mejia en su «Federalismo Argentino», entre otros.

Ramos Mejia, que fué un distinguido investigador, explica la organización política federal de nuestro país por la tendencia particularista de la población española desde los Iberos y Celtas, documentando su teoría con citas de Estrabon y Plinio.

Todas las vicisitudes de muchos siglos son, en su concepción, cantidades indiferentes.

Don Miguel Romero <sup>(1)</sup>, espíritu igualmente laborioso, ha suscripto á esta teoría. Dice: los defectos que caracterizan el genio político argentino no son sino retoños florecientes del árbol celta español, porque «no es aventurado afirmar que el atavismo psicológico es también ley de las naciones».

—Hay indudablemente cualidades que parecen radicadas en los estratos más profundos, en los centros oscuros del instinto, y que sobreviven á largas transformaciones—pero esto indica solamente una gerarquía, una «subordinación de caracteres», para emplear la expresión de G. Saint Hilaire, que Taine transportó á la filosofía.

Si fuera á desestimarse «la psicología de los pueblos», porque es quimérica la asignación de «fatalidades psicológicas» á las sociedades, y solo, en consecuencia, por la relatividad de sus conclusiones, confesemos que están amenazadas porciones considerables de la ciencia. La filosofía de la historia, desde luego, que es el plano general sobre el que aquella

---

(1) «Política Interna».—Estudio psicológico.

psicología de los pueblos se construye.

¿No es precisamente la historia otra cosa que la recolección é interpretación de los acontecimientos humanos, que se desenvuelven siguiendo líneas accidentadas y cambiantes?

Y como la filosofía de la historia, la economía, el derecho, la filología, afectadas por lo pintoresco, lo cambiante, lo inquieto, lo imprevisto de la vida social—dificiles, complejas y atractivas por eso mismo.

---

## ESTADÍSTICA É INDIVIDUALISMO

---

En un trabajo leído por Alfredo de Faville en el último Congreso de Estadística de Londres, se ha hecho la defensa y la apología de la estadística en simples palabras y algunas ironías.

Ha dicho:

Dudar de ella sería casi como dudar de la aritmética. No solamente creemos

en la estadística sino que la consideramos como uno de los instrumentos más poderosos de que nuestro siglo dispone para la rebusca de la verdad y el desarrollo de la civilización. En la estadística aplicada á mil fenómenos de la fisiología económica y social, vemos una fuente de luces que nada puede suplir y consideramos que Buckle no exageraba cuando, hace 50 años, en su *Historia de la Civilización*, escribía: «la estadística aún en su infancia, ha esclarecido el estudio de la naturaleza humana más que todas las ciencias reunidas». Quiere demostrar prácticamente la utilidad de la estadística y agrega: se sabe que la seguridad de los buques, navíos de guerra ó grandes paquebots, se ha aumentado notablemente desde que ellas mismas llevan, durante la noche, verdaderos faros eléctricos, cuyas móviles proyecciones iluminan á voluntad, de un borde al otro del horizonte, todas las oscuridades sospechosas. Es también lo que hace la estadística y lo que hará sobre todo, si los gobiernos aprenden á servirse mejor de ella.—Disipa las tinieblas donde la ciencia arriesgaría extraviarse.

Hace del pasado un espejo donde se puede leer el porvenir. En esta confusa mezcla de causas y efectos que es el mundo moderno, llega—mediante la ayuda de los grandes números—a poner lógica, precisión y claridad.

Pero la estadística no es un simple registro de cifras.

Las divide y subdivide, las distribuye y las clasifica de muchas maneras.

Y de estos múltiples cuadros se desprenden leyes demográficas, armoniosa en su complejidad, que la antigüedad y la Edad Media habían ignorado, concienzudamente.

Por ejemplo, la demografía nos enseña que nacen siempre más niños que niñas, que sin embargo sobreviven menos al fin del primer año, que mortalidades desiguales hacen, en el curso de la vida, prodominar alternativamente el uno ó el otro sexo, salvo en la edad normal de la procreación en que se establece el equilibrio, temporariamente, entre los dos efectivos. Tal constatación no tiene nada de banal, seguramente. Podemos saludar una nueva manifestación de lo que nuestro lamentado Carlos Leveque llamaba las armonías

providenciales, agrega. Pero es á otras concepciones que el exámen de las tablas de sobrevivencia, convidaba á los financistas, gente práctica ante todo. Ellos han encontrado la base de una industria, igualmente ventajosa para los que la ejercen como para los que con ella tratan. El seguro de la vida es hijo de la estadística y sus éxitos extraordinarios prueban bastante la confianza que su madre merece.

De Faville extrema el alcance de su arte. Salud y enfermedad, alimento y vestido, riqueza y pauperismo, previsión y crimen, producción, circulación, consumo, todos los aspectos diversos de la existencia individual ó colectiva pueden llegar á ser tributarios de lo que nuestros padres llamaban la «aritmética política.» Las cuestiones de trabajo, de cambio, de transporte, de valor, de propiedad, de crédito, de impuesto.....son esencialmente *cuantitativas* y es la estadística la que tiene la misión de sustituir á las vagas intuiciones de antes las soluciones verdaderamente racionales.

La desaparición de las carestías y de las hambres si bien es obra del vapor

que ha suprimido las distancias, es también obra de la estadística, según de Faville, puesto que ella permite conocer, en cualquier momento, los cultivos; las cosechas de cereales y sus oscilaciones, y distribuir las racionalmente sobre el globo.

No se explicaría que tan elementales observaciones se hiciesen si se ignorara que de Faville las hizo para responder la sátira que quería ensañarse con las funciones de su oficio.

Se había llegado á decir de los solemnes cultivadores de esta escueta disciplina social de los números, que, como los augures romanos, no podían mirarse sin reír, y que su ciencia pretendía precisar lo que se ignoraba.

Pero el entusiasmo de Faville debe ser atemperado prudentemente.

La estadística, en efecto, está expuesta á un grave riesgo, más fácil de sucederle que á arte ó ciencia alguna: la precipitación ó la superficialidad.

Esa reducción de los fenómenos más complicados y de más equívoca explicación, á términos concretos, es de una viva seducción para el espíritu, siempre ambicioso de fórmulas claras.

Poder decir, como se ha dicho por los numerosos partidarios de la ley de equivalencia entre los nacimientos y las defunciones—que de Lowental ha destruido—que las estadísticas demuestran que los que mueren señalan el número de los que han de nacer para ocupar los puestos que aquellos dejan vacíos, es una grande tentación.

Que cosa más clara, más admirable, más providencial! Donde hay mucha mortalidad hay mucha natalidad; á menor mortalidad corresponde menor natalidad: la muerte mide la vida, la vida mide la muerte.

Hay mil condiciones que restringen y proporcionan el valor de la estadística, y hay muchos cuadros muy minuciosos, concienzudos que nada demuestran y los hay, muy frecuentes, que solo sirven para hacer *réclame* á una causa cualquiera, y otros muy sintomáticos que los gobiernos ocultan. Como los únicos que pueden formularlos, son el gobierno y el estado, el «poderoso auxiliar» de la estadística pierde la fé de los estudiosos.

Resulta, pues, que si bien la estadística proporciona un método, y un auxilio en el

estudio de las cuestiones sociales, no debemos confiarnos imprudentemente en sus conclusiones, sino servirnos de ellas para verificaciones, confrontaciones, control recíproco, aparte de que el número, tan preciso y sencillo, exige para su comprensión la misma labor y conciencia que las de las más imprecisas y vagas que la ciencia social conoce—esas que la estadística creía esclarecer como dice Buckle, ó simplificar y concretar como cree Faville.

Estas consideraciones de saludable desconfianza no rezan con nuestro país, donde no abundan las estadísticas y donde hay gobiernos que consideran malgastar dinero dedicarlo á publicarlas.

\*  
\* \*

Pero los señores Vaschide y Buset Balmer no creen en la ciencia social y es de creer que desprecian la estadística.

Han publicado en la *Revue Internationale de Sociologie* lo que ellos llaman introducción al estudio de la psicología de las *élites* en la democracia.

Son páginas de ardiente individualismo y hay en ellas, á veces temperatura de pasión.

Quien quiera que se eleve solitario hácia un ideal trabaja mejor para todos los hombres que el tribuno que se ocupa de todos los hombres, dice. La frase es bella. Más que de una demostración estamos en presencia de una protesta.

Es la protesta contra la democracia.

La democracia desdeña, negliges sistemáticamente al individuo selecto. Sus héroes son los que se constituyen en eco de sus deseos y de sus gustos. Las masas se admiran ellas mismas en sus representantes; no admiran sino sus representantes.

Pero las masas no han hecho nada y se quiere hacer con ellas todo. La evolución humana ha sido guiada por los individuos. Los descubrimientos, las grandes ideas, religiosas, metafísicas y sociales son la obra de individuos.

Es cierto: es lugar común que los descubridores, los genios, los fundadores no fueron, á su turno, sino el eco del medio social, representantes de la ciencia universal que les era contemporánea.

Es una de las objeciones contra la propiedad literaria, y una de las razones de su limitación.

Pero ¿porque fueron Lamarck y Newton los que se constituyeron en eco de la ciencia y del medio de su época? Porque había en ellos un elemento individual. Devuelven á la multitud la voz de que son eco, tan transformada que aquella no la reconoce. Y esta transformación, que es la obra propia de los individuos aislados, representa justamente el progreso.

La democracia fundada en la representación, según Vaschide y Buset, dió á los individuos un valor *cuantitativo*, que no es de ellos mismos *cualitativo*. Faville se regocija.

El ideal democrático es ganar el favor de la muchedumbre. Y ya sabemos el camino para ganarlo.

Pensamos, dicen, que todos los progresos reales realizados durante el último siglo no fueron la obra de las *élites* representativas, sino de los individuos cuyo valor cualitativo no se empleaba en transformarse en cuantitativo. Pero ante la fatalidad mediocrizante de la democracia que exalta lo que complace al mayor número, uno se pregunta naturalmente qué llegarán á ser en la sociedad

actual los individuos solitarios y superiores.

El individuo, vencedor hasta ahora gracias á su inteligencia, sucumbirá cuando deba combatir contra las inteligencias coaligada de la nación.

Y se coaligarán contra él, contra su iniciativa, agregan; pues una multitud no puede unirse sino para imponer ideas mediocres, las ideas admitidas por la mayoría de los ciudadanos. Un nuevo triunfo de Faville.

El raciocinio tiene una consecuencia clara como original: la monarquía ó el imperio eran más favorables para el desarrollo de estos individuos—no tenían que preocuparse de una opinión pública omnipotente.

La democracia es opresiva de la verdadera *élite* intelectual.

Como se comprende, todo esto tiene la apariencia de una blasfemia contra el credo corriente.

Si ese individuo superior forma alguna vez en la *élite* representativã, verá su actividad restringida porque deberá condicionarla á la tendencia, gustos, bajos gustos, populares.

Las *élites* democráticas son *fijas ó movibles*—pero generalicemos.

La democracia es un concepto correlativo con la sociología; ambas no ven en el hombre sino un fragmento del grupo social.

Aquella triunfa en el sistema de ideas modernas y se impone al niño desde las primeras letras por obra de las mismas *élites* representativas.

El que desafía la sociedad, se desocializa ó antisocializa, será un loco. El hombre vale en proporción de su sentimiento de solidaridad.

Es necesario suprimir esta situación humillante.

Es necesario, exclaman, entrar en conflicto con la sociedad.

Que la sociología y la economía política queden en sus puestos, que no son las primeras entre las ciencias indispensables al hombre.

Al ver moverse la máquina social no confundamos el aceite que engrasa y facilita el movimiento con el combustible que la pone en movimiento,

Y este combustible, esta energía misteriosa, no nos la darán ni sociólogos ni economistas, ni estas mediocres *élites* representativas de la democracia.

Las grandes obras humanas no han sido hechas por individuos que se consideraban unidades de la multitud, ni fueron hechas para ella.

Crearon sus obras los maestros del pensamiento para dar á la vida un sabor de fruto divino.

Incitan, luego, á la lucha contra el imperio de los hombres-unidades.

No debemos bajar hasta la multitud, este cadáver, cuya sola acción debía ser la de alimentar los individuos, que aquella no tiene, por medio de sus *élites* representativas, el derecho de juzgar. Es necesario gritar que el hombre selecto debe elevarse sin preocuparse del juicio de sus contemporáneos.

Así terminan.

Si el deseo de lo nuevo es una de las más poderosas tendencias humanas, la protesta contra lo nuevo, y la defensa de lo viejo que se suplanta, tiene un prestigio de nobleza—como en todas las defensas. Es además elegante.

La sociología y las disciplinas sociales tienen, es cierto, un aire facticio y una condición vacilante. ¿Serán propios de la exageración y monoideismo de los

comienzos ó se tratará de una debilidad congénita?

De lo que no puede dudarse es de la naturaleza esencialmente sociable del hombre—como de que es falso que el hombre moderno sufra más restricciones que el antiguo, que apoquen su personalidad.

El antiguo era el esclavo del medio físico, de la naturaleza y sus hostilidades. Hoy es su amo. Por sus conquistas sobre el suelo, ha aumentado su poder y sus posibilidades de acción, de modo que aunque restringido en muchos sentidos, ha visto desplegarse infinitas perspectivas que han multiplicado su existencia.

Pero ahí quedan, provocantes, las páginas de Vaschide y Binet, satisfactorias como advertencia á los colectivismos estrechos de moda, que quieren organizarnos en rebaños impregnados de solidaridad ó colmenas vibrantes del espíritu de la especie, numerándonos, es claro, para ser contados en la estadística de Mr. de Foville, y alcanzar, en consecuencia, el progreso que espera á los que saben numerarse.

\*  
\*\*

El desprecio por la democracia más

que el resultado de una convicción es una forma del sentimiento delicado é instintivamente aristocrático del artista.

Acacamos de leer una nueva opinión.

Luis Menard, cuya memoria Mauricio Barrés cree deber levantar contra el más injustificable olvido que pueda cubrir una vida de erudito, distinguido amigo de Leconte de Lisle y de Berthelot el viejo, odiaba la democracia.

Ha tenido también ésta en su contra, por razones temporarias ú ocasionales talvez, la Iglesia Católica, que es tan poderosa fuerza.

En el *Orme du Mail* de Anatole France, habla así el Abate Lantaigne. . . . .  
la República es esencialmente mala—Es mala queriendo la libertad que Dios no ha querido, porque él es amo y ha delegado su poder en los sacerdotes, y queriendo la igualdad que Dios no ha querido, porque ha establecido la gerarquía de las dignidades en el cielo y sobre la tierra; es mala instituyendo la tolerancia que Dios no querría, puesto que el mal es intolerable. Es mala consultando la voluntad del pueblo como si la multitud de ignorantes debiera prevalecer contra el pequeño

número de los que se conforman con la voluntad de Dios; es mala, en fin, declarando su indiferencia religiosa es decir, su impiedad, su incredulidad, sus blasfemias de las que la menor es mortal, su adhesión á la diversidad que es el mal y la muerte.

---

## Anotaciones marginales

---

Ferrero ha escrito unos de los libros más hermosos que hayamos leído en estos últimos tiempos en los que la investigación sociológica nos viene acostumbrando á frecuentes decepciones: se repite y glosa á los maestros sin aumentar una línea en originalidad ó invención.

Las páginas de este libro no tienen el orden y simetría de un pasaje clásico, ni producen la impresión de un cuadro de la naturaleza como en los realistas y descriptivos ni la de una imagen interior como en los intelectivos ni la de una riente soñación como en los sentimentales.

Produce la impresión intensa, humana, latina, del músculo vivo, tenso, vibrante bajo la sugestión del nervio aguzado por la emoción, siempre fresca, lúcida, renovada constantemente por la riqueza de una sensibilidad simpática y generosa.

No juzga, no analiza, no hunde el bisturi entre la carne helada y flácida, en la solemne indiferencia del anfiteatro. Ha evocado el pasado y se incorpora en sus avenidas pululantes á las luchas que apasionan y dividen: los hombres,—el juego de sus pasiones; el secreto de sus éxitos; la crónica oscura de las reputaciones; el disimulo de sus ambiciones; la parada de sus abnegaciones y virtudes; el contraste de sus condiciones y bastardías; las fallas de sus espíritus, frecuentemente el desequilibrio y la vesanía; el afan de los goces; el fondo miserable de sus glorias: una cortesana, una traición, una deuda;—los intereses, el *ager publicus*; la tierra del enemigo y sus metales y riquezas; el servicio de los cautivos; la abolición de las deudas; el tributo de los vencidos,—que mueven admirablemente todo el drama de la vida y de la historia; sus cambiantes y peripecias; la prosperidad que seguía á las conquistas; la crisis en que se ahogaba; la transformación de la Roma agrícola y aristocrática, en la mercantil, democrática é imperialista:—toda la suscitación del pasado como un espectáculo, animado, agitado, no relatado, sino reproducido y

visto, en sus detalles y realidad plástica, es lo que ha hecho Ferrero en esta Historia que es un Drama y una Novela.

Ha referido á Eduardo Rod la crónica de la genesis espiritual de su *Grandezza e Decadenza*.

Fué á la abstracción y quiso escribir la Justicia. Despues lo atrajo la historia y cuando pensaba escribir la Disolución en Historia, su espíritu polarizó hácia un caso de disolución: la del Imperio Romano.

Su estilo muestra visiblemente aquel fenómeno observado por Rémy de Gourmont: la compenetración de las palabras con las sensaciones y la sugestión de éstas por aquellas.

Sus palabras tienen, en efecto, la lucidez inquieta, la armonía nerviosa de las emociones y pasiones que orquestaron aquella historia singularísima y que él ha hecho vivir una segunda vida, tan intensa, tan lógica, tan natural y tan ardiente como en la Roma de hace veinte siglos.

Insinúan también sus palabras la sugestión de aquel ambiente: de las plenitudes y grandeza de la conquista mundial, y en algunos momentos, que luego se difundirán hasta constituir el fondo del cuadro, el oro

pálido de la decadencia y de la agonía maravillosas. El sol del Imperio y el orgullo de las águilas primero, después el suntuoso ocaso otoñal de los césares degenerados magníficos ó siniestros y de la florescencia esquisita y enferma de Bizancio.

Ferrero, historiador escrupuloso y eruditísimo, no llega à ser en ningún momento el «literato» capaz de falsear ó improvisar en honor de una imagen bella ó una explicación sistemática. Así ha presentado bajo una luz nueva é inesperada, figuras que parecían cristalizadas: Pompeyo, Ciceron, el mismo César.

Su estilo, su fuego, la belleza natural de su frase sin artificio, de su concepción psicológica y económica es el fruto de un temperamento férvido de historiador, de filósofo y de artista, apasionado del pasado, como de una de las perspectivas más dignas de amarse, perseguirse y escrutarse por el estudioso en el infinito espacio de la investigación del corazón humano, objeto en que se resumen la ambición y el fin de la ciencia social, al través de todas sus teorías, estadísticas, clasificaciones, contradicciones y barouceos.

Ferrero es un exponente de la gran

cultura de la Italia actual que puede aspirar á mostrar con él una de las mas altas cabezas del pensamiento moderno.

La manera dogmática de comprender y enseñar el derecho tiene su órgano en el «jurisconsulto», opuesto al sociólogo jurista, de quien difiere por método, estudios y aptitudes.

Por sus diferencias y antítesis, corresponden á dos momentos distintos en la evolución de la ciencia.

El uno viene del pasado, el otro se prepara para el porvenir. Asistimos á su duelo—con él se cerrará un nuevo ciclo en la evolución del derecho. El jurisconsulto será vencido, corriendo igual suerte que su ciencia, sus libros venerables, sus principios de justicia. (1)

--Si es cierto que la civilización se

---

(1) Vamos en camino. Con verdadero espíritu crítico, falso en algunas de sus conclusiones pero sin dogmatismo al fin, ha dado á luz un magistrado—muy extraño había parecido pocos años atrás—Presidente de la Corte de Casación en Francia, Mr. Tanon, su libro *L'évolution du droit et la conscience sociale*.

señala por una continua sustitución de las normas sociales de coerción por las normas sociales de libre obligación, pasando á ser los motivos de la ley motivos interiores de la conducta, se cumplirá lo que ha sido el voto de algunos especulativos: la más completa amplitud de decisión para el criterio judicial, la formación de códigos breves, generales, con simples direcciones cardinales.

Y entonces, se le habrá escapado el último apoyo al jurisconsulto, le faltará la tierra: el «caso», el texto inmediato de la ley que torturó hasta el martirio—la estrapada medioeval que cambia de víctima—para hacerlo decir lo que se quiere, como un títere, sacando de ello, á más, su función más alta y una fruición predilecta, calculada y bizantina.

Entonces, también la magistratura y la profesión—los intérpretes de la ley—estarán menos distantes del verdadero derecho, el científico, el que es, solo, digno de interesar, y merecer la consagración de una vida.

De otro modo seguirá alimentando como hasta aquí, ese arte subalterno y rutinario que por cualquiera figura de

pensamiento se llama «ejercicio del derecho», pero que no es sino una manipulación de textos legales para sostener con convicción entusiasta que lo q' conviene al interés del cliente, han sostenido desde Papiniano hasta aquí, todos los jurisconsultos habidos: el sistema Mitridates aplicado á la conciencia, que alguien ha dicho. (1)

—Los hombres de ley no han precursado ni anticipado grandes movimientos sociales; no han tenido un pensamiento filosófico ni revelado más sagacidad que la que despierta y aviva tan singularmente la discusión interesada de un texto que discierne despiadadamente los dones de la vida.

Mably decía de Dumoulin que era notable su ausencia de vistas históricas; Montesquieu tenía pobre idea de Loyseau; D'Aguessau creía firmemente que el príncipe era la fuente única de todos los poderes y no es posible olvidar la alusión de Savigny á la exposición de motivos de Bigot

---

(1) Mas de dos siglos después podía Leibnitz repetir las palabras de su «Autobiografía»: aborrecía las argucias de los abogados, al punto que jamás quiso abogar en el foro, etc.

Préameneu en su *Vocación de nuestro siglo* (cap. III).

El derecho romano se encuentra más fielmente fuera de sus jurisconsultos, y Benech, Caqueray y Henriot lo han reconstruido estudiando literatura latina.

—Fueron los últimos en sospechar el estallido de la Revolución francesa: consideraban sus prodromos como *affaires du roi*, y entre nosotros, de los tres nombres argentinos incorporados en las tablas murales de la Biblioteca Nacional á los nombres universales—Echeverría, Velez, Sarmiento—es del único jurisconsulto de entre ellos, del que el criticismo ha roto en los labios de la posteridad el sello que había impuesto la preferencia caprichosa de la fama,<sup>(1)</sup> ó la sentencia improvisada de sus contemporáneos.

Recordamos á Savigny, á Sumner Maine, á Ihering, á Loria, pero sube involuntariamente á los labios la amargura de la pregunta de Tarde: ¿habrá entre el espíritu jurídico y el espíritu filosófico alguna incompatibilidad de naturaleza?

---

(1) *Fama mallum, quod non aliud, velocius ullum* (Eneid.—libro., IV verso 175.)

.....Hemos pensado á su propósito, en lo que es y lo que puede ser la novela argentina, su pasado sin historia, Cambacerès, Lopez, Martel; sus caracteres, la presencia en ella de las mismas condiciones de toda nuestra labor mental, lo que contiene de superficialmente elaborado, la rapsodia fácil,—la ilusión fugaz que la sostiene, la imitación precipitada que la alimenta: el vino dulce y engañoso de la imitación que simula energías cuando las enerva.

Sobre ello hemos pensado tambien en Groussac, predicator inclemente, intemperante y rudo del esfuerzo prolongado, severo y paciente, á lo Flaubert, que al través de sus rigores apasionados, ardientes como cardenales, de sus mismas injusticias, que parece redimiera el fuego altísimo de un raciocinio siempre intenso, y de un verbo repujado, elegante y macizo, queda enseñanza y ejemplo de mejores orientaciones para la literatura y la disciplina intelectual de los argentinos.

Pero hemos pensado, sobre todo, cómo tardamos en entrar por la vía del verdadero romanticismo que busca en la natu-

raleza ambiente la única y última fuente de la creación literaria.

Toda nuestra vida, pintoresca, dramática, llena de novedad y de filosofía; la plutocracia abigarrada y naciente al lado de la vencida, llena de prejuicios, solemne aristocracia criolla; la transformación repentina y completa de ideas, hábitos y modos de sentir en el término de una sola generación; el esplendor material desquiciando el edificio moral levantado en muchos años, toda la crónica de la vida argentina, con sus tipos-exponentes; el político, el estanciero, y el funcionario, criollos,— el comerciante, el industrial, el empresario, extrajeros;—todo ésto está para ser recogido y animado en la novela y en el teatro.

Agreguemos á este aspecto externo, más visible, el oculto, más dramático y colorido de las pasiones y sentimientos que lo mueven; el amor al lujo y la ostentación de las democracias mercantiles y agitadas; el interés por las ricas herederas, un concepto superior y un predominio absorbente de la fortuna, que la inmigración ha difundido y difunde; la ambición política desmedida á que el triunfo del

extrangero confina el esfuerzo del criollo; el gusto y la vanidad de la figuración; el toma y daca del abolengo y la riqueza en los matrimonios; la cultura improvisada que arma las rebeldías contra la tradición y apresura, con todos aquellos agrietamientos, la ruina y desplome de las viejas construcciones que han abrigado hasta ahora á la sociedad argentina.

Sarmiento descuajó la entrada del camino con su *Facundo* en el terreno sociológico, y otros han pintado nuestra sociedad y nuestro medio, ya para la novela ya para la escena, Leguizamon, Grandmontagne, Sanchez entre otros; pero vivimos todavía bajo la sujestión y caricia esclavisantes del arte extraño,—y en plena salud, nos hemos enfermado con males ajenos, hemos sentido desmayos, exaltaciones, procesos morbosos totales por reflejo, y hemos buscado la emoción facticia y almidonada del libro ó la observación forastera y exótica, delante de una naturaleza sin espectadores, y de una vida social vibrante de secretos.

En este propio terruño donde vivo, al trajinar por el campo en la siesta caliginosa, dejando al lado del camino el

*rancho*, sin setos, como las pasiones que lo habitan, el *rancho* de los dolores silenciosos y del amor instintivo por la holganza y la mujer; al cruzar, en el estío, la sábana inmensa y murmurante de las hojas lanceoladas y gallardas de las cañas en poderoso crecimiento, cuyo ardor de germinación refresca la brisa viajera de la montaña, ó al ascender ésta en la mañana floreal y luminosa de su selva ó en el ocaso de misterio y de soberbia de su grandeza y sus leyendas; ó al atravesarlas hacia los altos valles improductivos y desiertos del latifundio, de pastoreo y cultivo bíblicos; ó al contemplar la pantomima de las máquinas-genios y de los hombres-máquinas en el interior de las fábricas ó adivinar al través de sus altos ventanales iluminados, en la desolación de las noches invernales, su historia de colmena en que labran abejas y zumban zánganos,—historia oscura, rítmica, prodigiosa—he pensado cuán inmenso y rico material de dramas, cuadros, cantos y cuentos de vida profunda, de amores bravíos, de esfuerzos, savias que regurgitan del corazón y de la tierra, clamores de rebeldía que ascienden, metamorfosis, hay

en el medio estrecho y local que me rodea.

Abandonemos, pues, el gusto por el preciosismo y el discurso, y la peroración, vágos, declamatorios, ademanescos y nunca sinceros, y emprendamos esta nueva tarea en la cantera alejada y enhiesta, desde donde el golpe del martillo de desbloqueo resuena ni en la plaza, ni en el club, ni en el diario, ni en el parlamento,— lugar éste último donde colocamos nosotros los argentinos nuestra suprema ambición.

Todo esto hemos pensado, ó mejor pensado ya, lo hemos dicho á propósito del libro de Troyos, <sup>(1)</sup> porque como los jóvenes escritores de nuestro país—R. Rojas, por ejemplo, cuya *Quimera* no vale lo que una página de su *Pais de las selvas*—se exponen á malbaratar condiciones nativas excelentes en esfuerzos precoces que agostan, ó frustrarlas por falta de dirección ó por la atracción de ideales vertiginosos como son los que despiertan la literatura quintaesenciada y bizantina, ó la novela del detallismo psicológico ó la torpeza

---

(1) *Corazón Joven* por R. A. Troyos—Costa Rica—1906.

pornográfica, en que degeneró, en los imitadores, el arte personal è intenso de los maestros ó Sthendal ó Gautier ó Verlaine.

Vyzewa ha dicho que el romance contemporáneo está enfermo,—se busca ansiosamente la novedad sin cuidar el interés de la historia ó el relato.

El temá será el amor y de preferencia el amor desviado de los maníacos y de los degenerados.

El caso de *Corazon jóven* es sencillamente una pasión senil, contraria á la naturaleza,—un caso de afrodisiografía, novedoso pero patológico.

El viejo profesor <sup>(1)</sup> y evocador prolijo del siglo de Augusto — que dejaba su cátedra después de profesarla 44 años— ha escrito resúmenes de su último curso antes de morir.

Estudia en él el proceso de penetración de la civilización romana por el espíritu griego. Ese proceso es el mismo que ha reco-

---

(1) Gaston Boissier—Revue des Deux Mondes. Dib. 1906.  
—Enero 1907.

rrido Roma para conocer «la humanidad».

Y á propósito de esta palabra, «humanitas», ha escrito un capítulo de historia romana.

No apareció muy temprano en la literatura latina esta expresión que no respondía á un sentimiento en la época en que *hostis* significaba enemigo y extranjero á la vez.

Se la encuentra recién en el siglo VII de Roma. En tiempo de Aulo Gelio no se estaba siempre de acuerdo sobre su sentido. Algunos gramáticos sostenían que se había extendido demasiado su sentido y recordaban equivocadamente el ejemplo de Ciceron.

Éste empleó «humanidad» en el sentido de «liberalidad», «benignidad».

Lo que sorprende es encontrarla unida á las palabras *erudición*, *doctrina*.

Los antiguos pensaban que las letras unían á los hombres y que eran por ello esencialmente humanas (*humaniores litteræ*). Ellas nos acostumbran, en efecto, á la indulgencia, á la dulzura, en las relaciones nos hacen tolerantes; nos enseñan la justicia, la bondad, la piedad por los sufrimientos humanos, la misericordia;

nos enseñan que no debemos ocuparnos solamente de nosotros sino también de los intereses ajenos; nos aconsejan el perdón de las ofensas. El triunfo de la cultura del espíritu consiste en hacer las almas más dulces y es entonces que merece el nombre de *humanitas*.

Hay, pues, un conjunto de cualidades diferentes que se vinculan porque obedecen á un mismo sentimiento — sentimiento que se ha introducido en Roma por medio del helenismo.

Analiza, luego, Boissier como vehiculo de la impregnación griega la época de Escipión Emiliano.

Ennio, el primero, estableció una escuela en la que hizo conocer la epopeya, el drama, la poesía lírica griega.

Plauto florece en la gran época del fin del siglo VI. Por sus comedias se viene en conocimiento de la influencia griega y oriental que se señala por la desaparición de las ideas tradicionales y las burlas de las viejas rigideces.

El helenismo era disolvente de toda la estructura social antigua que organizó entonces sus centros de defensa.

Entre esas defensas, fué la mayor el

gran ejemplo de un hombre, altamente colocado, que se impuso al respeto de todos por la dignidad de su carácter, su vida irreprochable, los servicios hechos al país; que imitó las costumbres extrangeras sin que nadie tuviese el derecho de acusar su patriotismo y que supo indicar las justas proporciones en las que el génio de los dos pueblos podía mezclarse para el mayor bien de la humanidad.

Escipión Emiliano, que es su nombre, despierta una íntima simpatía.

Desde joven se había hecho notar por su alejamiento de los placeres ruidosos amados de los de su edad y sorprendió por su generosidad hácia su madre, que había sido repudiada, y hácia sus hermanas á quienes dotó.

No se lo veía, como era la costumbre, frecuentar las asambleas populares, ocurrir asíduo antes los tribunales, ambicionar defensas en asuntos de resonancia.

Tenía un aire meditativo y melancólico que parecía hubiera de hacerle preferible á todo una vida retirada y estudiosa, entre libros y amigos.

A pesar de esto, su éxito en la

campaña contra Cartago mostró la flexibilidad y poder de su temperamento.

Conservó el espíritu filoheleno de su padre, que había vinculado la vida y la inteligencia del hijo á Polibio, tan grande filósofo como historiador.

Gustábale la sociedad de los eruditos y de los sabios, con quienes se hacía acompañar hasta en su corte de guerra. El poeta Lucilio lo acompañó en su campaña en España, y durante el sitio de Numancia encontró momentos para conversar de ciencia y filosofía.

Desde los veinte años comenzó á rodearse de una sociedad cultivada y amable.

A esa sociedad nos introduce Boissier como el medio que ya aconsejaba Cicerón, de saber lo que trajo la victoria definitiva del helenismo á Roma.

No habían rangos nobiliarios en la sociedad de Escipión—en la que se cultivaba una amistad tranquila y cordial, distinguida y por lo tanto sin pedantería, de comunicación placentera y culta.

De esa sociedad extrajo Lælius la sustancia que Cicerón puso en sus diálogos, que han elegido á ser el *Tratado de la Amistad*.

Se discutía del soberano bien como en el *hotel de Rambouillet* se hablaba de la «gracia» eficaz y suficiente.

Las reuniones del círculo de Escipión tendrían lugar probablemente en el campo, de donde solo se venía ó para votar en el campo de Marte ó sentarse en el senado ó hablar en el foro.

Según la estación, pasearían probablemente bajo los pórticos, ó en los bosquecillos á la sombra de los árboles, reposando en frente de una estatua ó en medio del césped.

Las reuniones de Escipión fueron un ejemplo comentado y seguido.

Escipión marca la transición de la vieja época, conservadora, aristocrática y severa á la nueva, intelectual y mercantil. Aceptó las importaciones griegas que traían la elegancia, el lujo, el refinamiento pero respetando toda la tradición de las antiguas costumbres é ideas.

De Grecia vino esa idea del cosmopolitismo, de la «humanidad», pues ella no conoció del sentimiento de la patria sino lo que podríamos llamar el espíritu municipal.

A la inversa, el romano lo compren-

día todo en un sentimiento de solidaridad, estenso, que llegó á abarcar el Imperio.

Parecía aquel, entonces, más apto para desenvolver el cosmopolitismo. Boissier se complace en mostrar como en la práctica, Roma, grosera, positiva, inimaginativa, desenvolvió todas las consecuencias de ese sentimiento: el respeto al vencido, la tolerancia con el enemigo, la moderación en el triunfo, la guerra considerada como un instrumento de la páz, que creció y se difundió por el inmenso imperio,—la *paz romana*.

· Ese sistema moral que Roma implantaba por primera vez en la historia, es la doble herencia de los países latinos y la razón que algunos han descubierto de su inferioridad—los olvidadizos del pasado, deslumbrados por una apariencia material momentánea que no ven en nuestra civilización lo que está incorporado á ella definitivamente por aquella obra comenzada por Escipión y Cicerón.

El retrato de Escipión que ha trazado Boissier coincide singularmente con el

que presenta en su historia Guillermo Ferrero,—más narrativo y sabio en áquel, más expresivo y sintético en los breves rasgos de éste, como que Boissier es un historiador y Ferrero un sociólogo.

Las siluetas coinciden en sus líneas matrices, pero en las que Boissier traza hay el amor de un biógrafo y el gusto de lo complicado propio del historiador, mientras que en las figuras de Ferrero los rasgos están simplificados y coordinados, porque su autor es ante todo un generalizador para quien los sucesos y los hombres no hacen sinó colmar los vacíos de la red tensa de causas y efectos sociales.

Así es también que el helenismo, considerado por Boissier como el vehículo del cosmopolitismo, es para Ferrero una de las tantas consecuencias de la expansión militar y comercial de Roma, que puso su civilización en contacto con el Oriente y preparó los ánimos juntamente para el amor al lujo, la disolución de las costumbres, la vanidad, el placer, la cultura intelectual, el gusto de la erudición.

La explicación es casi siempre en Ferrero económica. Cuando la vieja sociedad guerrera, aristocrática y agrícola se disol-

vía perdiendo la fiereza, la severidad, la sencillez originarias,—convirtiéndose en imperialista, mercantil y apasionada de las riquezas y las comodidades que proporcionan,—un grupo esclarecido de hombres, equidistante de los que veían con fruición el relajamiento de los antiguos falseados frenos, y los que se quejaban de la ruina de las viejas costumbres, aspiraba á concordar la energía, la salud moral y física de las generaciones pasadas con el espíritu emprendedor, cuito y brillante que la expansión imperialista había traído.

Esta contradicción íntima fué el tormento y grandeza del más grande personaje de ese tiempo: nuestro Publio Cornelio Escipión Emiliano.

Comprendiendo que la nueva política arruinaría el poder militar y la paz interior de Roma, fué, sin embargo, por la fuerza del momento, el que realizó las mas altas manifestaciones del nuevo espíritu: la destrucción de Cartago y de Numancia.

Filósofo y general, apesar de comprender la suerte que esperaba á la Roma de su tiempo, sabía que ningún piloto

habría podido remontar el río de la historia y su curso fatal.

La ley de la imitación reconocida y aceptada como unas de las primeras leyes sociales por sociólogos, economistas etc., ha tenido lejanos precursores.

Acabamos de encontrar en Séneca, *de Vita Beata*, cap. I, una demostración sostenida de la influencia de la imitación en la vida social. Diariamente constatamos la exigüidad de la originalidad humana, y se piensa en el beneficio incomparable que les fué concedido á los antiguos de tener por delante los espectáculos vírgenes, lo que les permitió tentar, los primeros, su explicación, y se justifica la admiración exclusiva de Leconte de Lisle por todo lo antiguo, y su juicio sobre la esterilidad sustancial moderna.

Dice Séneca: «Como en una derrota general en que unos se precipitan sobre los otros y nadie se cae sin arrastrar á otros consigo y los primeros traen la pérdida de los que les siguen, así en los distintos estados de la vida, nadie se

extravía sólo sino que es causa y autor de los errores ajenos».

«No es bueno seguir á los que nos preceden, y como cada uno prefiere creer que juzgar, en los asuntos de la vida se cree siempre y no se juzga nunca, - así nos precipita el error transmitido y pecamos víctimas del ejemplo» . . . . .

En seguida sus palabras se anticipan á las conclusiones de la psicología colectiva contemporánea.

«Así sucede en los comicios, donde los electores mismos se asombran de haber escogido tal ó cual pretor, cuando ha cambiado el favor caprichoso».

«Se aprueba y condena las mismas cosas: tal es la consecuencia de todo juicio en que decide la mayoría».

«La humanidad no ha sido favorecida de modo que lo mejor agrade al mayor número: la muchedumbre es el peor argumento.»

Sighele, uno de los constructores de esa psicología contemporánea, no adelanta más que Séneca en esta investigación. ¿Por qué las multitudes tienen mayor aptitud para el mal? Con esa interrogación se cierra una de sus páginas.

Entretanto sigamos leyendo á Séneca; sus exhortaciones á la distinción no vienen mal para nuestro barroquismo de colonia intelectual y de factoria próspera. Son frases confortantes y cordiales como solo la filosofía antigua ha sabido insinuarlas. Anotemos la línea siguiente: «estas cosas que se buscan, que atraen la muchedumbre, de que las gentes se muestran asombradas, brillantes por fuera, no son en el fondo sino miserias. . . . .»

Taine, <sup>(1)</sup> es de los pensadores extranjeros,—no novelista ó poeta, patronos de la moda,—el que ejerce una influencia más intensa en nuestra labor intelectual porque inspira y orienta la investigación de los pocos que practican,—ó á los que, por lo menos, emocionan como un sueño ó un ideal,—las palabras de Spinoza, *vivre pour penser*.

Pocas obras habrá capaces de tan intensa sugestión como la de Taine.

---

(1) A propósito de Taine. *Sa vie et correspondance*.

Fué el producto de una conciencia científica eximia y de un amor al estudio y constancia en él, singulares; porque Taine no fué como Ciceron, político, ó como Bacon, magistrado, ó como Macaulay, parlamentario,—fué simplemente y sin mezcla, un filósofo y un escritor.

Si hubiera sido llevado por la obligación ó el azar al destino político de Marco Aurelio—cuya belleza estoíca lo apasionaba—como él, habría leído ó hecho meditaciones entre los clamores del pueblo ébrio del circo.

La publicación de su correspondencia—que está en curso—revela, en plena luz, una faz más íntima de la vida de Taine, no obstante el criterio de expurgación que la preside y que ha eliminado la página confidencial que algunos persiguen como el documento precioso é irremplazable para hacer el desnudo de un autor.

Hay una razón de belleza que condena este exceso de verdad porque abulta como una lente demasiado poderosa y vecina al objeto.

Taine surge del papel privado tan profundo y puro como el filósofo de *L' intelligence*, tan brillante y afinado como el co-

mentador de las grandes épocas de la *Filosofía del Arte*.

Pero muestran, como solo lo hacen adivinar sus libros, al hombre privado,—la vida real, sin citas y sin frases, la textura espontánea de su alma, y la crónica de la elaboración que la completó y definió.

Fué Taine un meditativo y un solitario. Sus cartas de juventud, cartas de 21 años, lo demuestran.

«La tranquilidad es el bien supremo», decía á su amigo Prévost-Paradol, tan ardiente y ambicioso.

«Tengo, le decía en otra carta, un fondo de tristeza permanente y necesaria, y mi solo consuelo es el pensamiento de que esto no es sino un juego de 40 ó 50 años, y que al fin de todo ello está el reposo, el eterno sueño...»

El tema se repite en todas sus cartas. «He hecho, le decía en otra ocasión, todo lo posible para colocarte en el asilo tranquilo de la reflexión solitaria y comunicarte la calma que produce una vida ordenada, un amor firme y paciente por la ciencia, el culto del arte, la admiración de la naturaleza.»

. Agregaba: «es necesario no contar en

**el mundo sino consigo mismo: los amigos os faltan, la enfermedad los lleva, la distancia los cambia, la política los aleja. El hombre que ha quedado sólo tiene el estudio, la naturaleza, el infinito....»**

**«También la filosofía es una gran maestra de amor, y es además una gran maestra de resignación.»**

**«Cuando tengo un vivo sufrimiento me ocupo de considerar el movimiento general del mundo y olvido mi pequeño «yo», pensando en lo universal ó, por lo menos, pensando en que todo esto concluye y que en 30 ó 40 años todos moriremos.»** Esta carta era escrita el día que cumplía 21 años 3 meses: el 21 de Julio de 1849.

La floración de la soledad es conocida: el desprecio de los hombres, de sus miserias y sus afanes, la política, de entre ellos, el primero; el amor de la naturaleza. La soledad beatifica. Todo esto sintió Taine,

**«Encuentro á los hombres, decía, ridículos, impotentes, apasionados como los niños, torpes y vanidosos....»**

**«No quiero realizar una acción sin saber, justamente, si ella es buena; no quie-**

ro incorporarme á ningun partido sin saber si tiene razón....»

Pero el ideólogo aparece siempre: «cuando más entro en la vida real, más me desagrada, y los hombres que veo me parecen rebajados y vulgarizados por sus funciones y costumbres.»

«Cada día encuentro el nivel humano más bajo», dice á su hermana Virginia.

Tenía la reserva, el pudor de la publicidad que tan bien denuncian al psicólogo familiarizado con el reverso y el fondo de las cosas que se rien de la vanidad de las solemnidades.

La severa armonía de su vida íntima, séria, benedictina, de estudio y observación sin reposo, marcha acordada con la obra concienzuda, páciente y metódica que conoceis.

Taine fué un educador perfecto del corazón,—la irregularidad, el ardor, la vivacidad se encuadran en él en un marco de ceñidos y simétricos ensambles.

Cultivó la impasibilidad como la flor suprema. Interlocutor de los secretos de la vida, en su laboratorio original, en el análisis de la sensación y de la imagen, adquirió la serenidad que fundara su teoría y su trabajo de crítico; su visión y su criterio de evocador de civilizaciones extinguidas.

Expone, enumera, desarrolla, distiende y analiza con la frialdad de un clasificador de fósiles. En ello ponía su empeño y su honor: aparecer el indiferente sabio que manipula pueblos, hombres, épocas, sin otra actitud que la casi hierática y profunda del experimentador de un gabinete de fisiología ó de química.

Pero su impasibilidad era anuncio de proximidad á la verdad última, á la verdad perseguida en el más espantable acopio de «documentos», antecedentes, testimonios, comparaciones, inducciones verificadas y controladas con el más riguroso afán de lógica y de probidad.

Fué, por eso, el gran teorizador y organizador de la ciencia de su tiempo.

Lo que fuera en otro el hallazgo feliz del ingenio ó un aspecto pintoresco de su temperamento, se transformaba en Taine

en doctrina, en fórmula, en ciencia—acendrada, es claro, al través de una generalización sagaz y madura.

La generalización fué su instrumento predilecto como que era fundamentalmente un filósofo: se elevaba, por ella, con esfuerzo natural y poderoso, por función necesaria y casi diríamos orgánica, complacido y entusiasta, con el espíritu siempre tendido hácia la fórmula abstracta, más sencilla, más comprensiva y más vasta, que espiritualiza los hechos, los simplifica en transformaciones sucesivas y fija sus relaciones con otros órdenes de la vida, descubre su ritmo oculto y su ley esencial.

En un personaje aísla el razgo matriz, en una época el sentimiento que la domina, y luego gerarquiza los caracteres: del carácter de un autor ha ascendido al de un grupo, al de un periodo, al de un pueblo, para llegar al fin, como en el *Ideal del arte*, á su teoría completa sobre el valor literario.

Aplicó su sistema en todos los momentos: en el *Antiguo Régimen*, en la *Pintura en Italia*, en la *Arquitectura en Grecia*.

Ha formado así construcciones intelectuales lógicas y perfectas, obras de sínte-

sis esenciales: ha aislado el «espíritu clásico», el «revolucionario», el «jacobino»; el concepto del «estado moderno y el antiguo». Busca para explicar una época, un cuadro, un libro, el «personaje reinante» y «la pasión matriz», y una vez encontrados, el cúmulo confuso, enorme y oscuro que forma el aspecto de una civilización, de un pueblo, ó la serie irregular, desarticulada é inarmónica que es el aspecto primario de una vida ó de un período literarios,— se iluminan y aparece su interior ensablado, sostenido, explicado por un equilibrio sólido y claro.

Pero para haber ascendido á la fórmula, á la síntesis, al resúmen espiritual, ha pasado por el análisis paciente, prolongado, fatigante, de archivos, documentos, testimonios, en cantidades enormes, porque tenía el horror de la superficialidad y el error.

En él la geneneralización no era, pues, una precipitación ó el gusto de la fácil simetría, desde que se empeñaba, al contrario, en perseguir la originalidad de los fenómenos, sino el esfuerzo de su pasión filosófica que destila, por una operación sábia, el espíritu, la verdad aprovechable

y pura que encierra la materia basta de la experiencia humana.

Generalizador, filósofo, estudioso del fenómeno antes que de los seres y las cosas, no podía ser un novelista ni un poeta.

El romance que concibiera quedó inédito y nadie ha hecho el elogio de los versos de Taine.

Pero hay páginas de emoción, delicadas, finas, de acusada nobleza y belleza señorial, elegantes y ritmadas, que revelan lo que ha sido olvidado y lo que no se dice corrientemente de él: que era un artista de gusto superior, exquisito, suave y penetrante en la sugestión de la belleza.

Leed, por ejemplo, las *Epocas históricas* de Flandes en la Pintura de los Países Bajos, los retratos de Tennyson y Musset en la *Literatura Inglesa*: el escéptico político que desarma la parada heroica de la revolución del 79, ó el frío sensacionista de la teoría del conocimiento, es en el primero un mágico pintor de ferias, de torneos, y cabalgatas; en el segundo el conmovido relator de un destino glorioso, extinguido al final, repentinamente trágico, de una ruidosa fiesta juvenil.

La *Bodega* de Blasco Ibáñez es un libro fuerte, ágrío, impregnado de perfume de vida bravía: del perfume hostil y agresivo que despide el drama hondamente humano de los simples y de los humildes.

Pero el aire púgil de la trama y de las actitudes, acentuadas y enérgicas, como la riqueza y número del estilo lo dá, más que el influjo del asunto la fuerza del artista.

Blasco Ibáñez es un fruto de renacimiento, — porque su arte es pristino, natural, firme y atrevido, sin retorismo, ni sensiblería, sin pulcritudes ni delicuecencias.

No atrae ni lisonjea el paladar amadado formado por el hábito de los licores exóticos de cierta literatura moderna, ni se hace amable al gusto que nos devora, por lo nervioso y lo nuevo, por el escepticismo risueño y la tristeza que se disuelven en una elegancia.

Produce la impresión de un organismo en pleno equilibrio, sin tics, sin inhibiciones, que siente el mundo exterior al través de sentidos sanos y agudos, sin deformaciones, ni deficiencias.

Pero su realismo no es el resultado únicamente de una simple observación llana y detallista ni su obra es una colección de cuadros reales.

Hay en ella la tendencia, el fin, el más allá que el verdadero literato sabe descubrir y aislar en los hechos más triviales, el hilo invisible que guía la acción humana, y le dá su sentido profundo, la sugestión que detiene la atención del lector en el accidente, en el cuadro, en la actitud, en la situación, en la palabra en que aflora un flanco, ó un simple vislumbre del fondo mórbido é íntimo de la pulpa de la vida, — siempre idéntica, bajo todas las libreas. No hay en este libro el frío inventario psicológico sthendeliano, porque hay movimiento, agitación, desgarramiento, clamores, drama—drama social, una ciudad, fábrica, cortijos, campesinos, clases, muchedumbres.

El aspecto social la colorea y domina; podríamos llamarla,—si la locución pasa, — novela sociológica.

Aparte de la porción universal, de los resortes eternos y de las ambiciones omnipresentes de la voluntad que mueven el desarrollo de la acción, hay cuadros

españoles, característicos é ilustrativos, cuyas perspectivas espantan: la miseria de las gañanías.

Sus cualidades aparecen más claras para nuestro criterio que para nuestro gusto, y por eso no hemos de reprocharle la crudeza de algunos cuadros; el fuego, el exceso de las pasiones, que parecen denunciar un propósito de propaganda en el autor, á veces; sobre todo nos hemos de abstener de ello puesto que esos cuadros, el libro todo, tienen un aire de reproducir la realidad,—que ella, no el hecho, resulta inverosímil; una realidad maciza, sangrienta, salvage—de pasión, de vino, de miseria, de amor, de navajas, de danza, de superstición, de contrabandos, de crimen,—sobre todo la figura lírica, apostólica, casi irreal de Salvatierra,—el alma entera de la España africana y agarena.

Nada refleja mejor el temperamento de Avellaneda que una frase (que suscita otra de no recuerdo si de uno ó de los dos Goncourt): «todo se sabe cuando se sabe escribir.»

Lo único original es la forma. ¿Cuántas veces se ha repetido la idea?

Pero France la recuerda y comenta con su sonrisa impasible y enigmática en su *Apologie pour le plagiat*.

El episodio es encantador.

Maurice Montègut acusa á Daudet de haberle arrebatado la situación principal de *Obstacle*.

Pero la situación resulta haber estado en una novela de Armand de Pontmartin, en la *Heritage fatal* de J. Dornay, en un libro de Montepin y en un romance de Georges Pradel.

Se trata de una madre que sacrifica su honor á la dicha de un hijo,—que viuda de un loco revela una falta imaginaria para evitar á su hijo la amenaza de la herencia mórbida y de unirlo á la joven que ama.

No obstante la desconfianza de las pequeñas causas, de la aversión por la dialéctica y el ergotismo que reinan, ano-

to con interés el triunfo de la sutilezas oportunas. Talvez por eso mismo.

El Dr. Passo cubrió en la discusión del Cabildo de Mayo la causa de la emancipación cuando se objetaba á Buenos Aires su falta de personería para comprometer ella sola la casa del virreinato, con la teoría jurídica del gestor de negocios.

Cicerón en la reunión del Senado que convocó Antonio después de la muerte de César, con una sola palabra desató la irreductible oposición de los que dejando libres á los conjurados declaraban tirano á César y de los que condenándolos consagraban sus abusos.

Entonces Cicerón invocó la institución griega de la amnistía que resolvía la cuestión.

El cambio de sentido de las palabras y locuciones es un curioso testimonio de la tendencia á economizar esfuerzo que aprovecha viejas formas para ideas nuevas.

Volvió á leer en Taine el nacimiento de la Edad Media: *Noblesse oblige* significó la necesidad moral para quien es noble de conducirse dignamente.

Hoy significa saber corresponder á una acción noble.

Podría poner esta nota al márgen del estudio de las leyes de las significaciones de Michel Bréal.

Lo que hemos considerado una fórmula gráfica, campechana de Sarmiento, sugerida talvez por su propio *beduinismo*, «no se cambia caballo en la mitad del río», es sencillamente un viejo proverbio inglés que pongo en lenguaje moderno: «*one does not change the horses while crossing a stream*»

Que subido precio el de la emoción que los grandes libros proporcionan!

¿Cuántos son? La República Argentina no ha producido ninguno.

¿Desconoceremos todavía que la producción de esas raras floraciones suponen ante todo un clima, una historia, una atmósfera social y no simplemente una savia enérgica y desbordante?

El positivismo ha difundido en el mun-

do una tristeza tan profunda pero mucho menos poética que la que propagara el cristianismo.

Este aseguraba la desventura inabable, y predicaba la redención ultraterrestre por el dolor.

El positivismo sume el espíritu en la negación infinita de la libertad moral, en el marasmo abrumador de la inutilidad del esfuerzo.

Hay entre ambos una extraña relación. Solo que las dramáticas perspectivas con que la religión conmueve y ha conmovido, sobre todo, las almas, son siempre menos trágicas que las sanciones terribles y secas, impasiblemente definitivas, que el positivismo afirma.

Y todo esto á propósito de libros. ¿Si tendrán razón los que prefieren la sociedad de los vivos á esta sociedad de los muertos?

Solo que en esta los rostros son más plácidos, las maneras menos excesivas, las palabras menos violentas, las vanidades menos visibles, el perfil simiano menos

perceptible bajo el esfumino de la melancolía de lo pasado y de lo ausente.

Acabábamos de leer á Maetérlinck.

«.....Aquel portentoso falsificador y sistemático caricaturista que se llamó Hipólito Taine», dice Don Miguel de Unamuno. Fué un sistemático, sin duda ¿pero por qué caricaturista? ¿por qué falsificador?

Era una clase de espíritu distinto de la del escritor español. Mientras aquel sobresalía como generalizador y filósofo, este es un moralista—es fácil la prueba — y un comentador; mientras aquel vé el conjunto de los fenómenos, los organiza en una síntesis, éste los percibe en sus detalles, se complace en ellos y extrae del análisis el mayor recurso de su obra.

Por eso encuentra que la síntesis ha mondado lo pintoresco, lo irregular de las impresiones concretas.

Y de ahí que afirma la falsificación, la caricatura.

Pero no se puede así, en dos líneas, afirmar tan injustos juicios.

Puede ser que respecto de un autor, de un libro, no haya en Taine la expresión

perfecta de las particularidades, pero ha dado de ese autor y de ese libro todo lo que era necesario para una concepción total de su obra, de su espíritu, de su época. Era un filósofo y no un biógrafo. Presenta ante todo lo universal, sistematizando en rasgos matrices un haz inmenso de materiales y documentos.

Es, pues, un modelo de filósofo de la historia.

Procediendo como moralista, el ejemplo de Taine ha debido ser encarecido por sus severas virtudes de estudioso y de hombre—entre ellas, la acendrada sinceridad de sus ideas,—que prueban los tres volúmenes de correspondencia que acaba de publicarse

No tiene la originalidad sustancial de Spencer, ó Ruskin ó los alemanes, Hegel ó Shopenhauer—pero llevó á un altísimo grado la facultad de la inteligencia francesa, que, Pichón lo ha mostrado recién á propósito de orígenes galoromanos, es crítica y universalizadora, ante todo.

Tengo, en pequeña pero severa y ní-

tida agua fuerte aquí en mi mesa de trabajo, su retrato por Leon Bonnat, que lo presenta en sus últimos años, con el aspecto sereno y meditativo que lo distinguiera desde su primera juventud, cuando de 20 años apenas no imaginaba más delectación que la de su retiro silencioso y sus libros más silenciosos. Su presencia, en la abstracción exaltativa de las horas recogidas, transfigurada vagamente bajo la sugestión de sus cartas íntimas, es una suave y bondadosa incitación al amor de las selecciones de su espíritu y de su carácter.

Paul Lacombe, de quien no debeis desconfiar porque es un concienzudo crítico que aspira á corregir las más fundamentales ideas de maestro, dice: «es ciertamente y con mucho, el prosador más animado é imaginativo que haya entre nosotros. Es en prosa el equivalente de Hugo.»

En el caso de Unamuno, Taine no habría hecho adjetivación fulminante. Habría espuesto fríamente la serie de factores que esplicaran la tendencia, la idiosincracia del autor—las razones superiores

y profundas—raza, medio, temperamento. Y en el fondo de un raciocinio aparentemente perfecto, mostraría el hilo oculto de un prejuicio.

*Sur la pierre blanche.* En Anatole France hay la monotonía de un mismo *leitmotiv*—voluptuosidad y misticismo. Gracia de estilo é ironía aparte, recuerda la smemorias y poemas de los primeros siglos cristianos.

Estas anotaciones no han sido escritas al márgen de ningún libro, sino pensadas al pié de un árbol.

*A las 8 de la mañana.* Cuan generoso es este arbol! Dá abrigo á las bandadas de pájaros, despavoridas en las tormentas; orienta y dá sombra á los caminantes; presta su savia á las lustrosas y erectas parásitas; defiende las laderas de las erosiones de las lluvias; se despoja de su fronda para que el sol caliente las entrañas cansadas después de la última primavera, que cobijarán las semillas; y lleva, de todas las aspiraciones, de las secretas y más obscuras ansiedades, de los ignorados y

heróicos dolores subterráneos, la expresión doliente y suprema, hacia el infinito azul, inaccesible y frío.

*A las 12.* El egoísmo es la forma esencial de lo telúrico,—el árbol generoso, ahora que el sol calcina, piensa sobre todo en él, y cuando no da sombra ni al caminante ni al arbusto lo dá á su propio tronco.

Hay una incomparable historia intelectual en el parentesco de las palabras. *Suave y persuadir* tienen una misma raíz—nacen también de una misma *gárrulo y glorioso*.

Es bien expresivo, en efecto, que sea la *suavidad* un vocablo próximo á la *persuasión* y que la *garrulería* y la *gloria* tengan lazos de parentesco.

Es la semántica, como ha llamado Michel Bréal al estudio de las significaciones ó sea la psicología de las palabras, una rama de erudición capaz de sutiles sugerencias para la historia, de consejos y de recursos sabios para el artista.

Como el roce de los hombres es indispensable al político, el contacto con la naturaleza inanimada lo es al filósofo.

La multiplicidad de sugerencias de nuestra vida moderna ha hecho nuestra inquietud y nuestra superficialidad. Para resarcirnos de esta última, inventamos las complicaciones de la forma, que son disimulaciones de debilidad, emociones sustitutivas de ideas.

Es una gran tristeza sentir nuestra impotencia para percibir en el presente el aspecto noblemente trágico de la vida, que parece solo propio del pasado.

No hay disidencia que no aplaque un cuarto de hora de meditación ante la naturaleza.

Hasta el aspecto más formal del acto

más espontáneo, social ó individual, como es el grito, de protesta de nuestra historia —el acta de la independenciam—es una cópia de la historia norteamericana (página 39 de la traducción Calvo de Story —Tomo 1º).

Nada parece tan inconciliable con la emoción como el plagio.

*Al márgen de un libro, de viaje—*  
Nuestro carácter tiene una fiel imágen en los ríos de nuestras montañas.—Atravesamos hoy sus lechos profundos y secos —mañana estarán desbordantes y torrentosos, hasta el siguiente día.

Pero las montañas son sobretodo la imágen de las vicisitudes de la investigación científica.

Cuando alcanzais una cumbre á que aspirábais, comprobais su inferioridad respecto de una vecina cumbre, oculta hasta entonces á vuestros ojos.

Y extendiendo vuestras excursiones

desaparece la ilusión óptica que nos hace ver como independientes las cadenas paralelas escalonadas. Todas se interfieren y eslabonan, como en un plexo.

Una palabra, un ademán denotan el fondo de un carácter como el caracol encontrado en la montaña denuncia las lejanías plutónicas de su origen.

El enfermo acaba de morir—A la agitación, la tristeza desesperada, la angustia del día antes ha sucedido una calma profunda en el cuarto y en la casa del muerto. El temor del peligro ha sido más fuerte que la catástrofe.

Bourget en su admirable prólogo al *Diario* de Amiel—tan conmovedor por la sinceridad de sus melancolías irremediables—recuerda que debemos el romance psicológico á la enseñanza cristiana del

exámen de conciencia y á la práctica de la confesión.

Ya se ha hecho la historia de esta conciencia cristiana: en el fondo de los monasterios medioevales, en el silencio y en la vigilia alerta de las torres orgullosas del castillo, hay almas que meditan en las sanciones de la conducta y se repliegan en un análisis de móviles, que engendra el escrúpulo y que invita á la penitencia y la expiación.

La ciencia nos prueba la falsedad y la ridiculez de supersticiones seculares. Nos complacemos en la demostración y nos regocijamos del triunfo de la inteligencia; pero basta un cuarto de hora de negligencia ó de ensueño para que recobre su imperio el misterio de la superstición.

El anillo de Polícrates, que es la enseñanza simbólica del «no seamos demasiado felices», es una inquietante admonición que no nos atrevemos á desafiar.

Es siempre dramática y doliente la

crónica íntima de las grandes almas.

He ahí un capítulo de la de Berthelot sacado de una carta del año 49, dirigida á su amigo Renan.

«Estoy triste hoy, como me ocurre á menudo: no sé como vos tomar la vida tal como es y harmonizar todas las partes: es un defecto de estos tiempos.

La experiencia de nuestros padres y el espíritu crítico no nos permiten posesionarnos con fervor por tal ó cual ideal, parcial y absoluta, y entonces la vida no tiene sino un ideal vago y casi indeterminado—no hay para animarla la ilusión febriciente del sectario, del hombre de acción. A pesar de toda la buena voluntad, el acobardamiento viene por momentos. Aceptar las cosas en su realidad y en su verdadero tamaño, saber dejar sobre lo desconocido, sobre el porvenir, este medio-velo, tan dulce para el alma cuando tiene el corage de no desgarrarlo, criticar todo conocimiento, todo sentimiento, no con el análisis árido y disecante del siglo XVIII, sino aspirando el perfume de la rosa sin deshojarla, después concentrar todos estos resultados y sacar de ellos la vida, — he ahí el ideal.

Pero muy á menudo el detalle es árido y en apariencia sin vínculo con el todo; y después, principalmente, nuestra actividad queda latente: es lo extraño, lo exterior lo que absorbe la atención y predomina; casi nunca nos sentimos vivir y es eso precisamente uno de los dulces gozos del hombre.»

Sentada Buenos Aires en frente del Atlántico ha guardado siempre la llave de nuestros destinos.

Blancas manos de núbil la defendieron en 1807, muy viriles las que con ella sellaron el acta capitular del 25 de Mayo, ámplio y firme el pecho, en que hoy cuelga, confiada y altiva, la sagrada llave.

Liberal y ambiciosa, vecina del mar, el consejero de la aventura, burló reglamentos, ingenió evasivas, depuso virreyes, deliró con testas coronadas, fué romántica, y su gusto de peregrina de sistemas y de ideas, tentó la picadura de alacrán de la tiranía.

Todo le sea perdonado á Buenos Aires, la industriosa y pensadora, que

salvó á América de un viejo imperio y la salva en todo momento del imperio de las viejas ideas.

Constructor poderoso, sin simetría y justeza, porque edificó á toda prisa, á base de grandes bloques de granito sobre el suelo desnudo—pensamiento y acción, acción sobretodo, resuelta, sin pausas y sin dudas — Sarmiento no se sintió asaltado por la melancolía de los reflexivos y sobreexcitados por largas vigiliás, como Alberdi.

Pero en los últimos fué presa de profundo desabrimiento. Hablaba de «la República convertida en una estancia gobernada por capataces», «el desastre de las instituciones libres en toda nuestra América».

Cuando esperaba poder contemplar á la nación, sólida y erguida, marchar serenamente sobre los progresos que él, entre los primeros, radicó con el impulso de un fundador de ciclos y la visión encendida de un apóstol, en la tierra calcinada por las batallas y envenenada

por la sangre, debió marcar una fuga horrorosa de ilusiones el espectáculo de nuevas costumbres políticas, complacientes y epicúreas, desenvueltas á la sombra germinante de los tiempos amables de la paz—que redondean las manos y ovalan los rostros—cuando la vida había dejado de ser un don que se aseguraba fieramente todos los días; cuando clausurada la emigración, vencido Rosas, floreciente y rico Buenos Aires, había desaparecido el ambiente que acrisoló la gran generación á que Sarmiento perteneciera, cuyos hombres transportaran la República en la inmensa distancia que separa la anarquía y Rosas del 60 y la Unión Nacional.

Açostumbrado al ascetismo del apóstolado, su naturaleza sentía como un frío desolante la ráfaga de placer, de comodidad y relajamiento que desde entonces se ha difundido en la vida política de la República.

Don José Manuel Estrada era un filósofo. Amaba la abstracción y su estilo

está sembrado de vocablos éticos y de giros imprecisos.

Era, además, un idealista. Por ese ninguno tuvo el ademán tan solemne, la iluminación tan religiosa de la mirada, la voz tan herida y tan mística.

Es una figura singular. Ha dicho las más puras y cálidas palabras sobre todas las ilusiones trascendentales:—la libertad, la democracia, la religión, el derecho natural, el curso providencial de la historia.

No era un positivo aunque la realidad se le impuso alguna vez.

Su método era, sobretodo, deductivo.

Por él llegó á la siguiente conclusión, en la que sostiene la tesis de Finot, en categóricas aserciones, que lo colocan en el lugar de un evidente precursor de aquella teoría sobre las razas, de que hablábamos.

La raza humana es una, dice: idéntico su destino; idéntica su naturaleza. La diversidad de su suerte histórica depende solo de circunstancias accidentales y peripecias cuya producción y resultados en nada invalidan la unidad de facultades que afirmo.

En Oriente y en Egipto residió el

hogar primero de la civilización del mundo. ¿En qué arrogante sinrazón funda entonces la raza europea su pretendida superioridad? Si civilización equivale á desarrollo social y desarrollo social equivale á desarrollo individual ¿qué apoyo puede encontrar la teoría que condena á las tinieblas razas y continentes, en virtud de yo no sé que pretensa incapacidad suya para el perfeccionamiento y el progreso (pág. 52 tomo 1º *Historia de la República Argentina*).

Este fenómeno de los precursores intelectuales es sutilísimo y de íntimas deceptivas enseñanzas.

¿Dónde está el genio humano—no es este, sin duda, el caso—si lo que él proclama fué dicho hace siglos por un oscuro escritor, como en el caso de Juan Bautista Vico; fué enunciado, como en Vinci, <sup>(1)</sup> el positivismo del pasado siglo, toda la ciencia humana clara ó vagamente anticipada por Aristóteles ó Platón?

Todo esto es de una encantadora filosofía,

---

(1) *Textes choisis*—Société du Mercure de France, 1908—Paris.

consejera de la indulgencia, de la contemplación, de la tolerancia.

Es inútil impacientarnos y una locura maldecir á nadie—tan limitado es el vuelo humano y tan semejantes todos los hombres.

Pero queda siempre una tarea alegre y un ensueño eterno: la emoción estética y la obra de arte.

Por ellas solamente se quiebra el plano infinito que nivela, en la platitud simbólica, las cabezas encorvadas de los humanos, afanados en el surco.

---

# INDICE

---

	Página
La tradición colonial . . . . .	3
Guillermo Ferrero . . . . .	21
El estudio y el libro . . . . .	38
Alberdi . . . . .	49
Taine caricaturista <i>por M. de</i> <i>Unamuno</i> . . . . .	66
Taine y su filosofía . . . . .	79
El Imperio Jesuítico <i>por Leopoldo</i> <i>Lugones</i> . . . . .	95
Naturaleza del lenguaje . . . . .	122
Inmigración y delincuencia . . . . .	152
Carta de Adolfo Révecin . . . . .	172
Notas críticas—Fontenelle. . . . .	188
Facundo Quiroga <i>por D. Peña</i>	196
Tarde y Finot . . . . .	204
Estadística é individualismo	217
Anotaciones marginales . . . . .	232